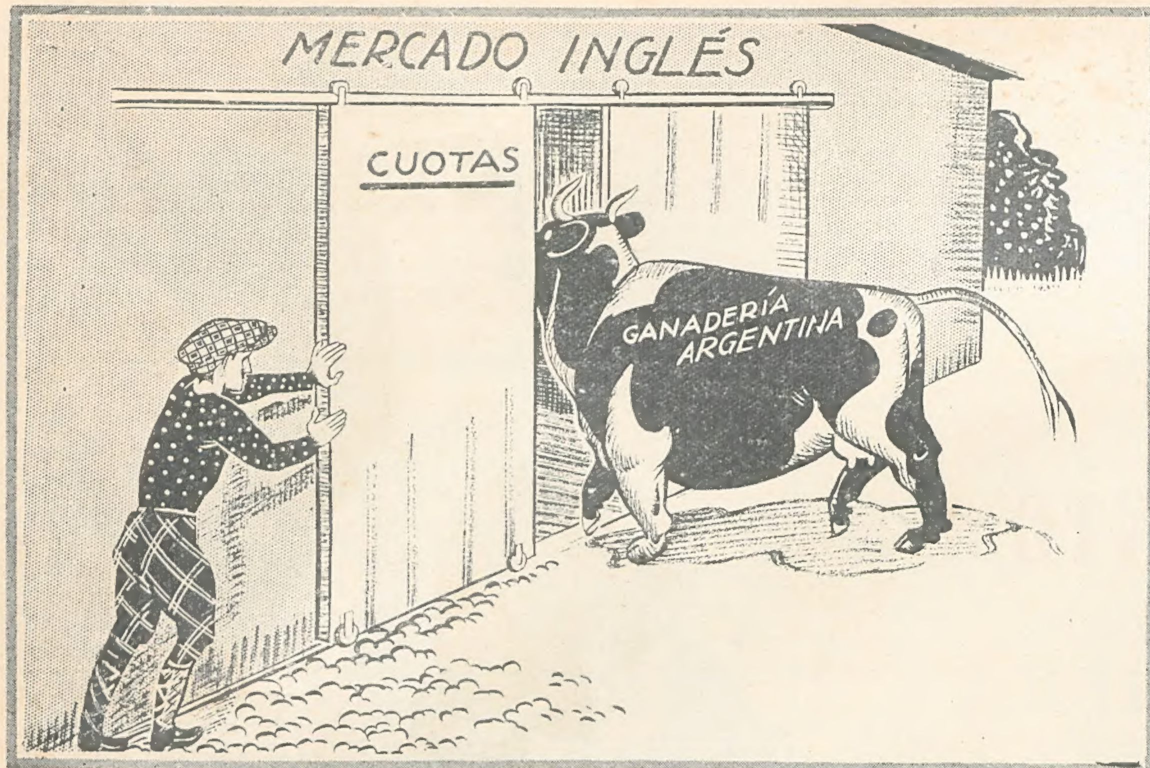

Mundo Argentino
20
Centavos en toda la República.
FEBRERO 14 de 1934
En este número:
RESURGIMIENTO
Novela corta de ambiente nacional
Por SARA PAPIER

El ESPEJO de la OPINION PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO



1 REPUBLICA ARGENTINA

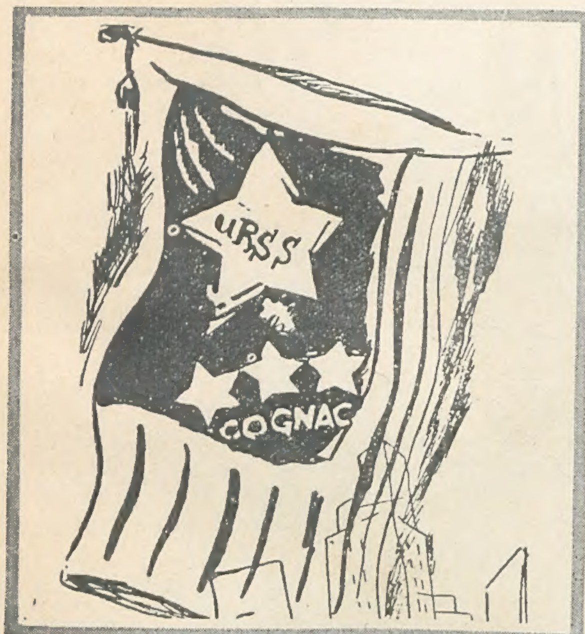
Un poco más, y se queda afuera del todo.



2 FINANZAS Y PRESUPUESTOS

Miss Reino Unido. — ¿No tienes miedo de que te arrastre así ese perro?
Miss Unión. — ¡Oh, no! Le tengo una fe ciega.

(De "Punch", Londres)



3 EL RECONOCIMIENTO DE RUSIA

La nueva bandera estrellada de los Estados Unidos.

(De "Cyrulik Warszawski", Polonia)

BALANCE de la POLITICA MUNDIAL

(1) **La presión continua que ejercen los elementos agrarios y los que abogan por una política en defensa de las colonias, sobre el gobierno británico, constituye uno de los más serios peligros para la industria ganadera argentina,** que, por medio del sistema de cuotas, se ve amenazada de perder su antiguo predominio en el mercado inglés, situación que requiere una inteligente defensa de la producción nacional.

(2) Gran Bretaña, continuando su política de saneamiento de la moneda y de economías administrativas, ha logrado equilibrar su presupuesto y hasta declarar un superávit, mientras que los Estados Unidos se han declarado francamente en favor de la desvalorización de la moneda y han provocado un gigantesco déficit en sus finanzas. **El primer país da señales de surgir de la crisis. Falta saber adónde irá la Unión arrastrada por su nueva política económica.**

(3) El reconocimiento de los Soviets por Roosevelt, y la derogación de la ley seca, han sugerido al caricaturista polaco una nueva bandera para la Unión, **en que se reemplazarían las estrellas que representan los estados con la roja estrella soviética y el distintivo de una conocida marca de licores.**

(4) Para permitir la entrada de vinos franceses en Estados Unidos, **el gobierno de ese país ha convenido con Francia que ésta compre, a cambio de sus vinos, 200.000 quintales de manzanas** antes del mes de marzo de 1934, estableciendo un intercambio de productos muy en concordancia con estos tiempos.

(5) **Las perspectivas para 1934 las halla este dibujante poco tranquilizadoras,** debido al número de calamidades que las acompañan y que bien podrían malograr la existencia del más robusto de los infantes.



4 LOS CONVENIOS BILATERALES

Historia sagrada al uso de la edad moderna.

(De "Paris-Midi")



5 EL AÑO NUEVO

Un niño robusto con demasiados padrinos.

(De "Sunday Mail")



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RÍO DE JANEIRO 300 - U. T. 60 CAB. 1020 AL 1029



FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXIV — BUENOS AIRES, FEBRERO 14 DE 1934 — Nº 1204

DÓNDE y POR QUÉ FRACASÓ la LIGA

LA JUVENTUD EN PELIGRO DE SER SACRIFICADA A LA VIEJA POLÍTICA DE ULTRANACIONALISMO

Por LORD DAVIES

Es conocido en Europa por el apodo "el agresivo pacificador", un popular banquero de la City londinense que ha dedicado en los últimos años su existencia exclusivamente a la causa de la paz internacional. Sus vastos conocimientos de los círculos financieros y políticos dan a sus declaraciones una autoridad indiscutible al señalar la terrible amenaza que en estos delicados momentos se cierne sobre los jóvenes contemporáneos.

JAMAS ha habido en la historia una época en que las naciones se tuvieran más desconfianza ni días en que se haya hablado con más insistencia de la guerra y sus terribles consecuencias.

Y lo realmente inexplicable del caso es que este estado de pesadilla ocurre en una época en que los adelantos de la ciencia han puesto a disposición de todo ciudadano una posibilidad de bienestar jamás conocida por la humanidad. Durante los últimos cincuenta años la economía mundial ha progresado en tal forma que los productos de los climas antes inaccesibles están al alcance de cualquier bolsillo, y lo que ayer fué un lujo es hoy un artículo de consumo corriente. En este sentido se ha adelantado en décadas lo que no pudo hacerse antes en siglos.

No menos importante que el señalado es el aspecto cultural de la era que llamaremos moderna, que ofrece a la gran masa de la población en su legión de colegios y universidades oportunidades que antes sólo disfrutaban las muy selectas minorías. Hoy se consideran con derecho a un alto nivel de vida, incontables seres que sólo ayer, hablando en términos de evolución, aceptaban una rústica miseria como su estado normal.

LA JUVENTUD DEFRAUDADA

Pero la juventud de nuestros días comprende que se le está defraudando de su natural herencia. Los progresos que harían posible una vida de plenitud en el goce de las conquistas materiales y espirituales de nuestro siglo están convirtiéndose en armas para destruir esa misma juventud que debió heredarlos como el mayor de los bienes, y el fértil terreno de los conocimientos humanos, lo están sembrando los intereses creados con los alegóricos dientes de dragón que hacen brotar en lugar de felicidad y paz, formidables ejércitos y máquinas de destrucción y muerte.

Ante el espectáculo del mundo actual no es extraño que la juventud se asombre. Padece de hambre en medio de la plenitud y ve su libertad coartada por imperiosos deberes impuestos por ancianos que miran siempre hacia el pasado, con oídos sólo para las violencias nacionalistas y las siniestras confabulaciones de las cancillerías que pasan por ser diplomacia.

Si al hombre de ciencia se le inculpa a veces de ser demasiado visionario, de adelantarse a la época, ¿cómo habría de calificarse al político que tiene los ojos pegados en el ayer? ¿Y tendrá la juventud del mundo que verse condenada a formar fila detrás de esos falsos profetas, para seguir mansamente la trillada huella que conduce infaliblemente al matadero de las trincheras?

LA VISION DE LOS IDEALISTAS

Parece monstruoso; sin embargo es lo que está pasando en el mundo de hoy. Pero esos jóvenes destinados a carne de cañón, tienen por lo general un sentido más exacto de las cosas que sus mayores, a quienes deben seguir por obligación. Al escrutar el pasado no ven sólo los rencores y las luchas, sino que ahondan en las realidades remotas hasta concebir ese sentido de justicia que animó al hombre cuando negó por primera vez el derecho al más fuerte, la primera intuición que tuvo la raza de que, para el hombre, el verdadero árbitro de las disputas debía ser la razón. De esa intuición nació el espíritu civilizador sentando la premisa de que el derecho es superior a la fuerza.

¡Pero cuán lejos estamos de ese concepto en el siglo XX! Las naciones parecen haber descartado el derecho, hasta el mismo derecho a la vida que asiste a todo mortal, para retrotraer sus métodos de gobierno a los obscuros tiempos de la prehistoria cuando era



LA LIGA. — *¡Dios mío, qué ruido infernal! ¿Cómo puedo imponer orden aquí sin una escoba?*

(Continúa en la página 9)



Las reformas a la ley ¿PROVOCARAN las ESCENAS

EVOCACIONES DE LA VIDA POLITICA

Por JOAQUIN LINARES

La reforma a la ley electoral Sáenz Peña, sancionada durante el último período por la Cámara de Diputados de la Nación, ha sido presentada ante la opinión del país, por ciertos sectores políticos, como la anulación del "sufragio universal y secreto" que estableció la citada ley Sáenz Peña. Se ha llegado a afirmar que dicha reforma electoral retrogradaba nuestra vida cívica a la época sombría y sangrienta del caudillaje prepotente, de las luchas armadas en las calles y de los asaltos a las mesas del escrutinio y a los comités políticos. ¿Hasta qué punto están justificadas las alarmas sensacionalistas de los que ven en la reforma a la ley electoral un peligro cívico? ¿Qué características presentaba el Buenos Aires del caudillaje, y cómo se preparaban y realizaban las elecciones en esa pintoresca época de la vida argentina? Nuestros lectores hallarán todo esto evocado y explicado en la presente nota. Personas de mucha significación en la vida nacional explicarán, además, en qué consiste la reciente reforma electoral y los peligros o beneficios que representa.

El Doctor ROMULO S. NAON no está de acuerdo con las reformas

El ex intendente municipal de Buenos Aires y activo dirigente de la U. C. R. antipersonalista, doctor Rómulo S. Naón, sintetiza su juicio sobre las reformas a la ley electoral Sáenz Peña en los siguientes términos:

—La excelencia de la ley Sáenz Peña se basa, en primer término, sobre el secreto del voto; en segundo término, sobre la seguridad absoluta de que los resultados del comicio no serán alterados por nada ni por nadie. Bien. Las reformas a la ley electoral, sancionadas por la Cámara de Diputados, no afectan al secreto del voto. Pero, en cambio, afectan hasta cierto punto la inalterabilidad de los resultados del comicio. Esta dependerá en gran parte de la mayor o menor honradez política del gobierno que presida las elecciones, y también del grado de moral cívica que tengan los presidentes de comicios, a quienes se entregará el contralor inmediato de las elecciones — en cada parroquia — y la delicada función de efectuar el escrutinio sobre la mesa electoral. No queramos engañarnos. Quitar a los jueces el contralor de los resultados comiciales implica un grave peligro. Podemos confiar en la ética de un magistrado judicial. Pero no así en un presidente de mesa, que suele ser elemento de comité, vinculado activamente a las pasiones y luchas políticas que precisamente se debaten y chocan en ese momento en las urnas. Ningún partido político creerá en la honradez cívica de un presidente de mesa que es contrario a sus ideas partidarias. Si los resultados del escrutinio le son adversos, creerá que el presidente de la mesa ha hecho fraude. Y volveremos otra vez a la luctuosa época del asalto armado a las urnas y a las sangrientas luchas callejeras. El motivo que se invoca para implantar el escrutinio sobre las mesas me parece poco consistente. Es preferible ese mal menor de mantener la expectativa del país durante varios días con el lento resultado de las elecciones, a volver a los siniestros días de las luchas fratricidas, anteriores a la ley Sáenz Peña.



El espectáculo de las mesas era verdaderamente pintoresco cuando las elecciones se hacían sabiéndose de antemano quién iba a ser el candidato triunfante. El fraude imperaba escandalosamente.

TODOS AÑORAN EL PASADO

LOS viejos caudillos de uno y otro bando — los que aplauden y combaten las recientes reformas a la ley electoral — evocan con nostalgia aquellos días de lucha y de pasión que precedieron al voto secreto y al cuarto obscuro. Sus recuerdos de aquel Buenos Aires de la primera década de este siglo — tan típico y pintoresco — animan un mundo casi desaparecido, tragado por el aluvión cosmopolita, hundido en las profundidades espirituales de la urbe universal en que ahora vivimos.

LOS BARRIOS PORTEÑOS

Cada barrio — cada parroquia, como se decía entonces — tenía su característica específica, su espíritu inconfundible, su fisonomía social y política bien definida. No era lo mismo Balvanera que Palermo, Santa Lucía que el Pilar. Los barrios porteños poseían estilo propio; había entre ellos diferencias típicas de lenguaje, de gesto, de indumentaria, que daban un aire especial a los moradores de cada barriada. No era difícil para los observadores identificar en las calles céntricas a los habitantes de los barrios:

—Aquél, que quiebra el andar con corte malevo, es de Palermo; ése de galerita es del Pilar; el que va allá es de San Telmo...



Con su chambergo requintado sobre los ojos y el rojo clavel en la oreja, el compadrito, alto elemento electoral, también le rendía culto al coraje y se trenzaba en pelea por puntos de honor, como cantó Carriego, el poeta del suburbio.

El concepto gregario de "masa" no había disuelto aún en su densidad amorfa y caótica el alma lírica y el vivir típico de los barrios porteños.

PERFILES PSICOLOGICOS Y POLITICOS DE AQUELLA JUVENTUD

La fisonomía espiritual y social de aquel Buenos Aires se plasmó en vocablos que ya casi han perdido su uso y verdadero significado: cajetillas y compadres; patota y malevaje.

Aquella juventud porteña era romántica, pendenciera, idealista, pródiga, ostentosa. Como los gauchos que admiraba Sarmiento, esa juventud creía que no había nada mejor que ella bajo el sol.

Los signos de la virilidad de la raza se manifestaban lo mismo en el elegante cajetilla de Florida que en el prepotente compadre de Balvanera o Barracas. Con diferencias de aspecto exterior — galerita y guantes, o chambergo requintado sobre los ojos y rojo clavel en la

electoral Sáenz Peña, BOCHORNOSAS *de otras* EPOCAS?

DEL BUENOS AIRES DE 1900



Caudillos y testaferros levantaban en coche a los votantes y los llevaban al comicio vociferando en cada esquina su credo político y desafiando a pelear a los contrarios, lo cual, a veces, provocaba verdaderas batallas campales, con sus muertos y heridos.

oreja — ambos eran caballeros porteños: rendían culto al coraje y cruzaban los tajantes aceros por puntos de honor, como cantó Carriego, su poeta:

"Porque en sus impulsos de alma pendenciera
desprecia el peligro, sereno y bizarro;
¡para él la vida no vale siquiera
la sola pitada de un triste cigarro!"

SEMBLANZA DEL CAUDILLO CRIOLLO

Los antagonismos de los barrios — que ahora se han transferido al football: San Lorenzo, Boca, Huracán, etc., — culminaban en las bravías luchas electorales que marcaron con sello siniestro la época anterior a la ley Sáenz Peña.

La vida política, social y hasta intelectual de los barrios porteños tenía sus centros y academias en las pintorescas y animadas cantinas y en los comités de los partidos.

La propaganda electoral no se realizaba, como ahora, a base de una interminable serie de discursos y manifiestos — que el invisible electorado escucha o lee cómodamente en su casa por radio o en los diarios, — sino con elementos más propios de la psicología gaucha y que halagaban sus pasiones viriles: el juego de taba y de naipes, el asado con cuero, el mate y el vino a todo pasto, las riñas de gallos, el duelo criollo entre guapos rivales que disputaban el señorío y feudo del barrio a punta de cuchillo.

—Antes no era cualquiera — como ahora — caudillo de barrio — nos dice un viejo dirigente radical de Montserrat. — Ahora se es más o menos caudillo en relación a los puestos en la Aduana, el Correo o la Municipalidad que puede dar a los que le prometen sus votos. Ahora el oficio de caudillo está lleno de halagos y prebendas..., hasta que no se cruza un 6 de septiembre. En mis tiempos, el caudillo de parroquia se jugaba la vida en cada elección

—Cuéntenos cómo actuaban los caudillos de esas épocas.

—El caudillo de parroquia era el verdadero héroe de las luchas electorales. Ejercía un ascendiente puramente personal y no ideológico. Carecía en realidad de ideas políticas y no desarrollaba ninguna actividad doctrinaria. El caudillo servía a los candidatos, a los prohombres de la vida pública. Era mitrista, roquista, alsinista o cívico radical, amigo de Alem y de Yrigoyen. El caudillo era el hombre que se jugaba entero. Su figura se agrandaba y se embellecía en el ambiente de guapeza y de peligro que él mismo creaba en su torno. Tenía que ser criollo derecho, amigo incondicional de sus amigos, sin vano orgullo ni doblez. Esa aureola de valor y de nobleza criolla encerraba el secreto de la fascinación que los viejos caudillos ejercían en las masas populares.

—¿Cuál es la elección más brava que recuerda?

—La del año 92. Fué famosa. Se libraron verdaderas batallas campales en las calles de Buenos Aires. El fraude oficialista fué tan descarado y prepotente, que los radicales, ardiendo en justa indignación, salimos a la calle dispuestos a todo. Fueron aquellas elecciones nacionales en que resultó electo presidente de la república Luis Sáenz Peña, derrotando al candidato radical que lo era Bernardo de Irigoyen. Como se esperaban sangrientos choques, el presidente en ejercicio, Carlos Pellegrini, ordenó a la policía y fuerzas del ejército patrullar las calles. Parapetados en las torres de las iglesias, agentes de policía, con armas largas, estaban en acecho de cualquier movimiento sospechoso de los opositores. Corría el rumor de que íbamos a asaltar las urnas. Efectivamente, al caer la

(Continúa en la página 27)



El caudillo de parroquia era el verdadero héroe de las luchas electorales. Era mitrista, roquista, alsinista, según le convenía; pero se jugaba entero y tenía que ser criollo derecho, y su guapeza ejercía una verdadera fascinación en las masas.



El Doctor RODOLFO MORENO juzga que son beneficiciosas las reformas

—El sistema electoral anterior a la ley Sáenz Peña — comienza diciéndonos el doctor Moreno — no se caracterizaba sólo por el escrutinio hecho en cada comicio al finalizar el mismo, sino por una serie de peculiaridades que daban a las leyes del pasado los perfiles de un sistema diferente en todo al que se implantó después. El antiguo sistema electoral presentaba las siguientes particularidades: 1º Centralización del comicio, agrupándose en el atrio de la iglesia parroquial todas las mesas correspondientes a dicha parroquia o al distrito. 2º Emisión pública del voto. 3º Admisión del mismo con la sola presencia del elector, sin necesidad de documento alguno. 4º Dirección del comicio por un presidente que ejercía autoridad electoral, y solución de todas las dificultades por las mesas, las que dictaban fallos inapelables.

—¿Qué otras características ofrecía ese sistema?

—Requería, desde luego, una forma particular de formación del padrón y reglas respecto al acceso de los votantes a los comicios. El fraude era muy fácil, más sencillo que con las leyes actuales, estando en realidad la suerte de las elecciones librada a las mesas receptoras de votos. Estas eran jueces de la admisión de los ciudadanos o de su rechazo. El partido que contaba con las mesas, generalmente el que gobernaba, tenía todos los elementos en la mano para triunfar, aun con pocos partidarios, frente a una oposición numerosa. Como sólo bastaba invocar el nombre del inscripto para sufragar, un solo sujeto podía votar las veces que se le antojase, siempre que la mesa lo recibiera con los diferentes nombres con que se presentaba. Debido a ese sistema que no daba recursos contra el fraude, los partidos que no contaban con las mesas debían abstenerse o realizar actos de fuerza. A esto se debían los asaltos a las mesas y las batallas que tenían lugar en los atrios donde los comicios funcionaban...

—¿Las reformas a la ley Sáenz Peña, retrotraen la vida cívica argentina a aquellas sangrientas épocas?

—No. En lo que se refiere al acto electoral en sí, la única reforma es el escrutinio sobre las mesas, inmediatamente después del comicio. Las demás características de la ley Sáenz Peña, como ser la recepción del voto y las garantías para emitirlo, quedan intactas. Con el nuevo sistema se evitan las penosas demoras en el conocimiento de los resultados de las elecciones, la expectante ansiedad de la opinión pública, los cuidados que requieren el traslado y la custodia de las urnas, etc. El escrutinio sobre las mesas se practica en los países más civilizados y de mayor cultura cívica. En la Argentina se ha ensayado con éxito en la provincia de Entre Ríos, sin dar lugar a dificultades ni conflictos.



Son muchas, y a veces terribles, las emociones que se experimentan junto a una mesa de juego...

La JUGADORA

...de este cuento, después de pasar por ellas, es curada de su vicio en la forma más original.

CUENTO Por HAL PINK

EL silencio que había alrededor de la mesa sólo era quebrado por el girar ruidoso de la ruleta y de la bola, de la cual tanto depende. Y entonces...

— Cinco...

Cuando la voz sin expresión del "croupier" anunció el número, la cara de la bonita y joven dama empalideció. Había apostado fuerte al número 11 toda la noche; gradualmente su montón de billetes fué disminuyendo; ahora sólo le restaban unos pocos y eran los últimos. Hesitó por un segundo, pero tras él los puso todos en la casilla del cinco, que se había dado cuatro veces seguidas.

—Hagan su juego, señoras y señores...

La última apuesta se hizo. La bola empezó a rodar vertiginosamente. Los dedos entrelazados de la joven temblaban...

El caballero alto y de distinguida apariencia que se hallaba frente a ella la contemplaba pensativo. En realidad sólo tenía un ojo para mirarla, pues el otro estaba oculto tras un pequeño monóculo obscuro. Había, evidentemente, una personalidad en ese hombre grande, magníficamente formado y de sólo un ojo; era de la clase de hombres que se destacan en seguida sobre la multitud. El magnetismo de su presencia se hacía sentir aún en la atmósfera viciada del casino, y cuando hablaba la gente le escuchaba, porque su voz era de una belleza singular, rica y profundamente sonora. Triste, serio, elegante, se mantenía algo alejado de los jugadores que, con los nervios en tensión, rodeaban la fatídica mesa.

Hubo un "click" y la bola se detuvo.

— Veintisiete...

Cuando el rastrillo se llevó sus últimos billetes y las nuevas apuestas empezaban a caer sobre el tapete, la joven se irguió en actitud de estatua y sus ojos fijos en el vacío no miraban nada. Después de un instante, lentamente, casi a tientas, se levantó del asiento y echó sobre sus espaldas su elegante manto de terciopelo. Como en sueños dirigióse hacia la puerta.

Tras ella salió el hombre alto. La mujer vagó un rato por las calles solitarias, y de pronto, como si hubiera tomado una resolución, apuró el paso y se dirigió al paseo donde los enamorados susurran sus juramentos bajo los árboles o se pasan las horas contemplando las aguas de la bahía iluminadas por la luna. El hombre la seguía...

Bajó a la playa, siguió por ella hasta llegar al muelle de carcomidas tablas que se internaba en el mar; tropezando a cada paso lo recorrió en toda su extensión hasta llegar a su extremo, que estaba ocupado por un desembarcadero. Detrás suyo titilaban las luces del paseo, como un collar de diamantes destacándose sobre terciopelo negro. Al frente, la luna rielaba sobre el agua, un abismo que la llamaba, que la atraía siniestramente...

Miró las estrellas; sus labios se movieron, pero ningún sonido salió de ellos. Sus dedos asieron fuertemente la empalizada, en un intento de cobrar energías para lo que debía seguir...

Ella no sintió al hombre acercarse; tan suaves fueron sus movimientos. Pero volvióse con un grito de horror cuando la mano de él tocó su brazo. Se creyó sola, y el choque que le produjo ese contacto inesperado resultó enervante...

Temblando violentamente, intentó hablar, cuando...

— Soy un amigo—dijo la voz.

— La vi en el casino. ¿Perdió todo su dinero?...

Ella conocía ahora a ese hombre con un solo ojo. Después de una breve pausa asintió en silencio.

— Comprendo. — Había compasión en ese tono profundo y dulce a la vez. — No le queda ni para regresar a su casa.

11

Nuevamente ella asintió.

—¿Jugó antes en el casino? ¡Ah! Veo que sí... Está escrito en sus ojos, señora... Lo lleva en la sangre..., es un vicio hereditario...

La joven no intentó negar.

—Sí..., mi padre era jugador y mi abuelo lo fué antes que él. No puedo contra ese vicio... Lo llevo, como usted dice, en la sangre...

—Y su marido, ¿es jugador también?... Adiviné que es usted casada.

Ella meneó la cabeza.

—El no juega...; por lo menos lo creo así... Ignora que estoy aquí...

—¿Y cómo puede usted venir sin que él se entere?...

Ella no contestó. La voz del hombre adquirió un tono de cierta autoridad.

—¿Por qué no confía en mí? ¿No ve que deseo ayudarla?

Su único ojo parecía leer en su alma.

—Está lejos — dijo tranquilamente, — en Suecia. Frecuentemente se ausenta de casa. Entonces aprovecho para venir aquí.

—¿Cuándo se inició usted en esto?

—Hace muchos años; yo era una niña... Mi padre me trajo y le vi jugar. La excitación, la emoción del juego se apoderó de mí. Él me permitió que apostara un poco de dinero. Gané. Quise seguir jugando, pero no me lo permitió... Entonces me casé...

—¿Es feliz?...

—Sí... Amo tiernamente a mi marido.. Pero sus frecuentes viajes al extranjero me dejan mucho tiempo en libertad... El viejo deseo hizo presa nuevamente en mí... Vine aquí medio en broma...

—¿Y perdió?...

La joven asintió.

—Mucho. Tuve que volver para tratar de recuperar lo perdido. Gané un poco. Intenté vencer el hábito. Pero la incitación fué demasiado fuerte. No pude volver atrás. Ahora lo he perdido todo..., es el final..., esto ha terminado.

El desconocido la tomó suavemente del brazo y la condujo hasta un banco instalado bajo el refugio. Como si se tratara de un niño le ordenó que se sentase. Y entonces empezó a hablar, y bajo la influencia de su voz ella se fué calmando poco a poco...

—La seguí — dijo el desconocido — para contarle la historia de otra mujer que tenía el espíritu del juego en la sangre. Ella también, como usted, no podía vencerlo. Estaba casada con un joven de diez y nueve años que la adoraba y que veía su pasión por el juego con la mayor repugnancia. Le rogó, le imploró que dejara ese vicio que arruinaba su vida.

Su voz era sombría...

—Cuando la manía se apoderaba de ella, le duraba muchos días. Después de una de esas partidas de juego, él le imploró por la última vez que venciera ese hábito. Ella se rió. Él era un muchacho ascético, religioso, y le dijo que si no hacía lo que le pedía, esa noche se arrancaría uno de sus ojos para ver menos su vergüenza.

La mujer se estremeció y desvió la cara. El hombre prosiguió lentamente:

—La joven volvió a las mesas de juego. Ganó. Cuando regresó esa noche a su casa, radiante y triunfadora y pensando que su marido olvidaría fácilmente su amenaza, encontró a éste que yacía en la cama, agonizante...

—¡Ah..., no..., no! — imploró la mujer. —¡Es demasiado horrible!...

—Él había cumplido su amenaza — continuó el desconocido. — La impresión fué terrible, pues ella lo amaba más de lo que creía. Se curó para siempre. Día y noche su conciencia la acusaba. Se sentía al borde de la locura. Pronto murió.

—¿Y el joven? — murmuró ella, mientras las manos le oprimían el pecho.

—Vive aún. Pero no es desgraciado. La cura fué drástica, teatral, pues la juventud ha sido siempre algo histriónica y aficionada a martirizarse a sí misma. Pero sus viajes le dieron una nueva tolerancia, un criterio más amplio, un espíritu más benévolo. Y trata, cuando puede, de ayudar a aquellos que están al borde de la pendiente en que detuvo a su amada...

Suspiró, y por un momento pareció que la máscara caía de su cara y ella vió el alma del hombre, trabajada por el sufrimiento, templada por el fuego del martirio y tan ardiente y magnífica como la de cualquier santo. La mujer posó su mano sobre el brazo del desconocido y lo miró de frente.

—Gracias — dijo tranquilamente. Las palabras que oyera habían penetrado profundamente en su alma. Por fin se puso de pie.

—¿Puedo verla en su hotel?

En silencio caminaron por el largo y estrecho muelle. Frente a la entrada del hotel él

(Continúa en la página 9)



El silencio que había alrededor de la mesa sólo era quebrado por el girar ruidoso de la ruleta y de la bola...

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR



Nelly Benvenuto, que acaba de contraer enlace con Miguel Bechelli.
Foto Pérez

● ●

LEI Y RELEI repetidas veces su carta, pues en ella me aboca a un problema sumamente difícil, casi le diría de gran responsabilidad. Después de meditar mucho sobre lo leído, pensé que si el asunto del viaje a Europa no está definitivamente resuelto, convendría hacer desistir a su futura mamá política de ese alejamiento. Sea el abogado de su propia causa: trate de que su palabra al expresar sus promesas, sus anhelos, sus esperanzas, alejen de esa señora la duda acerca de sus intenciones futuras. Hágale comprender que necesita el aliento de su amor para llegar al fin de sus aspiraciones.

Yo creo también que su novia debía oponerse al viaje, pero muchas veces es imposible substraernos al mandato de nuestros mayores; además, en el caso de su amada, me parece no equivocarme al decir que quizá su mismo temperamento la induce a sentirse sugestionada por el atractivo de lo desconocido. Un matrimonio intempestivo acarrearía trastornos serios en su vida actual; casi sería preferible dejarla partir. La ausencia pone a prueba el gran amor; cuando hay mutua confianza, cuando el cariño está arraigado en lo profundo del corazón, factores extraños no conseguirán destruirlo. El gran deseo que tengo de ayudarlo, me ha sugerido la opinión expuesta, pero no quiero que ella gravite en su determinación si es distinta a mi pensar. ¿Me comunicará su decisión? Estoy realmente interesada en ella.

Mil gracias por sus felicitaciones

Contestando a "Ariel", de Tucumán.

Tu nombre

(Colaboración)

Por LILLIAN M. CASTEX

Tu nombre me lo dice la cantarina fuente;
el viento lo susurra en su raudo pasar;
la brisa perfumada lo murmura a mi oído
y el eco lo repite allá... en la soledad.

Las estrellas lo escriben en su luz rutilante;
la aurora lo dibuja en su bello apuntar;
lo repiten las aves en el bosque florido;
el poeta ha formado con él un madrigal.

En el fondo de mi alma lo llevo yo grabado,
con caracteres fuertes, indelebles tal vez,
que no podrá destruirlo la pátina del tiempo;
celosa de guardarlo, me hallará la vejez.

SI PIENSA realizar la fiesta en una confitería, después del casamiento en la iglesia, puede agregar en la misma participación manuscrita la invitación para asistir a dicha reunión.

Contestando a "Avecita herida", de capital.

● ●

ESCRIBALE EN SEGUIDA una carta de amiga, eso no puede nunca ser censurado; y al hacerlo ofrecerá una enorme alegría a quien tanto la necesita en estos momentos.

Contestando a "Helena", de capital.

● ●

1º **LA NOVIA** entra a la iglesia del brazo del padrino y el novio con la madrina; al salir, la novia da el brazo al novio, y la madrina al padrino.

2º La única que lleva ramo de flores en la mano es la novia.

Contestando a "Ojos negros".

● ●

POR ESE HOMBRE perdió los mejores años de su vida; sería doloroso que por él se viera también de un momento a otro sin recursos. No tome resoluciones demasiado apresuradas. La época, en verdad crítica por que se atraviesa, debe hacerla pensar mucho antes de abandonar ese empleo. En caso de encontrar otro, estudie detenidamente sus conveniencias y si se le ofrece las mismas seguridades que el actual. Si ve que las perspectivas le son desfavorables, continúe serena en su puesto, indiferente al hombre que desmoronó el castillo de sus ilusiones.

Contestando a "Indecisa", de Sarratea.

● ●

PUEDE ENVIAR el telegrama redactado en la forma que me indica y está bien que vaya firmado en nombre de la familia.

Contestando a "Anita", de Corrientes.

● ●

LA CAMISA debe ser blanca, de pechera dura o de seda. El cuello palomita y la corbata negra de moñito.

Contestando a "Tulum", de San Juan.

● ●

¿LA LIGA a esa señorita con la familia del novio íntima amistad? En ese caso y si ha sido invitada, nada se opone a que vaya a pasar una temporada; pero la jovencita en cuestión debe estar convencida de que su comportamiento durante la estada no dará lugar a comentarios desfavorables de parte de las personas que la rodeen. En caso contrario, no debe ir.

Contestando a "Dolly y sus compañeras", de capital.

1º **PUEDE HACERLE** a su tía el regalo que ha pensado.

2º Le corresponde un año entre luto y medio luto.

Agradezco sus buenos augurios.

Contestando a "Rosa Flor", de Córdoba.

● ●

1º Sí, debe dar a su novio esa prueba de cariño; no hay en ello ningún delito.

2º Puede asistir a algunas reuniones en la forma que me dice. En cuanto a lo del vestido, no existen en la actualidad reglas estrictas para el uso del luto; así que en ese sentido haga lo que le parezca.

Contestando a "Por no dar un beso, sufrir tanto", de Santa Teresa.

● ●

LAMENTO SINCERAMENTE que mi respuesta no pudo aparecer para cuando la solicitaba. Causas completamente ajenas a mi voluntad y que no puedo explicarle aquí, me impidieron hacerlo; pero como creo que mi consejo, aunque tardío, puede servirle, ahí va: Alimente la esperanza; creo firmemente que ese sentimiento puede transformarse en amor; son muchas las pruebas a su favor. Espere confiada, y si quiere nárreme como me prometió, la última entrevista; ella puede dar nuevas luces a este asunto. Vuelvo a pedirle perdón por mi tardanza.

Contestando a "Baby C.", de Paraná.

● ●

SI EL LLEGARA a saberlo, ya que está decidida a no confiar a nadie su doloroso pasado, niegue el hecho, atribúyalo a la perversidad de un hombre que se complace con su desgracia. No hay otra solución.

Contestando a "Soy muy desgraciada", de Arroyo Cabral.

● ●

YA QUE ES IMPOSIBLE vencer la tenaz oposición de ese caprichoso padre, lo que debe hacer es solicitar la venia al juez para realizar su boda. Llenado ese requisito, puede casarse sin correr ningún riesgo.

Contestando a "Puritano", de Bella Vista.

● ●

NO LE CORRESPONDE llevar luto por ese fallecimiento. En cuanto al tiempo que debe permanecer alejada de bailes, fiestas, etc., no puedo determinarlo; eso lo marca la duración del dolor.

Contestando a "Morocha desconsolada", de Epecuén.

EL CASAMIENTO por el civil en el domicilio, sólo lo admite la ley en los casos de "artículo mortis", de lo contrario hay que pagar una crecida suma, pues se trata de impedirlo.

Contestando a "Confundida", de Belgrano.

● ●

VALE MAS LA VERDAD, por más amarga que sea, que ese engaño que la tiene en continua aflicción.

¿Por qué no exige una aclaración? Amor que se apuntala en tan frágiles cimientos, amenaza un derrumbe total. Razone un poco y proceda con energía.

Contestando a "Livia", de Flores.

● ●

1º **LA MADRINA NO TIENE** obligación de hacer un regalo determinado; ella hará un buen obsequio, pero a su elección, y de acuerdo con lo que puede gastar.

2º Hágase un traje negro, que siempre es elegante para una señora mayor.

Contestando a "Madrina ignorante", de Córdoba.

● ●

LAS PARTICIPACIONES de su enlace debe encabezarlas en la siguiente forma: "A. P. de C.", etc., es decir, debe figurar el nombre de su mamá con el apellido de su esposo actual.

Que sea usted muy feliz.

Contestando a "En duda", de Junín.

● ●



María Laura Santangelo cuyo enlace con Héctor Roberto Petersen ha tenido lugar recientemente.
Foto Pérez

EN AMOR, TODO TIENE COLOR DE ROSA

Dónde y por qué fracasó...

(Continuación de la página 3)

preciso matar para sobrevivir. Y ya es hora de que las nuevas generaciones impriman a la historia otro rumbo, diametralmente opuesto a la vieja escuela "patriotera" que todo lo ve a través de sus prejuicios. De otro modo serán fatalmente víctimas de los gases y las ametralladoras que preparan sus cosechas funestas desde las cancillerías de las grandes naciones. Porque, sea cual fuere la causa de una nueva conflagración, que ya está en la conciencia de todos, los que tendrán que sufrir las consecuencias son esas nuevas generaciones a quienes nadie consulta.

¿Cuál será entonces la actitud que deberá asumir esta juventud amenazada con el más cruel exterminio?

UNA POLICIA INTERNACIONAL

Bien sabe esa juventud, por la dura experiencia de los días que corren, que los problemas internacionales existen y quizá siempre existirán, y que estamos bien lejos de un ideal de bondad y reconciliación entre los hombres. Por eso mismo rechaza el anticuado concepto de que un "causus disputandi" tendrá fatalmente que degenerar en "causus belli". Si las disputas son ineludibles, las guerras, en cambio, no lo son. Cuando un simple ciudadano disputa con otro por algún interés encontrado, la sociedad le obliga a llevar su disputa ante lós tribunales especialmente instituídos para evitar que cada cual interprete a su antojo el derecho que le asiste.

De idéntica manera, es concebible que las naciones lleguen a reconocer una autoridad internacional creada con el propósito de evitar las guerras. Y así como la sociedad se vale de las policías para hacer respetar la ley, aquella autoridad internacional tendrá forzosamente que contar con una fuerza de "policía" para imponer la voluntad colectiva contra quienes pretendan desconocerla.

¿Cómo resolver este complicado y difícil problema?

Las nuevas generaciones tienen una misión que cumplir en este sentido; el de crear una fuerza armada internacional cuya misión sería la de obligar el acatamiento a la organización centralizadora que representará el cuerpo social y político del mundo entero.

Careciendo de la fuerza suficiente para poder imponerse a los recalcitrantes, cualquier institución internacional como lo es la Sociedad de las Naciones, no es otra cosa sino una prolongación de las cancillerías donde los representantes de los diversos países ahondan cada vez más, con sus discursos intencionados, las divergencias ya existentes en el mundo, y lo que es infinitamente peor, se convierte en una pantalla tras la cual los militaristas y los intereses creados preparan las futuras hecatombes.

LUCHEMOS POR LA PAZ

Hablar de una policía internacional en estos días de exacerbado nacionalismo, podría considerarse utópico, como si se tratara de un sueño imposible de realizar. Pero en los últimos años son muchos los sueños que parecían imposibles hace medio siglo y que se han convertido en realidades.

El deseo de paz entre los hombres es un anhelo de tal magnitud, que las nuevas generaciones sólo necesitan darle expresión para transformarlo de sueño utópico en una hermosa realidad.

Del fracaso de la Liga de las Naciones, la juventud debe deducir una gran lección histórica y empeñarse en rectificar los errores del pasado. Sin la fuerza, toda autoridad terrena carece de eficacia, y será inútil tratar de imponer la paz entre los pueblos mediante una organización teórica que no tenga los medios para hacerse respetar. Crear esta organización es una tarea de titanes, una de las más difíciles que se hayan jamás presentado a la humanidad. Pero así como en el pasado la gloria se reservaba para quienes luchaban por algún botín de guerra, en el porvenir la gloria debe pertenecer a aquellos que luchen por este ideal de paz y de justicia.

FIN

La jugadora

(Continuación de la página 7)

le tomó la cartera y metió en ella un pequeño fajo de billetes. Los convencionalismos inspiraron la inmediata protesta de la joven.

—No... No... Usted no debe... Yo en realidad no puedo...

—Consérvelos — dijo él. — Vienen del hombre de quien le hablé. Regrese a su casa y olvídese de haber estado en este maldito lugar. (La miró fijamente y su único ojo brillaba en forma extraña.) Recuerde que si fracasa en su intento de conquistarse a sí misma, queda aún un ojo...

En seguida giró sobre sus talones y se perdió pronto de vista.

La mujer partió al día siguiente y nunca regresó. Mientras su tren partía de la estación el hombre alto esperaba pacientemente la comunicación con Estocolmo que solicitara. Cuando la consiguió, dijo:

—Hola... ¿Carlos?... Aquí habla Jorge... Hiciste bien en encargarme el caso. Como sospechabas se trataba del vicio del juego en su peor forma... Sí..., hubieras hecho mal en afrontar tú mismo el asunto... La rudeza de nada hubiese valido... Tacto, querido, infinito tacto, cuando de mujeres se trata... La tuya emprendió ya el regreso completamente curada. Apostaría mi último centavo a que no juega más en su vida... El efecto será permanente... ¿Cómo hice?... Te lo diré algún día; pero trátala gentilmente..., te quiere mucho..., si te lo confiesa todo, como probablemente lo hará, sé muy dulce con ella... Olvida y perdona. ¡Pobrecita! Cuando la encontré en el muelle anoche estaba a punto de arrojarse el agua... ¡Ah, sí, gracias!... Acepto encantado... Con traba, gastos y todo puedes fijar mil. Espléndido... Adiós...

Y en la obscuridad de la cabina del teléfono se quitó el obscuro monóculo e hizo a la telefonista una guiñada con un ojo tan perfecto y brillante como su vecino.

FIN

NO SIEMPRE el AMOR da FELICIDAD al MATRIMONIO

Según nos lo demuestra esta nota de

MARY BORDEN

EN el matrimonio hay que ejercer cierta técnica, y esto es mucho más importante que cualquier emoción que, según dicen, sirve para garantizar su felicidad. Un arquitecto no construye una casa por el solo hecho de tener un lindo sueño, y deseando que éste sea realidad. Sin embargo, muchas gentes que están por casarse piensan que serán felices y que todo irá muy bien por el solo hecho de que así lo desean.

"Hablo por experiencia — dice Mary Borden, conocida escritora, quien en

El tema del matrimonio, a pesar de ser tan trillado, es de eterna actualidad. Cada día que pasa, éste ofrece nuevas fases, y cada una de ellas una inquietud y una preocupación. En realidad, es muy difícil que dos enamorados, al unirse, constituyan el matrimonio ideal. Todo matrimonio, siquiera en su principio, adolece de fallas, naturalmente que susceptibles de salvarse, cuando ambos esposos lo quieren. Sin embargo, como nos lo dice la autora de este artículo, el amor no es lo que da la absoluta felicidad, sino la buena comprensión, el mutuo afecto y la tolerancia. Todo cuanto dice la señora Borden puede contribuir a que este sagrado vínculo sea hecho con lazos de seda y no con pesadas cadenas.



su vida privada es la esposa del brigadier general E. L. Spears, miembro del Parlamento Británico. — Hace veinticinco años que soy casada y tengo tres hijos ya mozos. Estoy convencida de que solamente una técnica acabada es lo que hace triunfar al matrimonio."

LO QUE ES EL MATRIMONIO

Para ilustrar lo dicho, consideremos la técnica del casamiento como un drama en cinco actos y un prólogo. En el primer acto debe hacerse resaltar que el matrimonio es una obligación social y no una aventura sexual. El matrimonio es simplemente "dos vidas que viven juntas", una camaradería constante en la ardua lucha de la vida y un seguro contra la soledad. Esto no es tan cansador como la vida de esas mujeres que tienen un sinfín de amigos. Admitamos que cada uno la quiere mientras le dura, pero es una constante repitición; una amistad con un hombre es mucho más interesante que una amistad con aquellos que aparecen y desaparecen de su vida. Las que se quejan de encontrar el matrimonio monótono, demuestran en este solo hecho su superficialidad; por ejemplo: la joven que todas las noches concurre a la misma "boîte", encuentra la misma gente, come la mismos platos, baila con la misma orquesta, no vacila en declarar que lleva una vida interesante.





Segundo acto: En este acto debe inculcarse a la joven pareja que es peligroso casarse por amor solamente; sin embargo, es un riesgo que vale la pena correr. Siempre tomo la parte de la chica romántica que se case por amor, y no la otra más cautelosa que se casa por el interés.

Sí, vale la pena casarse por amor, pero ¿cuántos saben lo que verdaderamente es el amor?... El peligro del romanticismo es mayor que el de la monotonía; para una mujer no basta decir: "Ahora que estoy casada, estoy segura", ¡no lo está!... ¡Es tan fácil perder al esposo!

En ningún momento se puede decir "¡ahora que estoy casada puedo hacer lo que se me da la gana: mi marido "es mío!"

Tercer acto: ¿Podrá decirse cómo lo hará durar? La única manera de lograr esto consiste en hacer que las normas de la vida matrimonial sean las mismas que existen entre amigos. Las normas entre amigos son superiores a las del matrimonio. Uno permite que esposos y esposas sean groseros entre sí, agregando siempre: "No es nada, es su mujer", "o es su marido"; pero uno jamás permite que un hombre insulte al amigo. La mujer que dice: "No vale la pena que me haga peinar, puesto que el único que estará en casa esta noche será mi esposo", es la misma que se desvelará para complacer a sus amigos.

Jamás les dirá que tiene que comer arroz porque le agrada a ella, y no les aconsejará a las amistades que deben conservarse o rechazarse. Si una chica comparte un departamento con una amiga de cuyas amistades no está conforme, procurará siempre salir cuando éstas llegan. En lugar de adoptar esta misma actitud con las amistades de su esposo, opta por hacer escenas y crear disgustos.

(Continúa en la página 13)

CINCO CONSEJOS PARA LA QUE YA SE CASO

1. **Educa a tu hija desde el día de su nacimiento e incúlcale más tarde el sentido exacto de la palabra "responsabilidad".**

2. **Habitúala a la certeza de que toda su vida tendrá que bastarse a sí misma. No la dejes hacer vida "moderna", que esto resta feminidad a la mujer.**

3. **No permitas que se case demasiado joven, pues en la primera juventud ella no sabe pedir lo que, en realidad, necesita.**

4. **Debe dejar que su marido la ayude y ayudarlo ella también. Apoyándose uno en el otro serán felices, y no tendrán querellas por insignificancias.**

5. **No debe casarse por un ridículo deseo de derrochar dinero y vivir entre lujo, que esto no da en ningún caso la felicidad.**



TOROS de la PAMPA

CUENTO

POR

Juan Pérez Cattaneo

ESTABA en pleno auge la esquila. Por eso la vieja esquina de "La Universal", perdida entre tupidos "caldenales", se veía anormalmente concurrida. Desde "El Chancho", "El Aguila" y el lote 1 llegaban los esquiladores, solos o en "comparsa", a cobrar sus vales, o simplemente a adquirir ropas o a "chupar".

Detrás del mostrador enrejado, don Vicente Cartagena, viejo "pioneer" que llegara allí casi cuarenta años antes, joven y lleno de ilusiones, y que viera "nevar en su cabeza" y marchitar los prístinos proyectos de "hacer la América", atendía a la clientela y refería sus cuentos de cuando recién instalado se apeaban en el palenque tan sólo indios maloqueadores y gauchos que vivían de lo ajeno y de su destreza en el manejo de las tres Marías. Muchas fueron las riñas que él presenciara, muchas las supremacías que se disputaron en el patio arenoso, cuchillo y trabuco en mano. Tenía bien presente la vez en que se toparon Etelvino Medina, llamado el "Toro de la Pampa" y Sixto Urra, el "Toro de los Montes"...

— Hacía mucho — decía el viejo pulpero — que el gauchaje preveía y esperaba que se encontraran esos dos hombres. Etelvino era de por acá; Urra había llegado hacía algún tiempo del lado del Valle Argentino, donde hoy es Acha. Decían que era bravo. Muchos que habían andado por allá lo tenían por más corajudo y mejor peleador que Etelvino, aunque éste gozara de siniestra fama desde Toay hasta Paso Alsina... Una vez, fué un domingo de enero del 94, Etelvino estaba de avidor... Jugaban debajo del algarrobo grande que está al otro lado del camino. De repente, se acercó a la cancha de taba un hombre alto, rubio, de enormes bigotes. Traía una manta al brazo, levantado el chiripá, un facón como un asador atravesado a la cintura y un trabuco medio colgado del lado izquierdo.

"Todas las miradas convergieron sobre el primer llegado, y luego se volvieron a Etelvino, que se había puesto de pie. ¿Se conocían? ¿Se habían encontrado antes?... No lo sé. Se aseguraba que no. Así lo afirmaron siempre ellos mismos, agregando que anhelaban la "oportunidad de probarse". Aquel momento ansiado y temido había llegado... Etelvino dió la espalda al forastero, arregló sus cuentas con todos, dejó un reemplazante para recogerle la coima, y volviéndose hacia Urra, que después de saludar a los concurrentes permanecía algo apartado, le dijo:

"— ¿Me buscaba a mí, amigo?

"— Siempre que usté sea el nombrado Etelvino Medina, de apodo el "Toro de los Montes"...

"— El mesmo, pa servirlo.

"Hablaban serenos, tranquilos, pero las miradas duras, implacables, parecían dos hojas de acero... Todos abandonaron el juego y se aprestaron a formar corro en cuanto se "toparan". Antes nadie se hubiera atrevido a hacerlo por temor a que se disgustaran... Hasta yo mismo, prevenido por un informante oficioso, abandoné el negocio y me acerqué a la cancha para asistir al tremendo drama que se estaba desarrollando allí... Etelvino se arreglaba el chiripá y, después de sujetarse bien la faja, previno a su adversario:

"— Ya estoy a su mandao, como guste y le parezca.

"— Me parece mejor que nos retiremos lejos, pa que no haya estorbadores.

"—Opino mesmamente como usté, pero no es necesario que nos retiremos nosotros... ¡Si le parece, vi'a pedir que nos hagan cancha!...

"En seguida, dirigiéndose a los circunstantes, erguido y soberbio, exclamó:

"— ¡Señores: el amigo y yo tenemos que arreglar una custión un poco delicada!... Como ha de ser a solas, les vi'a pedir que se vayan p'al lao del jagüel,—que estaba en

(Continúa en la página 13)

... son esos seres de recia fibra criolla cuya alma gaucha es bravía, impetuosa y ciega a todo peligro.

PARA LAS MADRES

DIVULGACIONES MEDICAS

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

LO QUE ES LA EPILEPSIA Y SUS PELIGROS

"La epilepsia es una afección nerviosa que evoluciona de un modo crónico y en forma de accesos más o menos distantes entre sí. Puede ser "esencial" o "sintomática". En la forma "esencial" no existen lesiones en el sistema nervioso que expliquen la causa de la enfermedad, y ésta se presenta en la segunda infancia o en la pubertad de una manera inopinada para el enfermo y para sus allegados. Esta forma de epilepsia, la más frecuente, es conocida también por los nombres de "mal comicial", "idiopática", etc.

"La forma "sintomática" es llamada así porque, en realidad, representa un síntoma de una lesión existente en el cerebro. Una fractura de cráneo, que al cerrar deje tras de sí pequeños fragmentos de hueso, o una cicatriz del tejido encefálico, un absceso, una tumoración, etc., pueden ser la causa ocasional de estos ataques que curan con la extirpación quirúrgica de los mismos.

"El ataque clásico de epilepsia se anuncia generalmente al enfermo siempre de la misma manera. Cosquilleos, trastornos visuales o auditivos, olfativos, gustativos, cutáneos, abdominales muy fugaces, somnolencias, etc., que se conocen con el nombre de "aura epiléptica" (soplo epiléptico).

"En el momento del "acceso" el enfermo cae bruscamente al suelo, con pérdida absoluta del conocimiento, presentando una rigidez muscular en todo el cuerpo. La contracción de los músculos de la nuca lleva la cabeza hacia atrás y la de los músculos de la mandíbula une fuertemente las dos arcadas dentarias, aprisionando a menudo entre ellas a la lengua, ocasionado heridas en la misma; de donde la aparición de una saliva espumosa y sanguinolenta, que es característica de este mal.

"Momentos después de este estado, se presenta el período de las convulsiones. El enfermo agita violentamente sus piernas y brazos. La cara, que gesticula constantemente, toma un color rojo intenso. Los movimientos convulsivos se manifiestan también en los ojos.

"Por último el enfermo entra en el período de resolución, quedando cierto tiempo en estado de somnolencia. No recuerda al despertar nada del drama del que ha sido el principal protagonista.

"Los accesos pueden repetirse con frecuencia todos los días, o transcurren entre ellos un período de uno o varios años.

"El pronóstico de esta enfermedad es siempre grave, puesto que el enfermo puede morir durante un ataque, ya por una hemorragia cerebral ya por fatiga cardíaca, etc.

"La aparición brusca del acceso epiléptico pone también en peligro la vida del enfermo, ya que éste no tiene tiempo ni conciencia para evitar su caída en la calle o en sitios en que pueda ser víctima de un accidente.

"Todo epiléptico requiere un tratamiento médico continuado, del cual es posible en muchos casos obtener un verdadero éxito."

LOS MEJORES BIBERONES SON LOS MAS SENCILLOS, LOS DE MAS FACIL MANEJO. ADEMAS CONVIENE QUE SEAN PEQUEÑOS, A FIN DE QUE EL NIÑO AGOTE CADA VEZ SU CONTENIDO. EL MAMELON DEBE SER DE UNA SUBSTANCIA BLANDA, A FIN DE QUE NO PUEDA LASTIMAR LAS ENCIAS DEL NIÑO.

Los niños en las playas



Los niños, ya lo dijimos muchas veces, son muy afectos a jugar en el agua, lo que de por sí no deja de ser un ejercicio sano; pero eso sí, no puede negarse que a veces suele ser peligroso, pues no siempre realizan estos ejercicios en una playa; a veces su espíritu los lleva a las lagunas, en donde muchas veces pagan con su vida tal imprudencia.

Los juegos en las playas, repetimos, son saludables; durante estos meses de calor, las madres harían muy bien en llevar sus niños a retozar sobre las húmedas arenas de las playas, permitiéndoles a la vez bañarse, con lo que los niños pasarían un rato de felicidad.

Pero esto sólo en las playas y jamás en las lagunas. La crónica policial de los diarios nos da de cuando en cuando la triste nueva de que uno o más niños han perecido en una laguna, por haberse metido en ella sin prever que la muerte les acechaba implacable.

Lleven las madres sus hijos a las playas vecinas o al balneario municipal, pero no los pierdan de vista. Una imprudencia infantil puede tener fatales consecuencias.

° °

CLOROSIS

Nos pregunta usted cuáles pueden ser las causas de la clorosis, esa enfermedad tan frecuente en las muchachas, en la pubertad. Las más corrientes son las emociones, los disgustos, la falta de aire y luz en las habitaciones, como asimismo la falta de ejercicios.

Por lo que se refiere a los síntomas, he aquí los principales: tristeza, insomnios, neuralgias, fatigas, hemorragias nasales, apetito variable, irritabilidad y vómitos.

El tratamiento más recomendado para combatir la clorosis es el siguiente: reposo completo, en el lecho, por espacio de quince días; carnes rojas, cerveza obscura, médula de huesos y baños salados calientes.

En cuanto a la medicación, la más práctica es la que detallamos a continuación: cacodilato de hierro, aguas minerales ferruginosas, cura de altura, hidroterapia y mar.

Si se produjera estreñimiento, entonces es conveniente combatirlo con la mayor prontitud y energía.

Caso de tener su hija esta enfermedad, le recomendamos trate de ponerla en cura lo más pronto posible, a fin de atajar el mal con tiempo.

Cdo. a "Juana P. de Z", de Villaguay.

° °

ESCASEZ DE LECHE

Si la madre tiene o no suficiente leche para criar su hijo, puede saberlo fácilmente, mediante las siguientes observaciones:

1º: que el niño no aumenta de peso.

2º: que llora después de haberlo amamantado.

3º: que se desespera antes de la hora de volver a mamar.

4º: que tiende a hacerse cada vez más seco de vientre (constipado).

Cuidando estos detalles evitara usted que su nene pueda criarse raquítico o que acabe por enfermarse de gravedad.

Cdo. a "Dama", de Temperley.

° °

RESPUESTA

En cualquier farmacia le pueden indicar un específico eficaz.

Cdo. a "Mirona", de Bahía Blanca.

TANTO SI LA MADRE CRIA POR SI MISMA A SU HIJO, COMO SI TIENE NODRIZA, SIEMPRE EL BIBERON SERA UN OBJETO INDISPENSABLE, PUES EL NIÑO NUNCA DEBE BEBER CON EL VASO O LA TAZA, SINO CON EL BIBERON; PORQUE LA SUCCION QUE ESTE EXIGE EXCITA LA SALIVACION NECESARIA PARA LA DIGESTION.

ALGO SOBRE EL PAN

Las líneas que van a continuación la ilustrarán a usted con respecto al valor alimenticio del pan, cosa que nadie debería ignorar:

"El valor alimenticio de la corteza del pan, es superior al de la miga, porque ésta contiene casi un 44 por ciento de agua, mientras aquélla no contiene más del 17 por ciento. Así, pues, la corteza tiene doble valor alimenticio que la miga.

"Además, la corteza en el horno soportó una temperatura de 210 grados centígrados, mientras que, muy a menudo, el interior del pan no llega a 100 grados. La corteza es, pues, más cocida, resultando, por lo tanto, de más fácil digestión.

"El pan de pequeñas dimensiones tiene un grado de digestibilidad mucho mayor que el grande, por recibir una coccion más uniforme y contener menor cantidad de agua.

"En la corteza del pan se encuentran en máxima proporción la dextrina y la glucosa.

"El pan fresco y caliente, a pesar de su mejor sabor, es de digestión difícil por contener todavía mucha agua y empastarse por la masticación.

"Para devolver al pan duro su primitiva blandura, basta muchas veces calentarlo, porque la poca humedad que todavía contiene puede de esta manera desarrollar vapor y reblandecer la masa."

Cdo. a "Curiosa", de Azul.

(Continúa en la página 49)

Ninguna MADRE debe DEJAR sus HIJOS en manos EXTRAÑAS

Toros de la pampa

(Continuación de la página 11)

el mismo sitio en que ahora se alza el molino... — Desde allá podrán ver perfetamente la junción...

"Obedientes como pichichos, todos se ubicaron donde lo indicó el "Toro".

"En cuanto los dos terribles personajes quedaron solos, se acercaron aun más y, con rapidísimo movimiento, se apuntaron con los trabucos y dispararon casi al mismo tiempo. El estampido conmovió el bosque y fué apagándose en la lejanía. Disipado el humo, se vió a los contendores de pie y esgrimiendo las temibles dagas. Arrollado al brazo izquierdo, colgando ligeramente de una punta, el poncho... De entrada se buscaron y desdeñando el fácil hachazo, el tajo a voleo del brazo, se tiraron sólo de punta. Se veía la formal intención de terminar con la vida del contrario; el duelo era a muerte... Chocaban los hierros en continuo batir... Buscáronse primeramente los peleadores a pie firme; luego empezaron a girar y retroceder, intentando el golpe de sorpresa, la puñalada al costado. Por fin, se arrastraron el poncho, pero ninguno de los dos cayó en la peligrosa trampa...

"Los espectadores ni respiraban. Buen rato prosiguió la lucha, sin que se hiriera ninguno de los dos contendores. ¡Eran parejos! Tal vez un poco más joven Urra, y, por lo tanto, más ágil, pero más firme y de mayores recursos Etelvino...

"Sin que nadie lo notara, Gabino Villanueva, domador de "El Aguila", compadre de Medina, se había acercado a los peleadores y recogiendo uno de los trabucos que ellos arrojaran cuando erraron el blanco, lo cargó y aproximándose a Etelvino, le gritó:

"—¡Salte pa atrás, compadre, y tome su trabuco!

"Siguiendo la indicación, el aludido dió un inverosímil salto hacia atrás y, recibiendo el arma de manos de su compinche, la asió y disparó sobre Urra, que saltaba de un lado al otro como azogado a fin de no presentar blanco estable, propósito que logró cumplidamente.

"Errado otra vez el tiro, Medina tornó a arrojar el trabuco y, cambiando de mano el facón, sostuvo la furibunda embestida del enemigo.

"Vimos que Villanueva cargaba y cebaba otra vez el trabuco, y juzgamos que lo entregaría otra vez a su amigo, pero, ante la sorpresa general, se lo puso en manos de Urra, exclamando:

"—¡Ley pareja no es rigurosa! ¡Una vez pa cada cual!...

"El "Toro de los Montes" disparó, pero su adversario esquivó el trabucazo en la misma forma que él lo hiciera antes... Y así siguieron. En perfecta justicia distributiva, Villanueva les ayudaba por turno. En una de esas oportunidades, Urra anduvo lerdo o confiado, ¡vaya uno a saber lo que fué!, pero la verdad del caso es que recibió la tremenda descarga de balines y recortados en mitad del pecho y cayó como fulminado. Apenas tocó el suelo se incorporó y, saltándole un caño de sangre por la herida atroz, caminó como ciego hasta aquel algarrobo grande, se abrazó al tronco y lanzando un gran grito se desplomó sin vida...

"Así, amigo, murió el "Toro de los Montes". Aquella cruz señala el sitio en que yo mismo lo enterré" — terminó el viejo pulpero y se dió vuelta a recibir el vale de un esquilador.

FIN

No siempre el amor...

(Continuación de la página 10)

El cuarto acto muestra que es un error pretender una posición exclusiva.

Trate de corregir sus instintos egoístas y procure apreciar el punto de vista ajeno. La mayor parte de nosotros estamos enceguecidos por nuestra propia importancia. Muchas veces es beneficioso hacer lo contrario de lo que uno quisiera; esto desarrolla nuestro carácter.

COMPLACIENDO A LA ESPOSA

Por ejemplo: si usted es hombre y desea un auto, y sabe que su esposa desea un tapado de piel, lo lógico será adquirir el auto; pero, por una vez, ¿por qué no complacer a la esposa y comprarle el tapado?... Esto le alegraría mucho. Luego, cuando tenga más dinero, podrá comprar el auto y todo quedará arreglado.

En el acto quinto, se deslindan los deberes de la mujer en el hogar; muchos disgustos en los matrimonios jóvenes son debidos a la incapacidad que tiene la esposa para la cocina: los quehaceres domésticos le desagradan y no se preocupan del bienestar de los esposos. El dinero apurado al presupuesto familiar no lo es todo. Todos los esposos prefieren el confort en el hogar.

¿Puede culparse a la crisis mundial del malestar que se nota en muchos matrimonios modernos?... Al contrario: la crisis es una gran fuerza moral; debido a ella la gente ha vuelto a la vida hogareña.

Las esposas han vuelto a cuidar de sus hijos y de sus esposos, y han sido obligadas nuevamente a cocinar y coser. Desde este punto de vista la crisis ha traído muchos beneficios, enseñando a las mujeres sus deberes.

LA SEPARACION ES ACONSEJABLE

Creo que es aconsejable que se inculque a los esposos jóvenes los provechos derivados de separaciones ocasionales; esto es: que de cuando en cuando pasen una semana o unos días alejados; estas ausencias les hacen comprender lo que significa el uno para el otro.

LOS CINCO PASOS QUE LLEVAN AL ALTAR A LA MUJER

El primer paso comienza al nacer la niña. Se le debe inculcar que los quehaceres domésticos y la cocina son un deber y no un fastidio.

El segundo paso le demostrará que no ha nacido para ser servida eternamente; actualmente hay muchas que son incapaces de moverse habiendo un hombre en la habitación; pretenden que éste lo haga todo.

El tercer paso consiste en no dejarla casarse demasiado joven. Cuando se es joven no se sabe lo que se quiere; lo mejor es consultar a la familia, como lo hacían las niñas de antaño. La culpa de estos matrimonios prematuros se debe al ritmo frenético de la vida moderna. No se debería permitir a las jóvenes casarse antes de un noviazgo de seis meses, ni tampoco tener hijos sino después de dos años de matrimonio; esto sería prudente para probar si verdaderamente son capaces de apreciar el hogar que han formado.

(Continúa en la página 49)

Él era deforme, incapaz de inspirar una pasión a mujer alguna; pero la suerte quiso que ella, la que había hecho sentir un verdadero amor al jorobadito, perdiera sus encantos físicos. Fué entonces que el...

RESURGIMIENTO

... de un alma que parecía muerta hizo que ella se reconciliara con la vida.

De veras que es interesante tu conquista, casi te la envidio!

—¿Quién, quién es? Fíjate, Elvira, que yo no me había percatado —dijo Elsa, otra jovencita que integraba el coro de las amigas.

—Porque eres una ingenua — respondió Elvira. —¿No han notado ustedes, chicas, las miradas de adoración que el jorobadito le dirige a Elena?

La nombrada se sonrojó, visiblemente incomodada.

—Vamos, les ruego que lo dejen en paz; bastante tiene con su miseria física para que lo torturen tomándolo como diversión...

—¡Ya, ya! Vemos que son ciertas nuestras observaciones. ¡Sólo la verdad incomoda! Pero si no es de tu gusto que hablemos de...

—No es que me incomode por mí, sino que me apenaría que el pobre muchacho pudiera oírlas... ¡Se sentiría muy humillado!...

La expresión de zumba tornóse grave en todos esos rostros de muchachas ajenas a las amarguras, plenas de vida riente, feliz, e instintivamente presintieron el dolor que envolvía la existencia de ese ser que inocentemente habíales servido para sus bromas; bastó una sola palabra para cortarlas y hacerles sentir una honda pena compasiva por ese muchacho humilde y triste, que cinco minutos antes les era completamente indiferente. ¡Es tan fácil tocar la emoción en los corazones juveniles!...

—Bueno, chicas, tiene razón Elena; basta de chanzas; hablemos de otra cosa.

—Casualmente quería contarles algo que les interesará.

—¿Qué es? ¿De qué se trata? — preguntaron todas a una vez.

—Un poco de calma ahora: ¡Rosita se casa!

—¡Se casa! ¿Y con quién?

—Con el primo del que fué su novio. ¿Recuerdan ustedes a un muchacho alto, pálido, que lo acompañaba casi siempre?

—¡Cómo no! Era un tipo realmente interesante, agradable y muy ameno.

—Veo que tienes muy buena memoria, Elsa; pues con ése.

—¡Ella, que tanto se desesperó con la muerte de su novio!...

—Mucho, hasta el punto de jurar que nunca más se casaría, y que pensaba hacerse religiosa. Pero parece que el amor a Dios fué más débil que el que profesaba a los hombres...

—No veo la necesidad de esa ironía; no hay ningún mal en eso —dijo Elena con firmeza.

—¿Te parece bien que después de todas sus promesas, se case al año con un pariente del hombre a quien juró fidelidad?

—Con él o cualquier otro, ¿por qué no hacerlo, si ella es joven y tiene todos los derechos de querer? ¿Les parece mejor que para satisfacer a los demás se consuma en la esterilidad de un claustro, no siendo esa su vocación?

—Pero aunque sea por salvar las apariencias, debía esperar...

—¡Es muy razonable! — interrumpió Celia, una chica que hasta entonces escuchaba atentamente.

—No creo que exista ese impedimento — volvió a decir Elena. — Todos debemos seguir nuestros impulsos en la vida, sobre todo cuando de ellos puede depender nuestra dicha.

—Esa palabra es muy elástica. Rosa creyó, convencidísima, que para ella va





Novela corta por SARA PAPIER

no existiría sin Enrique, a quien adoraba...

— No me asombras. Estos son casos muy lógicos, muy propios de la naturaleza humana. Siempre en los momentos de desgracia creemos que no volveremos a gustar la alegría; pero el tiempo, atenuando nuestra pena, nos convence de lo contrario.

— De todos modos, yo no lo haría — dijo Celia impetuosamente.

— Ni yo — confirmó Elsa.

— Opino como ustedes — agregó Elvira.

— Son ustedes todas unas chiquilinas que desconocen las cosas de la vida — sonrió benévolamente Elena, — y no quiero contradecirles.

— ¡Vaya con la persona seria!

— ¡Claro! Como que está pronta a casarse. ¡Justo es que se ponga en circunstancias!

— ¡Es cierto!—palmoteó Celia.— Contesta esta pregunta: si te faltara Héctor, ¿te casarías en seguida con otro?... Me interesa tu respuesta.

— Es grande el aprieto en que me ponen, y disculparán que no conteste. Tendría que encontrarme en el caso, que afortunadamente no existe, pero conste que no afirmo ni niego nada... Y basta, no se hable más del asunto. Las invito a que me acompañen a tomar el té.

— ¡De mil amores! Vamos, chicas.

Y todas juntas, olvidando los graves problemas de un momento antes, alegremente tomadas de la mano, encamináronse al amplio y confortable comedor.

Risas bulliciosas oíanse a lo lejos, y en la cocina, ya [illegible] para él, hallábase Pedro, el jorobadito, percibiendo esas manifestaciones de la juventud satisfecha, jubilosa, que no conocía. ¡Qué amargo y cruel había sido su destino! Recordaba todo el doloroso vía crucis, desde los albores de su entendimiento hasta su juventud huérfana de afectos. ¡Quién sabe qué seres desdichados habíanlo arrojado a este torbellino del mundo, donde él se agitaba dolorido y desorientado! Desde muy pequeñito conoció todos los flagelos de la miseria en la tribu de unos gitanos, que formaban un circo ambulante recorriendo continuamente la república. ¿Cómo había dado él allí? No tenía noción de ello. Sólo sabía que lo recogieron con miras de lucrar a su costa, explotando su contrahecha figura.

Muchos años de angustias pasó con ellos. Gente despiadada, rapaz y traidora, en la que no arraigaba el calor de un cariño. Recordaba nítidamente la emoción de su fuga del campamento una noche apacible de primavera. Estaban en la provincia de Entre Ríos, en Diamante, pintoresca y pequeña ciudad ubicada en las alturas del río Paraná.

Habían acampado cerca del puerto, en un terreno quebrado, lleno de altibajos; dormían todos cansados de las andanzas del día, y él, aprovechando la modorra, se deslizó suavemente por una pendiente próxima que conducía al pueblo. Convencido de que no lo seguían, echó a correr, y después de dar un largo rodeo, volvió al puerto por el lado opuesto y desde donde no podía ser visto. Hacía un rato que estaba en su escondrijo, cuando divisó a lo lejos una luz, seguramente un vapor. Este venía de Resistencia con rumbo a Buenos Aires. Probablemente haría escala allí. Pasó un tiempo largo, no podría precisar cuánto, pero por fin vió aproximarse el barco. Soltáronse las amarras, y unos momentos más tarde se extendía un puente a tierra.

Inusitado movimiento prodújose en esos instantes; ruido de autos, trotes de caballos que se acercaban, hombres y mujeres que corrían al encuentro de viajeros ansiosamente esperados. Y entre ese vaivén, el jorobadito insignificante, desmedrado, introdújose en el barco.

— ¿Qué haces tú aquí? — había gritado alguien.

— Voy en busca de unos paquetes. — Y antes que pudieran impedírselo, desapareció escondiéndose abajo, cerca de las máquinas; ¡era tan poco el espacio que le hacía falta!

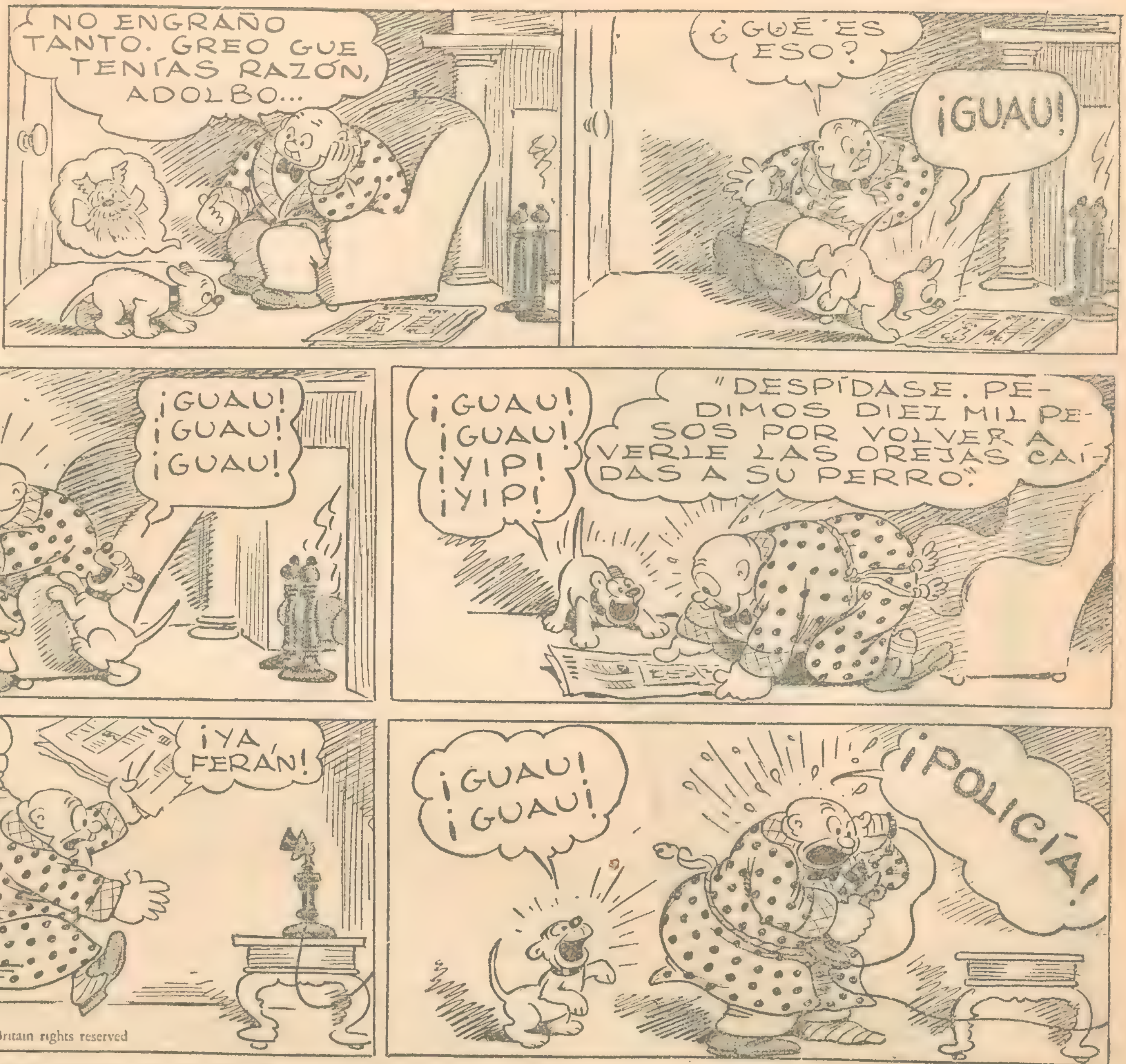
Angustiosa fué la espera, interminable casi su inquietud, hasta que sintió el ruido de las ruedas en movimiento y el suave balanceo que el agua imprimía al transporte flotante. Cada vez se tornaba más rápida, más regular la marcha. Ya debían estar lejos. Se atrevió a salir. Algunos de los pasajeros de segunda clase, sus vecinos, habíanse reclinado en la borda y miraban las lucecitas ya empequeñecidas por la distancia.

Desembarcó en Rosario, temeroso de que lo sorprendieran, y de allí, en un tren de carga, había llegado a Buenos Aires. Tendría entonces quince años, y solo frente a la vida, hizo de todo al alcance de sus fuerzas y de sus años, hasta dar como ayudante de jardinero, trabajo que ahora hacía por su cuenta en la casa de los padres de Elena.

Hacía casi once años que permanecía con ellos, y su gratitud, la costumbre y el cariño a su trabajo habíanle poco a poco dado la paz de un hogar. Fué arrancado de sus recuerdos por la voz de Elena.

— ¡Pedro, Pedro!

(Continúa en la pág. siguiente)



—¿Llamaba la señorita?

—Sí, Pedro. ¿Podría usted hacer unos ramilletes de sus preciosas flores para mis amiguitas?

—Al momento, señorita; pero ¿quisierán tener la bondad de indicarme cuáles prefieren?

—Lo dejamos a su gusto y elección, pero debe tener usted en cuenta que son tres los ramos que tendrá que hacer.

—¡Es claro!—dijo Elsa.—Así no disputaremos.

Pedro salió en procura de lo pedido.

—¡Pobre muchacho!—exclamó Celia cuando aquél se hubo retirado.—Debe ser muy joven, ¿verdad?

—Sí. Cuando vino a casa era un adolescente.

—¿Y no tiene familia?—preguntó Elsa.

—Ciertamente, no lo sé, pero nunca le hemos oído hablar de ella.

—Estarán ustedes muy acostumbrados a sus servicios.

—Es de imaginar después de tantos años. Papá está muy satisfecho de él: es diligente, trabajador y de toda confianza.

Volvía Pedro con tres ramilletes de hermosas rosas, en las que primaban las de color rojo. Estaban ellos arreglados con igual gusto y esmero.

Tomaron las muchachas cada una el suyo, agradeciendo gentilmente a Pedro, orgulloso del éxito de su trabajo amorosamente realizado.

Era Elena la única hija del matrimonio Andrade. Estos habíanse unido en los últimos años de su juventud, y cuando ya desesperaban de tener descendencia les nació una niña, Elena, quien se adueñó de toda su ternura. Fué el ídolo de esos dos seres que no vivían sino para adorarla, y ella merecía justificadamente este cariño; era buena, inteligentísima y bonita.

Dueños de una considerable fortuna, no vacilaron en rodearla de comodidades, buscando para ella, que mostraba una inclinación marcada por el estudio, los mejores profesores. Su cultura y su belleza significábanla como uno de los partidos más deseables de su círculo; pero no obstante las insinuaciones de sus padres, no pensaba en el matrimonio, hasta que conoció a Héctor Rivera; éste consiguió interesarla, precisamente porque nunca le habló de amor, tema obligado de los otros. De vastos conocimientos, era su conversación amena e interesante; recordaba, agradablemente impresionada, las interminables polémicas que sostenían, defendiendo cada uno sus puntos de vista. Estas charlas los unían, separándolos en las fiestas a que solían concurrir de los grupos de los demás, para llevarlos a conversaciones primeramente vagas, determinadas después, que a veces se hacían íntimas, llenas de dulce evocación...

Así nació el idilio, inesperadamente; sin trazarlo de antemano, sin pensarlo casi, fueron novios. Era el suyo un cariño sano, limpio de convencionalismos, que nacía del fondo de ellos mismos como una necesidad que los complementara sentimentalmente.

Jóvenes los dos, físicamente fuertes, dueños de una posición desahogada, nada se oponía a sus designios. Convencidos plenamente de que su unión los haría dichosos, decidieron su boda, y ésta se aproximaba.

Ambas familias hallábanse en un período de intensa actividad con los preliminares de la fiesta.

Elena permanecía tranquila, relegando esos trajines a la pericia de su madre, que gozosa cumplía con los infinitos detalles que no quería pasar por alto. Tratábase de la felicidad de su querida hija, y no era cosa de llenar su cometido así como así.

La vieja casa remozábase rápidamente; se preparaban las habitaciones de la futura pareja, y todos esos arreglos ponían en el hogar, habitualmente silencioso, una nota de vida intensa.

Sólo Pedro no participaba de esta agitación; su vida continuaba el curso ordinario, pero en su alma se intensificaba la soledad. ¡Se casaba la señorita Elena!... Este pensamiento lo perseguía con tenacidad aterradora. ¡Se casaba!

Volvía a su mente la primera vez que la vió; recordó la afabilidad de sus palabras, que cortaron la brusquedad de su temperamento retraído. Ella, con su intuición de chiquilla buena, comprendió la pena del muchacho, la tragedia de su deformidad, la tristeza de su vida sin afectos, y con una piedad hondamente femenina, supo suavizar la aspereza de su carácter huraño, consiguiendo hacerlo su amigo.

Desde entonces, inconscientemente, con la fuerza de toda su ternura virgen, fué dejándose arrastrar hacia ella, haciéndola objeto de su veneración.

Inexplicable fué su desesperación, silenciosa y torturante, cuando supo que Elena se casaba. Nunca se detuvo a pensar que llegaría el momento en que un hombre extraño hasta ayer se apoderaría de todos sus sentimientos, llevándosela con el beneplácito de todos. Pero el día había llegado: no era posible dudar ni forjarse locas esperanzas que a veces lo poseían.

La niña que familiarmente lo tratara, la joven bondadosa que vió en él un ser que sufre y que siente, trocaríase ahora en una extraña, en una persona distinta, con nuevos compromisos y obligaciones, que forzosamente la alejarían de las costumbres de su vida actual. Ante la nueva situación planteada, comprendió por primera vez, con toda claridad, el lugar que este afecto ocupaba en su vida.

Él sólo bastábale para llenar sus horas y sus días, impulsándolo a mejorarse para ser más digno de la bondad dispensada. Y así, a fuerza de voluntad, consiguió perfeccionar sus exiguos conocimientos, leyendo siempre, buscando en los innumerables libros que llenaban su cuartito el saber que lo igualaría a los otros más favorecidos por la suerte.

Todo esto atormentaba la mente del infortunado, mientras permanecía sentado en el jardín.

—Pedro, ¿quire usted venir un momento?

Ante esa voz se estremeció, levantándose con rapidez.

—¿Mandaba algo, señorita?

—Escuche, Pedro: deseo que para mañana temprano haga cortar todas las flores que hay en el jardín. Son para adornar las mesas, pues tendremos invitados. Mi despedida de soltera, Pedro.

—¿Desea usted que las prepare yo, o las arreglarán en la casa?

—No; hágalo usted. Confío en que lo hará mejor. Y disculpe todas estas molestias; ya le agradeceré juntas todas sus atenciones.

Pedro se sonrojó al escuchar estas palabras.

—¿Agradecerme usted a mí, señorita?

—Es que estos días lo estoy haciendo trajinar demasiado.

—¡Es un placer para mí, señorita Elena, poder servirla! Ha sido usted siempre tan buena conmigo, que soy yo el que nunca podré pagarle esta deuda de gratitud.

Elena lo miró extrañada; en los grandes y profundos ojos del muchacho había tanta humildad, que se sintió conmovida.

—No vale la pena hablar de ello, Pedro. Usted me atribuye demasiado mérito. Quedamos, pues, en que mañana bien temprano tendrá listas las flores, ¿verdad?

—Como usted lo dispuso, señorita.

Elena se alejó saludando afablemente; la mirada de Pedro, impregnada de intensa ternura, la siguió hasta perderla en la casa.

—Una cosa, Elena: nada de preocupaciones, nada de controversias en este tiempo que hemos dispuesto para el viaje de bodas.

—¿Es una condición que me impones?

—¡Líbreme el cielo! Lo expongo, simplemente, como un deseo.

—Veo que aún eres galante conmigo. ¿Cómo crees que andarán los ánimos después del solemne juramento? Casi me estoy atemorizando un tanto con lo que al respecto dicen.

—¡Vaya! Y esos que hablan, veo que no han escarmentado en cabeza ajena.

—No hay por qué culparlos; obra en ellos ese poquitín de amor propio que tenemos todos y que nos obliga a juzgar por nuestros medios.

—Con el afán de que sean los otros lo sequivocados, ¿no es así? ¡Resulta tan agradable refutar a los amigos!...

—No olvides que el aspecto más interesante de la vida es ese precisamente: el estar siempre en desacuerdo con los demás, tratando de traer argumentos para convencernos los unos a los otros. Esta búsqueda es movimiento, acción, evolución...

—Pero escuche la niña: si no es para exaltarse tanto; por mi parte, no pienso contradecirte; estoy estos días muy apacible, muy dispuesto a dejarme vivir.

—¡Interesante estado de ánimo para un hombre que inicia una nueva vida!

—Un nuevo aspecto, querrás decir.

—¿Cómo?

—Muy claro; no cambio mi vida: le agrego un factor distinto que la hará más interesante, más digna de vivirse. ¿Estamos?

Callaron los dos. Era casi entrada la noche, y desde el corredor en que se hallaban, apoyados en la balaustrada, abarcaban todo el jardín, ya iluminado caprichosamente; contemplaban las sombras de los árboles, que aparecían alargadas, ensombreciendo las vivas tonalidades de las flores. El espléndido surtidor se veía incompleto, enhiesto por las finas y densas ramas entrecruzadas, percibiéndose lejanamente el ruido del agua al caer.

—¡Qué familiar es todo esto para mí! —dijo Elena, interrumpiendo el silencio. — Te aseguro que temo echarlo de menos cuando no esté aquí.

—¡Pero estarás conmigo! — replicó Héctor apasionadamente. — Y juntos conoceremos y gustaremos cosas interesantes y nuevas. ¿No te parece hermoso esto?

—¡Oh, sí! Pero me resulta inexplicable ese sentimiento tan arraigado en nosotros de las cosas que nos rodean y que son necesarios para completar nuestra dicha. Por eso pienso que en esta casa seré feliz; nada tendré que añorar, nada que sentir...

—Es que tú, a pesar de todas tus ideas de vanguardia, no te desprendes del sentimentalismo de nuestras abuelas.

—Ríete cuanto quieras, pero no puedo acallar esta sensibilidad que se irrita ante la pérdida de cualquier objeto familiar, ya no solamente de personas.

—¡Cómo sentirás entonces dejar a tu amigo el jardinerito!...

—Créeme que me da mucha pena.

—También a mí; debe ser muy triste su vida, solo, reconcentrando en sí mismo todos los dolores, que se atenúan tanto compartiéndolos.

—El no busca hacerlo; es un ser huraño que huye de las gentes por el pudor de su deformidad física. Y desgraciadamente para él, es muy inteligente.

—Tiene la peor de las desdichas, entonces, comprendiendo precisamente lo que debiera ignorar.

—He observado que esas criaturas afectadas físicamente por la naturaleza, tienen en pago una sensibilidad agudizada, que las hace vibrar hasta el conjuro de una palabra buena. Figúrate que me he ganado su adhesión con sólo detenerme a hablarle algunas veces...

—Ya ves que tienes que darme la razón. A pesar de tu modestia, convéncete, posees el don de la elocuencia. Una prueba palpable: ¿no me has vencido con iguales armas?

Héctor buscaba imprimir a la conversación un giro más ligero, pero Elena se sentía deprimida, y quedaron los dos silenciosos.

Un espacio de un año pleno de emociones recogidas en el ambular por distintos países, en la diversidad de paisajes gustados siempre con el ansia del que todo anhela conocer, y el retorno a la patria, la vuelta al viejo hogar, que esperaba acicalado el regreso de la gentil pareja.

Las dulces remembranzas ante las visitas de las amigas, el beneplácito de los conocidos, todo ese trajín amenguaba un tanto el calor de vida íntima de la casa paterna, que nuevamente sacudía el silencio que la había envuelto, para tomar en esos momentos el aspecto de un salón de moda en plena fiesta.

Acallada la novedad del regreso, instalados definitivamente, íbanse encauzando en los detalles de la vida familiar.

Los padres de Elena viajaban por Europa; habían partido poco tiempo después del casamiento de ésta, cumpliendo una prescripción médica.

El temperamento reposado de los jóvenes y su deseo largamente acariciado de estar en su hogar, los alejó sin esfuerzo alguno de la vida social activa.

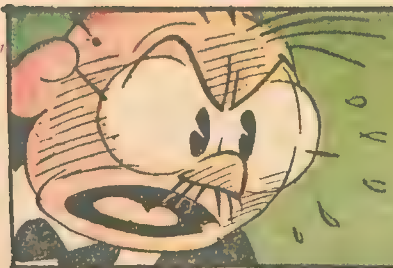
Gustábanles, en las largas horas de las noches invernales, el calor agradable de su saloncito, donde solían reunirse unos amigos, los más íntimos, dejando pasar las horas en amable charla.

Emanaba una serena energía de la comunión de esos dos jóvenes, que juntaba a los seres que anhelaban emoción sincera de hogar en ese tan bien constituído.

Y así, libre de inquietudes dolorosas, transcurrían los días para ellos.

Los viejos servidores de la casa empeñábanse en satisfacer a los señores, especialmente a su querida señorita.

(Continúa en la página 19.)



DON FERMÍN

POR DANTE QUINTERNO













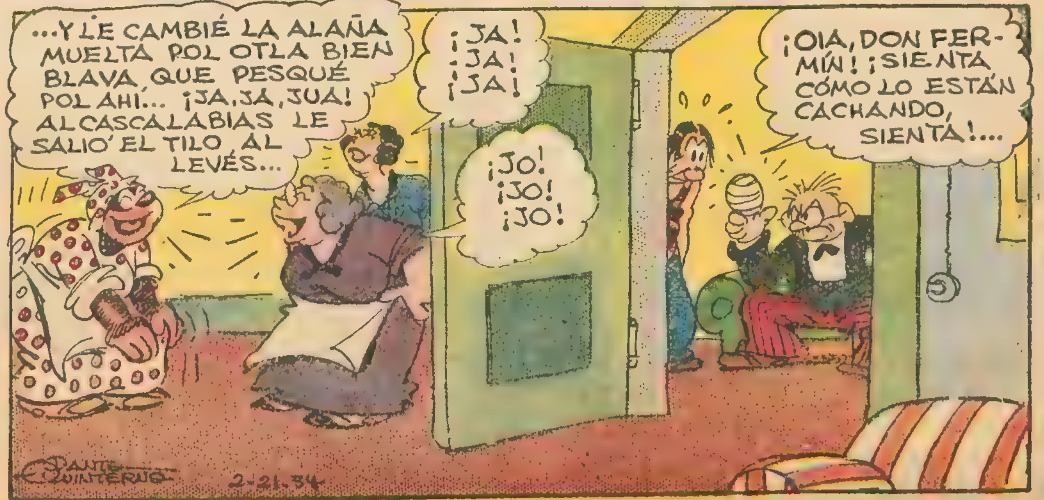












Cómo se realizó uno de los más famosos robos de diamantes

Relato por el célebre criminalista británico GEORGE GREENWOOD

Mi esposo me obligó a hacerlo!

He ahí una disculpa bella y poderosamente conmovedora cuando se acusa a un matrimonio de complicidad en un crimen, y que casi siempre tiene por resultado la absolución de la mujer sometida a la acción judicial. Cuando se ventila ante los estrados de la justicia un caso de coerción, tanto la defensa como la acusación echan mano de todos los recursos legales y jurídicos de que disponen. Invariablemente citan el



caso de la señora de Torpey, protagonista de uno de los más atrevidos robos de joyas que se haya cometido jamás.

El señor y la señora de Torpey vivían en una casa de pensión de Leamington. Antes de que la hija, fruto de su matrimonio, cumpliera un año, se habían comido la pequeña suma de dinero que habían ahorrado para su enlace. A Torpey no le agradaba el trabajo, y entonces él y su mujer se dieron a buscar el medio de sortear las dificultades en que se debatían.

El resultado de la confabulación fué un plan, de acuerdo con el cual Torpey partió para Londres a la mañana siguiente. En cuanto llegó se presentó en los escritorios de una firma de corredores de inmuebles del Oeste de la ciudad. Dijo llamarse Mark Tyrell, y manifestó que deseaba alquilar una casa en un barrio aristocrático. Tras de recorrer algunas, se decidió por la que llevaba el número 4, en la calle Berkeley, frente a la plaza Portman. Ofreció como referencia una carta que parecía escrita por un conocido francés que vivía en Inglaterra, y firmó en seguida el contrato convenido, haciéndose cargo inmediato de la propiedad. El alquiler incluía todo el mobiliario.

La señora de Torpey se reunió en seguida con su esposo, llamada telegráficamente, y dejando la nena en Leamington, so pretexto de un viaje que debían realizar. Bajo el nuevo nombre de Tyrell no demoraron en montar su casa en forma tan brillante como la más lujosa del barrio, comprando algunas piezas de mobiliario y adornos y "bibelots" de toda suerte. Todos los días llegaban a su puerta proveedores y camiones de comerciantes que descargaban paquetes y cajones de todo tamaño. Tomaron una mujer para todo servicio.

Montado el escenario para el drama en que él y su esposa habían de desempeñar los papeles principales, Torpey se presentó en uno de los más importantes negocios de joyería de Bond Street, en el cual examinó una cantidad de sortijas y pulseras de diamantes. Declaró a los incautos joyeros que deseaba hacerle un regalo a su esposa inválida e imposibilitada de salir de la casa. Pretextó que conocía muy poco de joyas y que le agradaría que su esposa eligiera a su gusto, por lo cual rogaba, si era posible, que se remitiera un buen surtido de alhajas de las que acababa de examinar a su domicilio. El dependiente que lo atendía consultó con el propietario del negocio. Impresionados ambos por el aspecto distinguido y próspero del señor Tyrell y por el hecho de habitar en barrio tan distinguido como lo era la calle Berkeley, el joyero convino en enviar a la tarde siguiente un emisario con un extenso surtido de costosas joyas.

Poco antes de la llegada del emisario del joyero, Torpey envió su criada a entregar un recado en los suburbios de la metrópoli. Según se lo proponía, transcurrieron varias horas antes de que la fámula se convenciera de que el domicilio al cual se la enviara no existía.

Una vez alejada la única persona del servicio doméstico, Torpey se colocó en una de las ventanas desde la cual podía ver llegar al empleado de la joyería. Cuando lo divisó, descendió al hall, y colocándose el sombrero, abrió la puerta de calle como si se dispusiera a salir a dar un paseo. Pareció muy sorprendido al encontrarse con el señor Parkes, enviado de la joyería, a quien explicó que creía que la cita era para más tarde. Este cuidadoso subterfugio fué necesario para que Parkes no descubriera la ausencia de sirvientes en la casa, cosa que habría ocurrido si hubiera llamado a la puerta.

Parkes acompañó a Torpey — alias Tyrell — hasta un salón en el cual fué presentado a la "señora de Tyrell".

Abriendo su valija, el joyero colocó sobre una mesa tres mil seiscientas libras esterlinas de joyas, invitando a la señora a elegir lo que le agradara.

La señora de Tyrell se mostraba vacilante, no se decidía, y después de un rato de meditación, manifestó que iría al piso superior de la casa en busca de su hermana, quien conocía mucho más de joyas que ella. Parkes se quedó al lado de la mesa, de espaldas a la puerta y frente a Torpey.

No tardó en regresar la señora de Torpey, declarando que su hermana no demoraría en bajar. En seguida, con fulmínea rapidez, la mujer oprimió un pañuelo empapado en cloroformo sobre el rostro de Parkes, tapándole la boca y la nariz. Al propio tiempo corrió Torpey y sujetó a la víctima del asalto, apretándole los brazos e inmovilizándolo.

Parkes se debatía violentamente, pero Torpey lo asió por la garganta, mientras la mujer volvía a aplicar el pañuelo con el anestésico. Al constatar que el asaltado estaba a punto de perder el conocimiento, Torpey lo soltó y lo tendió sobre un sofá. Parkes luchaba aún, pero ya las fuerzas iban abandonándole. Otra dosis de cloroformo lo

(Continúa en la página 49)



Ella no supo respetarle, y el...

El HOMBRE de HIERRO

...fué implacable y duro en el castigo.

CUENTO POR TRISTAN F. CESTERO

DEJO Leoncio Rímino la lapicera con la que estaba haciendo cálculos sobre una blanca hoja de papel, quitóse los lentes con montura de carey, que le calbagaban en la afilada nariz, y miró a su mujer que, de pie junto a su mesaescritorio, esperaba a que le atendiera.

—Tú dirás lo que deseas, Germana.

Roja, temblorosa de emoción, Germana sólo atinó a balbucir:

—No me atrevo a decirte francamente lo que deseo, Leoncio; pero tú me comprenderás.

Su marido la miró con severidad, con rencor casi, diciendo:

—¿Más dinero, acaso? — y a un movimiento afirmativo de ella, continuó: — Pues lo lamento mucho, porque no puedo darte un centavo más.

—Eso no es posible, Leoncio. ¡Yo necesito dinero! ¡Dos mil pesos! He contraído una deuda... Y tú me los darás, porque en ello va tu nombre.

Ante estas palabras de su mujer, Leoncio Rímino trocó su gesto duro en otro sarcástico. Sonrió en seguida desdeñoso, y comentó:

—¡Conque en ello va mi nombre, eh! No me extraña, ni me afecta tampoco, aunque no por eso toleraré que puedas suponer que soy un hombre sin honor. Mi condición de comerciante me veda el derecho de proclamarme "hombre honrado", a pesar de serlo. Es una desgracia que pesa sobre nosotros, principalmente sobre los que hemos logrado reunir algún dinero a costa de trabajos y fatigas.

—Yo necesito dos mil pesos, Leoncio — repitió ella, cada vez más nerviosa. — Si no te importa que en ello vaya tu honor, a mí me importa, porque va el mío. He contraído una deuda de juego, y quiero satisfacerla. Es mi deber.

—Desde luego que es tu deber...; pero el mío, no.

—Es que el dinero lo tienes tú.

—En efecto — siguió él sarcástico. — Lo tengo, pero para sostener nuestra casa, nuestro prestigio, y no para pagar "deudas" que tú contraes por ahí sin mi permiso; sin advertirme siquiera que podrías llegar a contraerlas.

—Esto es lo único que puedes reprocharme, Leoncio, y es que yo estaba muy ajena a contraerla. Fué ayer, yendo a visitar a mi amiga Meralda. Como tú sabes, en su casa se reúne mucha gente chic, que juega. Yo no tenía intención de jugar, te lo juro, porque tengo muy mala suerte; pero tanto Meralda como mis demás amigas me azuzaron: "—¡Eres una tonta, Germana! ¡Juega! Tú eres rica, de modo que muy poco podrá dolerle a tu marido que pierdas unos pesos. Además, ¿es forzoso que los pierdas? ¿Quién te dice que la suerte no te sale al paso y ganas lo que ni sueñas? Decídete." Y yo no pude substraerme a la tentación, Leoncio, y jugué con la peor de las suertes; para perder no sólo lo que llevaba encima, sino lo que, como ellas decían, "ni siquiera soñaba".

Leoncio Rímino, sin quitarle los ojos de encima, volvió a sonreír.

—¡Eres extraordinaria! ¡Te olvidas de todo! Porque no cabe duda de que te olvidaste hasta que yo te había advertido que debías mirar muy bien el dinero. A mí no me ha ocurrido jamás eso, porque siempre he sabido contenerme. Pues como te he dicho, Germana, no cuentes conmigo. Lo lamento mucho, porque comprendo que te verás en figurillas, pero... ¿qué culpa tengo yo?

Ante estas palabras Germana perdió los estribos de su prudencia, de su mansedumbre, sin medir las consecuencias de su gesto. Se irguió cuanto pudo frente a su marido y le gritó en la cara:

—Tú me darás ese dinero, Leoncio..., o no respondo de mí.

—¿Qué palabras son esas? — barbotó Leoncio, levantándose y tomándola de las muñecas con sus manos duras, callosas, de hombre de trabajo. — Repítelas, y te arranco la lengua como a una víbora. Esto es lo que me faltaba, que encima de todo, ¡de todo!, te permitieras amenazarme.

Germana forcejeaba queriendo libertar sus frágiles muñecas de las manazas de su marido.

—¡Suelta, que me lastimas! ¡No seas bruto!

Soltóla él, disculpándose con su tono sarcástico de antes:

—Perdona. Me había olvidado de que se trataba de ti, que eres... tan "poquita cosa".

—¡No me insultes, Leoncio, que no tienes ningún derecho!

—¿Que no tengo ningún derecho? ¿Es que todavía pretendes tener humos? ¡Ea; hoy se acaba todo! No te doy ese dinero porque..., podría decirte que porque no se me da la gana, y entonces mentiría, y no tengo por qué mentir. En consecuencia te digo la verdad. No te lo doy porque no lo has perdido en el juego, como dices, que entonces sí te lo daría, porque esta clase de deudas son sagradas, al menos para mí — y volviendo a tomarla de las muñecas, agregó: — Es mentira que has perdido ese dinero en el juego, porque tú no juegas ni has jugado jamás.

Estas palabras hicieron enrojecer a Germana, que no se las esperaba.

—¿Tú sabes, acaso, que no he perdido ese dinero en el juego?

—Sí; lo sé; a menos que quieras arreglarlo diciendo que lo has perdido "jugando con mi honor".

Ahora calló Germana, inclinando la cabeza sobre el pecho. Ya no se sentía con fuerzas para exigir ni para defenderse. Las palabras de su marido eran como una revela-

ción. ¡Sabía su secreto! ¡Sabía que, voluble o débil le afrentaba!, ¡que ese dinero que con tanto apremio le solicitaba se lo había exigido otro hombre, pero no leal como él, sino despreciable como el más cínico de los hombres! Leoncio la contempló un rato, sin quitarle los ojos de encima; luego le dijo, pero no ya con su tono sarcástico de antes sino con un dejo de dolor, de amargura, de desencanto:

—¿Tú creías, pobre mujer, que yo ignoraba tu secreto? No lo ignoraba, no, por desgracia. Este dinero que me pides ahora, como el que me has pedido siempre, no era para ti, para tus gastos, sino para saciar la sed de dinero del hombre con que me afrentas. Si ese dinero hubiera sido para ti, para gastártelo en provecho tuyo, ¡cuánto hubiera gozado dándotelo!, pero como sabía a qué manos iría a parar, al dártelo he sentido siempre un gran asco y un gran dolor.

—¿Y por qué me lo has dado, entonces?

—¡Ah! ¿Es que no te lo figuras? Para que siguieras enlodándote, esclavizándote cada vez más. Esa ha sido mi venganza, y por cierto que no podía ser mejor. Otro hombre te hubiera echado las manos al cuello y te hubiera apretado hasta hacerte sacar un palmo de lengua; hasta ver que tu rostro se ponía primero morado y luego negro... Pero yo no tenía derecho para tanto. Yo no había conquistado tu corazón sino que lo había comprado, como he comprado tantas cosas, útiles unas y otras inútiles. Soy hombre consciente y comprendí que no podías amarme a la fuerza, por el solo hecho de que te había convertido en mi mujer. Comprendí más aún: que no debías amarme. Sin embargo, como un niño inocente creí un día y otro que al fin me amarías siquiera por agradecimiento, sin pensar que las mujeres no saben agradecer ningún bien que se les haga, o por lo menos que me respetarías...

Calló un momento y le soltó las muñecas. Su fuerza de voluntad, esa fuerza con la que había triunfado, le contenía. Parecía estar sereno y en cambio estaba excitado como nunca. Empezó a pasearse por el despacho con las manos a la espalda y la cabeza inclinada hacia adelante. Germana, junto a la mesa-escritorio, como clavada allí, sollozaba con dolor y vergüenza, arrepentida de ser tan "poquita cosa", como recordaba que le había dicho su marido. Después de unos paseos, Leoncio volvió a detenerse junto a ella y tomó de nuevo la palabra:

—¡No quiero pensar cuánto te habrás reído de mí creyéndome un infeliz que no se daba cuenta de su situación tan ridícula! No quiero pensar tampoco lo que estarás diciendo de mí ahora, después de saber que "no me engañabas", como creías. Me supondrás un hombre sin honor y esto es, en verdad, lo que me ofende, porque no he sido un hombre sin honor sino un hombre que se vengaba de las traiciones de su mujer hundiéndola cada vez más en ese tembladeral del que no podría salir sino por las puertas de la muerte. Fuí muy cruel, es verdad, pero tenía una gran necesidad de castigar tu desamor. Ya que no me querías como hombre, como marido, o como padre, si te conviene uno de estos calificativos, por lo menos debiste quererme por gratitud, que hasta los animales más salvajes, más insociables, saben agradacer el bien que se les hace. Pero repito que tú no tienes nada de agradecida.

Calló otra vez y continuó sus paseos, para tornar a detenerse al lado de su mujer.

—Tú te dirás que cómo siendo un hombre de honor no ponía el grito en el cielo ante la vergüenza de esta afrenta, y te diré que no lo hacía por estar más que seguro de que este secreto no había transcendido de ti, "él" y yo. Les convenía a ustedes, y mucho, conservarlo, y a fe que no tengo nada que reprocharles a este respecto. Sólo yo he llegado a saberlo, pero no porque se escapara una palabra de tus labios, sino porque, asediado por los celos, he llegado a leerlo en el fondo de tus ojos. ¡No te figuras, sin embargo, cuánto trabajo me costó leer toda la verdad! Ahora..., ahora sólo me resta castigaros, pero... Eso es lo que he pensado hacer un día y otro, y era lo único lógico y cuerdo que se me podía ocurrir. Pero en este momento, viéndote vencida y humillada, no tengo valor para quitarte la vida. Quisiera ser generoso y perdonarte, y tampoco puedo hacerlo. De todas maneras, no podrás continuar viviendo en esta casa, bajo mi mismo techo, ni comiendo mi pan. Debes marcharte de aquí, pero ¿adónde? Sería la mayor de las ignominias arrojarte a la calle, sola, sin amparo. Y sería entonces una vergüenza para

(Continúa en la página 23)

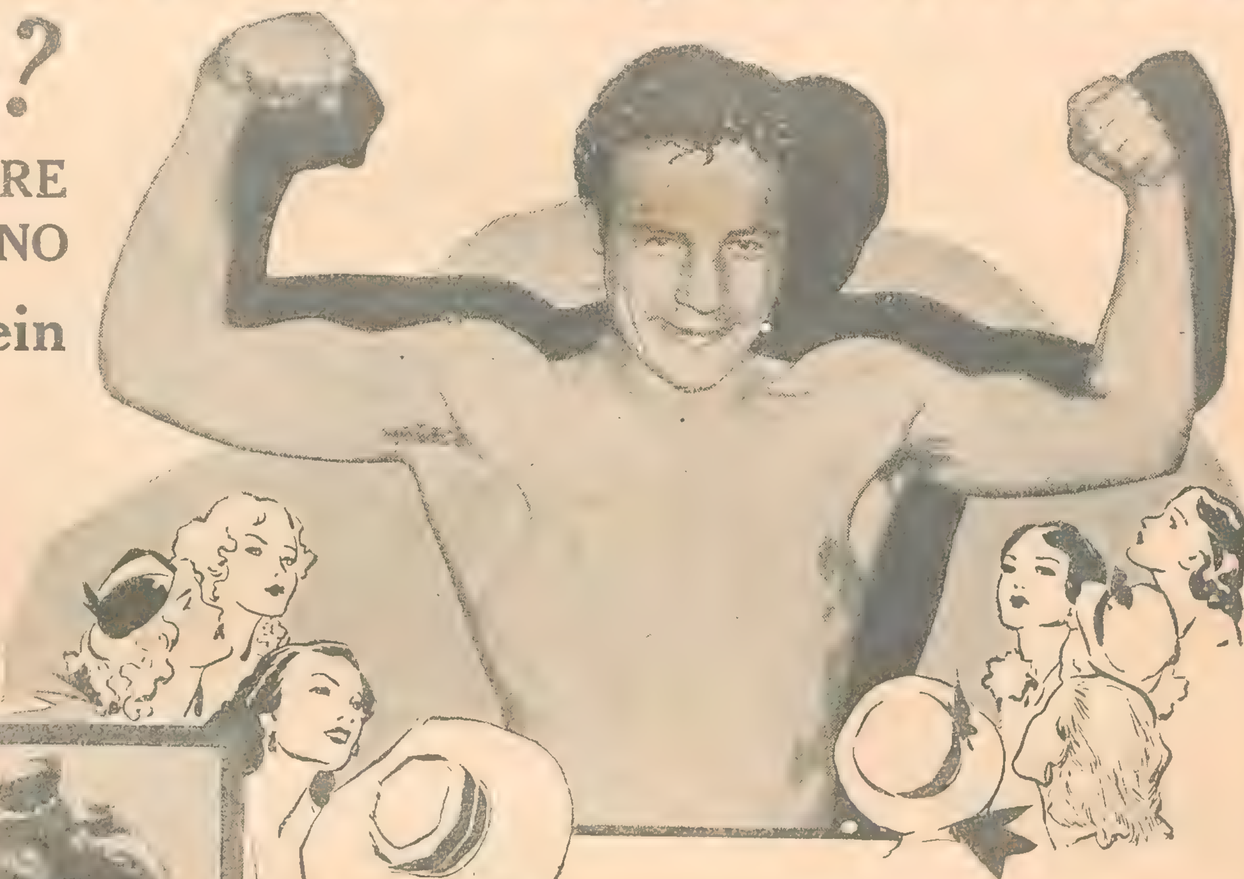


—Yo necesito dos mil pesos, Leoncio; si no te importa que en ello vaya tu honor, a mí me importa, porque va el mío.

¿Por qué las mujeres prefieren a los atletas?

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE CAPRICHO FEMENINO

Por Madelin Blitzstein



En Max Baer, reciente vencedor de Max Schmeling tienen puestos sus ojos las "girls" norteamericanas amantes del músculo y de la fortaleza física.

ES bien sabido que la mujer siempre ha admirado las dotes físicas del hombre; esto ha sido comprobado a través de los siglos desde el Imperio Romano hasta nuestros días. El verdadero don Juan de nuestra época no es el buen mozo y galante, sino el atleta, y con preferencia, el boxeador.

Por ejemplo: William Harrison Dempsey (Jack Dempsey, "el Matón de Manassa"). La primera esposa de Jack fué Estelle Taylor, la famosa actriz de cine, quien bien pudo haber elegido cualquier heredero de las grandes fortunas de América; sin embargo, eligió a Dempsey.

Últimamente ha vuelto a casarse con Hannah Williams, actriz de Broodway, divorciada no hace mucho de Roger Woolfekahn, hijo del banquero multimillonario Otto.

Otro ejemplo es el caso de Max Schmeling, campeón de Alemania. Su esposa es la famosa Annie Ondra, la más festejada de las artistas teatrales de Checoeslovaquia. Ella tiene veintitrés años y su esposo veintiocho; conociéronse en la Biblioteca Nacional de París una tarde en que el campeón fué a consultar un libro tan pesado como su gusto.

Annie Ondra, actriz cinematográfica y teatral, es otra de las que prefirieron a un atleta en calidad de marido. Hoy es la esposa del ex campeón mundial de box de todos los pesos, Max Schmeling.

El golpe más fuerte recibido por el mastodonte italiano Primo Carnera no le fué asestado por un rival, sino por Emilia Tersini, camarera de Londres; en un juicio que le siguió al campeón le sacó catorce mil dólares por no cumplir la promesa matrimonial. Verdaderamente, un golpe como para dejar knock-out a cualquiera.

Como último caso puede citarse a Max Baer, el Adonis de California. Se dice que June Knight, actriz de teatro, está por quitárselo a su verdadera esposa. Los psicólogos han estudiado detenidamente este problema, y parece que han llegado a una solución satisfactoria.

Según el doctor Thaddeus L. Bolton, director del Departamento de Psicología de la Universidad de Filadelfia, el secreto del éxito del hombre en los lances amorosos está en su físico.

Desde tiempo inmemorial las mujeres han preferido al atleta, como también es probado que el hombre ha sido siempre atraído por la mujer verdaderamente femenina; esto ha sido comprobado en la vida y costumbre de los animales. Entre algunos animales es común ver a dos machos pelear por una hembra, que presencia el combate y que al terminar se queda con el vencedor.

Primero fué Estelle Taylor la que se convirtió en esposa de Jack Dempsey. Ahora es la rubia Hannah Williams que aquí aparece al lado del mejor boxeador de todos los tiempos, según se asegura.

La tendencia de las mujeres de elegir el tipo perfecto del hombre, es el resultado directo de la costumbre de los animales.

Claro está, el individuo que, además de su fuerza muscular, poseía inteligencia, era en los tiempos antiguos el que llegaba a ser el jefe de la tribu y eventualmente rey, pudiendo así elegir la esposa que más le agradaba.

¿Cuál fué la razón — pregunta el doctor Bolton — que indujo a María Josefina Lauder, heredera de varios millones, a casarse con Jene Tunney, ex campeón mundial de todos los pesos? No era seguramente por el dinero, puesto que era ella millonaria, y tampoco por la cultura de que hacía gala el ex campeón. Era más bien, asegura el doctor Bolton, por sus atributos físicos que lo destacaban de los demás pretendientes; por la misma razón Jack Dempsey, aun antes de divorciarse de Estelle Taylor, era cortejado abiertamente por bellezas de la talla de Lina Basquette, Billie Dove y Larón Vincent.

Ahora ha aparecido en el escenario Max Baer con un surtido de trajes verdaderamente notable, trastornando la cabeza de más de una vampiresa de Hollywood, y esto no es una novedad de nuestros tiempos; algunos campeones de antaño también tuvieron sus éxitos. Jim Corbett tenía fama de irresistible, aunque no era tan instruído como Tunney o Schmeling.

Fitzsimmons se casó cuatro veces, su última esposa era nada menos que Julia Gifford, famosa cantante de teatro. La primera esposa de John L. Sullivan fué Annie Bates, quien fué considerada la mujer más hermosa de Boston.

Falta saber si los campeones son buenos esposos; muy pocos de ellos han quedado monógamos. Esto se debe a que son muy solicitados, y las tentaciones resultan demasiado fuertes para poder resistirlas.

FIN

El hombre de hierro

(Continuación de la página 21)

mí, porque entonces sí que se divulgaría "nuestro" secreto y mi honor rodaría por los suelos, pisoteado. ¿Cómo podríamos conciliar todas estas cosas, cómo?

Volvió a pasearse, desesperado, y tornó a detenerse a su lado una vez más.

—¡Ya está! Se me ha ocurrido una cosa para salvar mi prestigio de hombre de honor. Pero tú debes colaborar conmigo para ello. Te internarás en una casa de salud. Diré que tienes las facultades mentales alteradas. Naturalmente que tú debes fingir que es verdad.

—¡No! ¡Eso no, Leoncio! — saltó ella como una leona herida. — ¡Eso no! ¡Mátame primero!

—Pues tendrá que ser — dijo él, enérgico, implacable. — Es lo más verosímil; sería pagar la afrenta, porque tienes que pagarla, quieras o no.

Horrorizada por la frialdad de su marido, Germana se abrazó a su cuello, clamando:

—¡No harás eso, Leoncio! Tú no eres tan malo. ¡No harás eso! Yo no estoy loca...

Rió él mefistofélico, brutal, paladeando su triunfo.

—¡Cómo! ¿No estás loca y has estado faltando a tus más sagrados deberes, exponiendo tu vida a cada momento, porque no cabe duda de que te la jugabas? ¡Que no se diga! Tú estás loca, Germana, y si no lo estás deberías estarlo. Llamaré al hospicio de alienadas pidiendo una ambulancia.

—¡No! ¡Por amor de Dios!...

—¿Te has acordado de Dios cuando te burlabas de mí?

Se soltó él con furia de los brazos de su mujer y corrió al teléfono. Germana, de rodillas en un rincón, gemía sin consuelo, derrotada, humillada. Y así fué cómo, media hora después, cuando dos enfermeros del hospicio la tomaron de los brazos para conducirla a la ambulancia que esperaba a la puerta, la pobre mujer no tuvo fuerzas para oponer la menor resistencia. Pero al transponer la puerta tuvo una súbita reacción y se volvió rugiendo contra su marido:

—¡Eres un canalla! Un cínico! ¡Un hombre sin entrañas!... ¡Yo no estoy loca..., yo no estoy loca!...

Agobiado por el dolor, por el derrumbe de toda su vida y por su engañosa felicidad, Leoncio Rímino no fué capaz de mirarla a la cara. A pesar de haber sido un hombre de hierro, tanto para resolver sus negocios como para domeñar sus sentimientos, en ese momento no era más que un pelele al que podía vencer un niño con sólo una palabra. Y ella siguió escupiéndole su ira, su tremendo dolor:

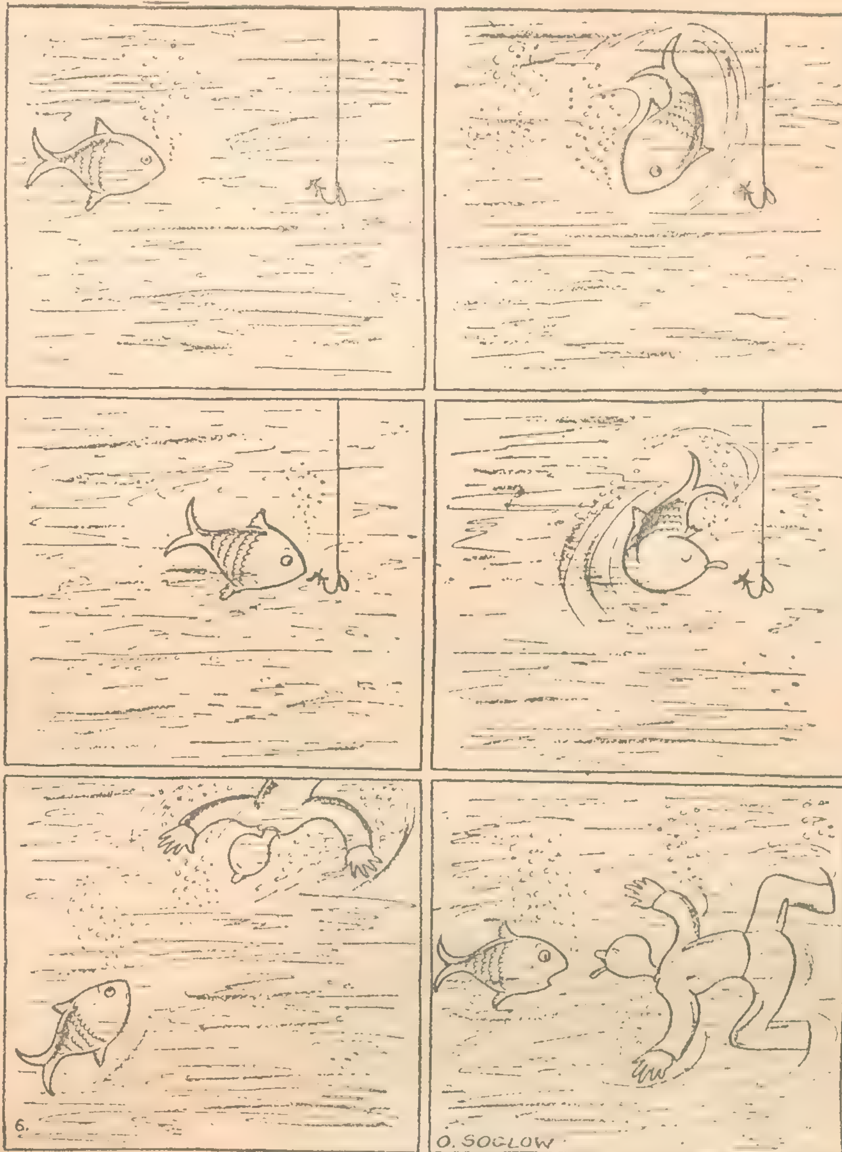
—¡Eres un infame! ¡Yo no estoy loca..., yo no estoy loca!

Como en su desesperación hiciera un esfuerzo sobrehumano para desprenderse de las manos férreas de aquellos hombres que se la llevaban, uno de ellos, dirigiéndose al otro, dijo con la mayor indiferencia y brutalidad:

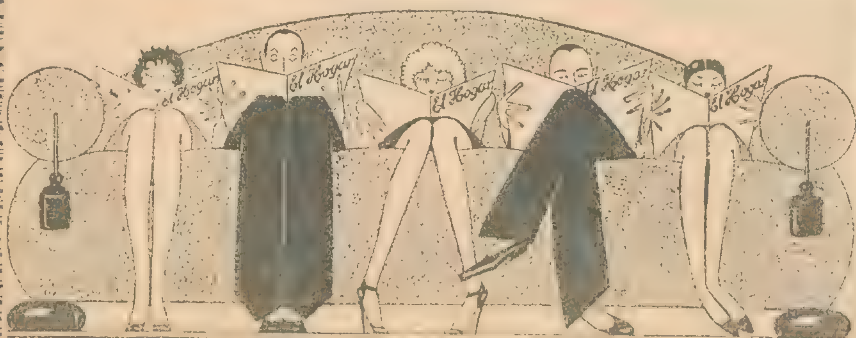
—¡Tenla fuerte, Morreos, que está loca de atar!

FIN

Las grandes historietas de SOGLOW



¡DE MI NO SE BURLA NADIE!



EL FOLLETIN DE

RESCOLDO



XV

A DÓNDE vamos ahora, senora de Sargent? — preguntó Carlos, riendo, en cuanto salieron de casa del cura.

A visitar a mis padres — contestó Lilí. — ¡Estamos tan cerca!...

Carlos se sentía demasiado contento para advertir la tristeza con que Lilí enunció su deseo. A pesar de que acababa de realizar, por fin, uno de sus más caros ideales, la joven tenía el vago presentimiento de haber cometido una mala acción. Así hubiese estado Woodlake en el otro extremo del mundo, lo mismo habría ansiado ver cuanto antes a los suyos para saber si aprobaban su conducta.

Por eso, cuando el auto se detuvo frente a la casita de los Lansing, Lilí experimentó una terrible angustia.

La puerta estaba sin candado. Entraron.

— ¡Mamá! ¡Mamá! — llamó Lilí desde el porche, mientras Carlos, tampoco muy dueño de sí mismo, la seguía a cierta distancia.

Finalmente, la señora Lansing apareció.

— ¡Tú aquí, hija mía! — exclamó asombrada. — ¿De dónde vienes?

— De Oakland, mamá.

— ¡Y también el señor Sargent!... ¿Qué?... ¿Ha ocurrido algo?

— Nada, mamá. Ninguna mala noticia... Al contrario... — No sabía cómo decírselo. Sonriendo y trémula al mismo tiempo, alzó la mano para exhibir el cintillo de brillantes. — Es que... Carlos y yo... nos hemos casado...

Costó trabajo hacer comprender a la pobre señora lo que había ocurrido. No podía concebir que se hubiese realizado el casamiento sin que estuviera presente ninguno de la familia.

— Como fué resuelto así..., tan de pronto... — se disculpaba Lilí. — Dime que estás contenta, mamá.

La señora Lansing enjugó sus ojos con el borde del delantal y besó cariñosamente a los dos jóvenes.

Lilí se sentía dichosa.

— ¿Verdad que estás contenta, mamá?

En esto llegó el señor Lansing. Cuando se enteró de la noticia no se mostró tan satifecho como su esposa.

— Mi hija es demasiado joven — dijo a Carlos severamente.

— Pero es toda una mujer, señor. Le aseguro que la haré feliz, porque su felicidad es mi único anhelo.

Cenaron los cuatro en el rústico comedor de los Lansing. Desde que la familia se había desgranado, los viejos comían en la cocina. Pero aquella noche la larga mesa que congregó en otros tiempos a tantos comensales, fué cubierta con el más fino de los manteles y salió a relucir la mejor vajilla. Mas los recién casados no reparaban en detalles. Estaban enteramente entregados a su propia felicidad, deseosos de partir cuanto antes para encontrarse solos.

Después de comer regresaron apresuradamente a Lakeport, pusieron telegramas al señor Sargent y a Marta, participándoles el casamiento, y tomaron alojamiento en el mejor hotel de la población.

Al día siguiente, la primera preocupación de Carlos fué conseguir los diarios de la mañana.

— No hay una sola palabra de nuestro casamiento — dijo consternado.

— ¿Pensabas acaso que ya...?

— Naturalmente. Papá debe haber propalado la noticia. Esperemos las ediciones del mediodía.

Pero en ellas tampoco encontró lo que buscaba. Tenía prisa por llegar a su casa. Le extrañaba ese silencio de los suyos...

En el camino, Lilí sentía crecer su ansiedad y su inquietud. Ir a lo de Sargent resultaba mucho más serio que afrontar a sus propios padres. ¿Qué dirían los ricos señores cuando se les presentara casada con su hijo? ¿La tratarían con la misma aparente afectuosidad con que la recibieron en la fiesta del club? Recordando sus apuros en aquella oportunidad, pensaba con terror en los que pasaría esa noche durante la cena que segu-

de AMOR

Por HAZEL LIVINGSTON

ramente se realizaría en la suntuosa mansión para celebrar el acontecimiento.

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Lilí Lansing ha dejado la aldea de Woodlake para instalarse en Oakland, en casa de su hermana Marta, a fin de poder cursar estudios de canto en San Francisco de California, donde trabaja en una oficina. Un casual encuentro con Carlos Sargent, hijo de un rico armador, reanuda la amistad que había comenzado años atrás en Woodlake. Marta censura a Lilí sus frecuentes paseos nocturnos con Carlos, y logra que renuncie a su cariño para dedicarse de lleno a su carrera. Pero durante las vacaciones los jóvenes se encuentran de nuevo y él le declara su amor. Concurriendo a una fiesta dada por los Sargent, Lilí acaba de convencerse de la gran distancia que la separa de Carlos. Su maestra le ha señalado la conveniencia de ir a Nueva York a perfeccionarse; acepta el consejo y se despide de Carlos, diciéndole que comprende que no podrán casarse jamás. Pero él, no resignándose a perderla, le prueba la sinceridad de sus intenciones proponiéndole un matrimonio inmediato. Lilí se deja persuadir y escapan a casarse en una localidad distante para que nadie se entere hasta que los hchos estén consumados.

XVI

Vamos, querida, no pongas esa cara tan seria! Mamá no te va a comer — dijo Carlos cuando bajaron del auto frente al chalet de sus padres.

Era la primera véz que Lilí transponía el portón de la residencia y entraba en sus jardines.

— Hagamos las cosas en forma — dijo Carlos, volviendo a guardar en el bolsillo la llave con que se disponía a abrir la puerta. Tocó el timbre.

A la vista de la vieja mucama que salió a recibirles, Carlos recobró su aplomo.

—¡Besa al novio, Ana! — exclamó abrazándola con familiaridad. Notando la indecisión de la mujer, agregó: — No te hagas la que no sabes que me he casado...

La mucama, abriendo tamaños ojos, miraba curiosamente a Lilí.

—¡Cómo, niño Carlos! ¿Usted casado?

—Sí. Te presento a mi señora. — Luego, volviéndose a Lilí, explicó: — Esta buena mujer me ha tenido en brazos...

La madre de Carlos había oído la voz de su hijo y bajaba la escalera del vestíbulo.

—¿Qué sucede, Ana? — inquirió.

Lilí hubiera deseado esconderse detrás de Carlos; pero se mantuvo firme, arrostrando la mirada de "su suegra".

—Supongo, mamá, que ya has recibido la noticia. Lilí y yo... — La voz le temblaba.

Siguieron a la señora Sargent a la sala. Lilí mantenía erguida la cabeza, pero pensaba que la entrevista iba a ser ardua, mucho más ardua de lo que había imaginado. Evidentemente, aquella señora la odiaba.

Carlos y Llií se sentaron en un sofá; la señora Sargent, en el brazo de un sillón.

—Tal vez sería menos penoso si hablara a solas con Carlos — dijo mirando a Lilí con su fría sonrisa.

—Cualquier cosa que tengas que decir puedes decírnosla a los dos — manifestó Carlos con tono decidido.

—Es que quería evitar a la señorita Lansing...

—A la señora de Sargent — corrigió él.

—Bueno. ¿Cuántas personas se han enterado de este casamiento?

—Fuera de nuestras respectivas familias, creo que nadie más.

Lilí advirtió la expresión de alivio con que la señora dijo:

—Menos mal. Veo que has sido prudente.

—¡Oh, no trato de que sea un secreto! Al contrario. Me extraña que papá no haya dado todavía la noticia a los diarios...

—Cuanta menos publicidad tengamos será mejos para todos nosotros — cortó secamente la señora de Sargent.

—¡No tendrán más remedio que aceptar un hecho consumado! — exclamó Carlos, poniéndose de pie, en un arranque de ira.

Lilí no podía resistir más.

—Carlos, creo que será más conveniente que hables solo con tu madre. Te esperaré afuera, en el coche.

—De ninguna manera. — Y la tomó del brazo. — Cualquie cosa que mamá pueda...

—Debo irme, Carlos, debo irme...



—Nos iremos juntos. Veo muy bien lo que mamá quiere decir. Si es lo que yo pienso, no tenemos por qué quedarnos aquí. Escúchalo bien, mamá: si no aceptas a Lilí, los dos te decimos adiós. Y esto vale también para papá.

— No dramatices, hijito. Sabes que puedes entrar y salir de esta casa cuando quieras y traer a los amigos que se te antoje. Pero... — dijo dirigiéndose a Lilí, — ¿usted ignoraba, mi querida niña, que Carlos no es mayor de edad y que se ha casado sin el consentimiento de sus padres?... El matrimonio es ilegal. Podemos anularlo, ¡y lo anularemos!

—Como quieras. Dentro de dos meses ya no necesitaré el consentimiento de nadie y volveremos a casarnos. Mientras tanto, si quieres provocar un escándalo alrededor del nombre de tu hijo, puedes hacerlo. ¡Por lo que me importa!...

En vano intentó su madre retenerlo.

—No abandonaré a Lilí por nada en el mundo. Ya lo sabes. — Rodeó cariñosamente con su brazo a Lilí y le dijo: — Tranquilízate, amorcito; no te dejaré jamás. Ven conmigo. — Partieron en el coche. ¿Hacia dónde?... ¿En qué lugar encontrarán ahora un sitio para ellos?... (Continúa en la página 43)

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

Los peinados *que* se impondrán *en la* próxima temporada



*Las ondas suaves, terminadas en bucles flojos, crean un peinado sentador, muy indicado para la mujer **joven**, de tipo formal y serio.*





Dos ondas suaves, que terminan en graciosos rizos, constituye un bonito peinado, especialmente para la mujer rubia.

LA moda actual para el peinado se presenta muy variada; pero la melena, por lo general, se lleva más larga que antes. Esto, hasta cierto punto, es una gran ventaja para la mujer elegante, porque le permite cambiar más de peinados y acentuar más la personalidad del rostro. Se usan mucho los bucles sobre la nuca o el cabello rizado casi sobre los hombros. La raya se puede hacer al medio, al costado o se puede cepillar bien el cabello, dejando una frente amplia y haciendo la raya diagonal. La nota más sobresaliente en los peinados de hoy es que expresan elegancia. Ya sea que el cabello esté peinado para las horas de oficina, para tés o bailes de noche, todos los peinados son hermosos

Las ondas suaves todavía están muy de moda; pero para la temporada de otoño los peluqueros más renombrados han sobrepasado su buen gusto de antes, haciendo que aparezca una onda donde menos se la piensa encontrar, cambiando también la monotonía de de la raya. Se lleva mucho la raya diagonal o el cabello dividido por una raya recta atrás. Las puntas del cabello pueden terminar con bucles o rizos, según convenga mejor a la silueta de cada persona.

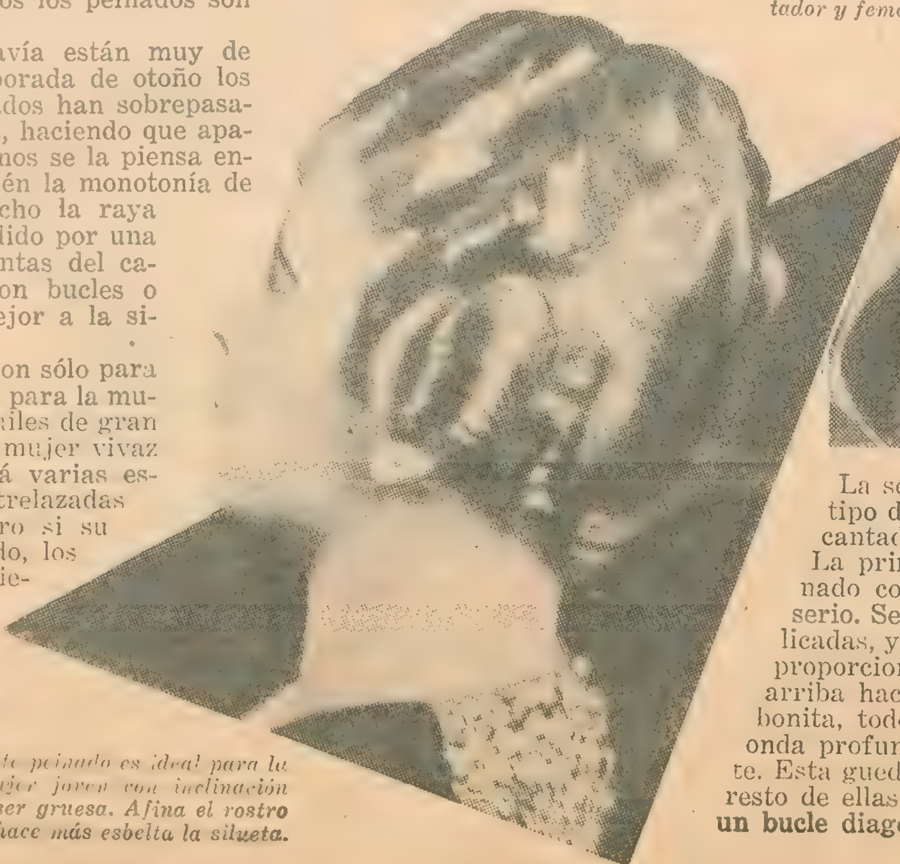
Las puntas rizadas no son sólo para jovencitas: se usan mucho para la mujer de mediana edad en bailes de gran etiqueta. Si es un tipo de mujer vivaz con seguridad que llevará varias estrellitas de brillantes entrelazadas en las suaves ondas. Pero si su tipo es soñador y lánguido, los adornos que más le convienen son los de perlas.

Cuando el tipo vivaz desea parecer más serio y formal y el traje y maquillage están de acuerdo, los adornos de perlas son los que más la ayudarán a darle el aspecto deseado.

La mujer práctica o la "sportswoman", debe elegir un peinado como éste. Es muy apropiado para usar de día tanto como de noche.

La mujer que hace mucho sport, o la poco presumida, encontrará que los bucles o rizos requieren mucho tiempo y cuidado y que no se ajustan a su personalidad. Por consiguiente, para este tipo de mujer los peluqueros han ideado un peinado con ligeras ondas, terminado en un rodete flojo, suave, colocado diagonalmente a través de la nuca.

Para la mujer joven de cabello negro, con lunares blancos o grises, es muy indicado este peinado sentador y femenino.



Este peinado es ideal para la mujer joven con inclinación a ser gruesa. Afina el rostro y hace más esbelta la silueta.

La severidad de este peinado está de acuerdo con el tipo de la "sportswoman", y presenta un aspecto encantador, tanto para la tarde como para la noche.

La primera fotografía nos muestra un estilo de peinado correcto para la mujer joven de tipo formal y serio. Se puede observar que todas las facciones son delicadas, y el peluquero, para hacer resaltar el rostro bien proporcionado, ha arreglado bucles en ambos lados y de arriba hacia abajo de la cabeza. Como tiene una frente bonita, todo el cabello ha sido peinado hacia atrás. Una onda profunda se marca a cuatro centímetros de la frente. Esta guedeja de cabello ha sido cortada más corta que el resto de ellas para que la primera onda pueda terminar en un bucle diagonal a través de la cabeza. La parte de atrás

de la cabeza tiene una docena de bucles que la cubren por entero y que caen suavemente sobre el cuello.

Cuando una piensa que doce o catorce bucles cubren la cabeza, recién entonces se realiza con qué arte y elegancia deben colocarse. El adorno que lleva este peinado es de perlas. Para usar durante el día se debe reemplazar este adorno por un bandeau de celuloide para que haga un bonito contraste con los trajes. Pero durante la presente temporada una cinta de tres centímetros de ancho es el adorno más apropiado para usar tanto para la tarde como para la noche.

Si se desea llevar esta clase de peinados, la ondulación permanente es indispensable, a no ser que se tenga cabello ondeado natural. Después de un buen shampoo, cuando el cabello está casi seco, se deben peinar los bucles sobre un dedo y prenderlos con horquillas en su lugar, hasta que estén completamente secos. Es un peinado sencillo para hacer y es muy sentador tanto para las rubias como para las morenas.

La segunda fotografía nos muestra el peinado perfecto para la "sportswoman". Rizos o bucles no serían lo más indicado para este tipo de mujer; sin embargo, debe tener alguna onda para enmarcar el rostro y darle un poco de feminidad a este peinado tan severo. Cuatro mechones de cabello en cada lado del rostro rompen la severidad de las ondas suaves. Estos pueden ser ondeados en forma de arco y luego peinados como lo muestra la fotografía, o se pueden usar cortos y sin rizar, para que hagan el efecto de melena ventarrón. Todo el resto del cabello, donde se dibuja sólo una suave onda, es peinado hacia atrás y termina con un rodete diagonal. El adorno es una hebilla de brillantes colocada paralela al rodete. Es un peinado ideal para señoras jóvenes y muy sentador, tanto para las rubias como para las morenas.

La tercera fotografía nos demuestra hasta qué altura de la cabeza se usan los rizos. Dos ondas suaves se extienden desde la frente hasta el centro de la cabeza. Estas terminan en un tumulto de rizos que cubren por completo toda la parte de atrás y los costados de la cabeza. Estas terminan en un se usa como mejor siente a la persona.

Un adorno de pequeñas piedras color pastel, en forma de flor, se coloca a la izquierda o derecha, detrás de la oreja. Dos trencillas de cabello (no el propio) barnizado con laca forman amplios ojales, dando a este peinado un aspecto de suprema elegancia.

Una de las ventajas de este peinado es que después de pasados varios días los rizos se pueden formar de nuevo sobre los dedos, o, si durante el día, se desea un peinado más sencillo, el cabello se puede alisar, dejando sólo unas suaves ondas y las puntas con pequeños rizos que circunden la cabeza, pero de manera que queden chatos junto a las orejas y sobre la nuca.

El peinado para señoras jóvenes de cabellos negros, con lunares blancos o grises, ha variado muy poco.

En la cuarta fotografía el cabello es traído hacia adelante para que forme una pequeña onda sobre la frente. Otra pequeña onda cubre la sien y una tercera onda cubre la parte inferior de la oreja. Un pequeño mechón cae despreocupadamente sobre la ceja derecha. Las puntas del cabello en este elegante peinado son rizos chatos sobre la parte de atrás de la cabeza.

En vez de adornos en el cabello se usan aros de brillantes para dar un tono de formalidad a este sencillísimo peinado. La silueta debe, por cierto, estar de acuerdo con el contorno de la cabeza.

La última fotografía nos muestra un peinado perfecto para señoras jóvenes que tienen inclinación a ser gruesas.

El peluquero estilista ha ideado este original peinado para que los cuellos cortos y gruesos parezcan finos y esbeltos. Ondas verticales cercan enteramente la cabeza. A la derecha de la raya el cabello es llevado hacia abajo y ondulado sobre la oreja y a través de la parte de atrás de la cabeza. Esto termina en un bucle suelto detrás de la oreja izquierda. El cabello un tanto largo que cae del lado derecho hacia atrás de la oreja izquierda cubre completamente la nuca, dando la impresión de que se tiene cabello largo. Las ondas verticales dan altura a los costados y parte de atrás de la cabeza.

Una pequeña onda y mechón de cabello caen sobre la frente, dando un toque de austeridad a este peinado tan femenino.

Si se desea usar un adorno, colóquense dos estrellas de brillantes o un bandeau con puntas de brillantes para que la persona parezca aun más alta.

Al elegir un peinado que haga resaltar nuestra personalidad o que se ajuste a nuestro tipo, siempre deberíamos considerar también el lado práctico

La reforma a la ley...

(Continuación de la página 5)

tarde fueron atacadas varias parroquias. En la Piedad fué herido gravemente un hijo de Alem: Leandrito. Un núcleo de caudillos, con Bernardo de Irigoyen al frente, encabezamos una manifestación y fuimos a buscar al doctor Leandro N. Alem para llevarlo en triunfo hasta el comité nacional, situado en Cangallo y Florida. Pero en la calle Cuyo nos salió al encuentro la policía y se inició un nutrido tiroteo. Batiéndonos con las fuerzas policiales y sembrando de heridos las calles, nos refugiamos en el local del comité, donde la policía nos bloqueó. Desde la azotea y los balcones manteníamos un fuego graneado que duró casi toda la noche. Intervino personalmente el presidente, Carlos Pellegrini, quien hizo levantar el sitio y retirar las fuerzas policiales, invitándonos — en nombre de la paz nacional — a entregar las armas y abandonar el local.

EL FANTASMA: ¡EL ESCRUTINIO SOBRE LAS MESAS!

Las reformas a la ley electoral, propuestas por el ministro del Interior, doctor Melo, y aprobadas por la Cámara de Diputados, ¿harán retroceder la vida argentina a la luctuosa época del caudillaje, las policías bravas, los asaltos a las urnas y los sangrientos motines callejeros? Así se ha propalado en manifiestos políticos, en discursos parlamentarios y en diarios opositores.

¡Otra vez el escrutinio sobre las mesas!, gritan despavoridos, como ante un fantasma.

Deseando proporcionar a nuestros lectores una impresión de conjunto sobre las ya célebres reformas electorales, hemos visitado a destacados políticos y viejos caudillos. Muchos de ellos se negaron a opinar por razones políticas y de disciplina partidaria. Entre las opiniones recogidas, se destacan — por su significación política — la del doctor Rodolfo Moreno, ex ministro del gobernador Ugarte y brillante parlamentario, y la del doctor Rómulo S. Naón, ex ministro de Instrucción Pública y ex intendente de Buenos Aires.

FIN

Los CUENTOS de MAMA NONA

El NIÑO que HUYO de su CASA



Roque y Blas han llegado hoy riendo de un episodio que a la vez les ha emocionado mucho.

Como están en vacaciones y los dos tienen alma de marinos, muy de madrugada se van al Tigre donde está el "Ruliblás", nuestro pequeño yate; ellos se encargan de todo, limpieza y manejo. Son a la vez marinero y comandante. Por la noche regresan trayéndonos frutas y peces.

Los dos seguirán la carrera de marinos y ya van haciendo los pequeños conocimientos en la barca pequeña y en las aguas mansas, para luego afrontar las bravas mares y las responsabilidades de las embarcaciones que conducen riquezas y muchas vidas en tripulaciones y pasajeros.

Pues iban costeando la orilla de los riachos, cuando vieron a dos niños, una mujercita de doce o trece años y un varón que tendría quince.

Iban a pie, demostrando gran fatiga; los trajes que llevaban puestos demostraban una situación de familia más que holgada; las manos finas, los rizos cuidados de la niña, el calzado, en fin, todo en ellos hacía ver que no eran isleños.

De tanto en tanto se escondían entre las matas como si temieran ser vistos; como si fueran en huída.

Roque y Blas amarraron la barca, saltaron a tierra e interpelaron a los niños. La pequeña estaba temblorosa; el hermanito, en cambio, demostró su entereza.

—Ocurre — dijo — que tenemos un hermano a quien queremos entrañablemente. Tiene diez y siete años, es muy bondadoso para con nosotros; pero en cambio es rebelde con nuestro padre, que es muy bueno también, pero que exige de nuestro hermano una conducta correcta. Quiere que sea buen hijo, respetuoso y dócil.

"Un día mi padre llegó a casa y encontró a nuestra madre llorando. "—Qué ocurre — preguntó. — Nada — dijo mi madre, — es que mi hijo mayor me ha dado una respuesta injusta, embravecida y agria. Y esto ha motivado mi aflicción. Temo por él. Su carácter díscolo."

"Mi padre llamó a mi hermano y le dió algunos consejos; le dijo que si no respetaba a la madre tampoco él sería respetado. Que no impusiera el desacuerdo en la familia y que no nos diera el mal ejemplo.

"Mi hermano nos llamó a los dos y nos dijo: "—No teman por mí; yo me voy; buscaré trabajo con los isleños en el Tigre."

"Yo le repuse que no lo hiciera; mi hermanita lloró, suplicándole de no partir. Le dije: "—Es un error de todo niño sin experiencia huir del hogar por una justa reprimenda. Nuestro padre quiere que seas bueno, por eso te corrige. No te vayas, hermano, que causarás la pena de todos."

"Mas él se fué sin escucharnos.

"Mi madre llora noche y día. Mi padre lo busca por todas partes. Él dice: "Dejadle; es bueno que coma pan duro, para que valore el pan blanco de su mesa. Es bueno que pase algún tiempo sin madre, para que sepa lo que la madre vale y lo que su ternura representa, y lo que sus mimos sirven. Dejadle; ya volverá cuando a la distancia y en la soledad valore el mal que causa, por el bien que quise

(Continúa en la página 47)

"Mundo Argentino" en AVELLANEDA



El gobernador de la provincia, señor Federico L. Martínez de Hoz, visitando la colonia de vacaciones, en compañía de las damas a cuyo cargo fué confiada la organización de la colonia.



Los niños de la colonia de vacaciones, durante el almuerzo, en presencia del gobernador y autoridades de la colonia de vacaciones.





Durante los ejercicios y juegos ejecutados por los niños de la colonia, en honor de las autoridades.

Otro detalle de los juegos a que se dedican los niños de la colonia en las horas destinadas al recreo.



Núcleo de socias del Racing Club de Avellaneda que asistieron a la inauguración del balneario.

Fotos de Mela

Las TARDES de FEBRERO en la PILETA del Club F.C.O.



Señoritas Rosa Kiser y Alina Ducco, reparando las fuerzas a orillas de la pileta, después de haberse ejercitado en la natación.



Los clubs de barrio están incorporados al núcleo de las entidades culturales dignas de aplauso. En la zona Almagro, el Club F. C. O. cumple su misión con gran eficacia. Tiene, entre sus comodidades más destacadas, esta amplia pileta, que se ve frecuentada constantemente por numerosos asociados y sus respectivas familias.



Señoritas Delia María Escribano, Isabel Defilippi, Susana Amato, María del Carmen Lamela y otras, a la hora del baño en la pileta.



La señorita Nélida Vidal, que integra el núcleo de las lindas bañistas en la pileta del Club F. C. O.



En la tarde en que el termómetro marcó 39.4, la señorita Pocha Giusti aplaca su sed. A su lado está la señora Angélica B. de Lereda.



La señorita Pepita Rodríguez se ha quedado dormida al sol, la señorita Nati Rodríguez se preocupa muy seriamente de las ondas de su cabello, mientras la señorita Alina Mulrad, descansa.



Señoritas Amelia del Río y Noemí Ketty Sangiorgio, luego de haber dado una jira por los jardines, se enjuagan los pies antes de reintegrarse a la pileta.



Señoritas Pepita Rodríguez y Alina Mulrad, tomando el correspondiente baño de sol, después del baño de pileta.



Señorita Elida Echeverría se hace la toilette, después de haber disfrutado de un agradable baño en la pileta.

CUATRO ÉPOCAS DE LA VIDA DEL ESTAFADOR

Alejandro Stavisky, a la edad de diez años, en su traje de escolar.



El mismo, que fuera más tarde un famoso estafador, cuando era un adolescente.



Otra fotografía de Stavisky, en la época en que sufrió la primera detención policial.



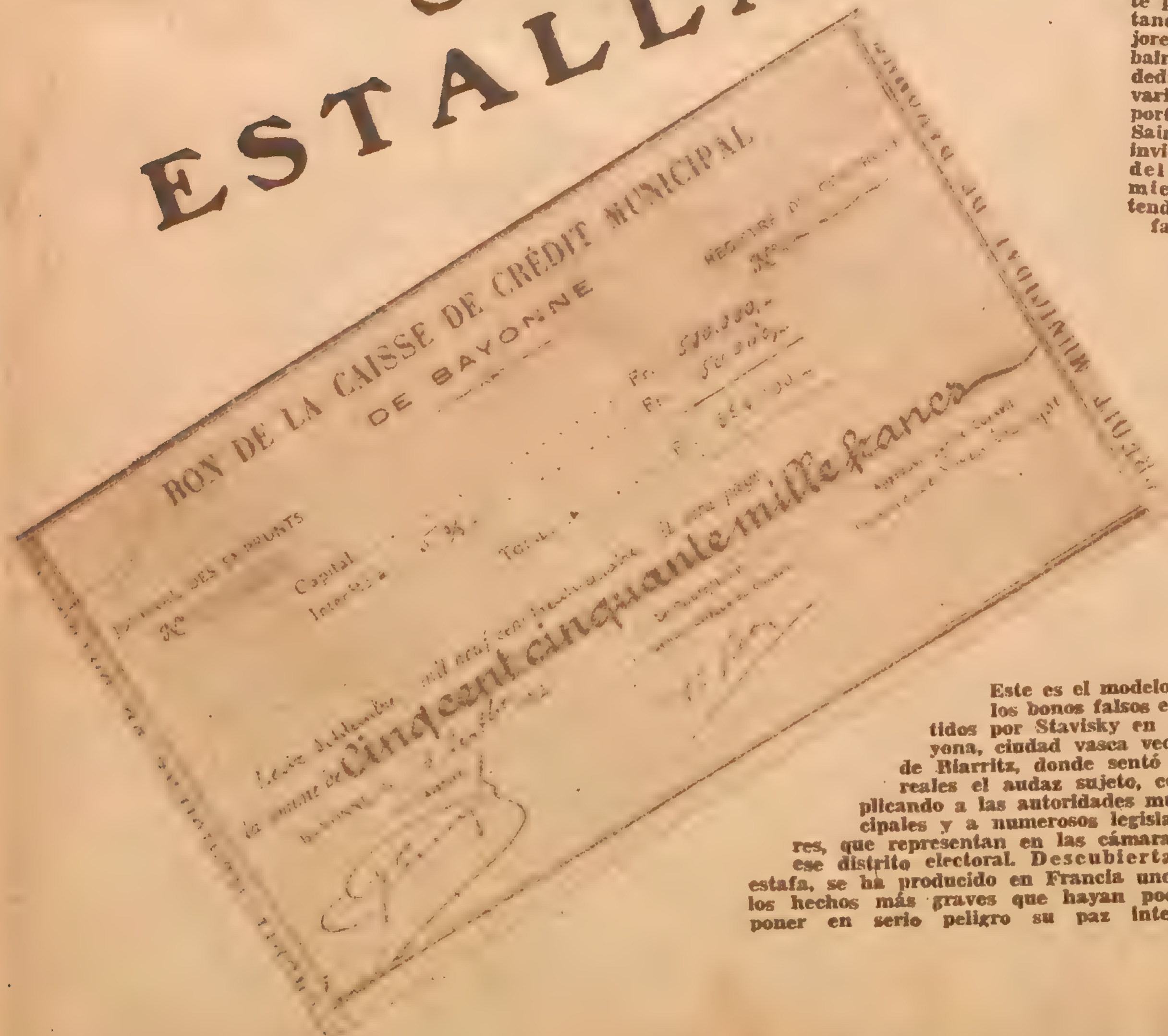
Uno de los últimos retratos de Stavisky, el autor de la colosal estafa de seiscientos cuarenta millones, que ha convulsionado a Francia.



STAVISKY, la CHISPA del ESTALLADO en FRANCIA

La esposa de Stavisky, cuya fotografía publicamos, era extraordinariamente hermosa y se daba una vida realmente principesca, frecuentando no sólo los mejores y más acreditados balnearios, sino también dedicándose a los más variados y costosos deportes. Hela aquí, en Saint Moritz, el último invierno, disfrutando del halago de vivir, mientras su marido tendía las redes de su fantástica trampa.





BON DE LA CAISSE DE CRÉDIT MUNICIPAL DE BAYONNE

Cinq cent cinquante mille francs

Este es el modelo de los bonos falsos emitidos por Stavisky en Bayona, ciudad vasca vecina de Biarritz, donde sentó sus reales el audaz sujeto, complicando a las autoridades municipales y a numerosos legisladores, que representan en las cámaras a ese distrito electoral. Descubierta la estafa, se ha producido en Francia uno de los hechos más graves que hayan podido poner en serio peligro su paz interna.

INCENDIO que ha

(Ver la nota que sobre este asunto se publica en el presente número, páginas 52 y 53.)



Stavisky era un hombre de pasado muy turbio. Esta figura de mujer que aquí aparece, es la popular cantante de café-concierto, llamada Juana Bloch, que casó con Stavisky el año 1917, cuando este famoso sujeto tenía 25 años. Stavisky se inició llevándose todas las alhajas y ropas de la artista, que inició contra su marido el primer juicio criminal que soportó en los tribunales de Francia



Stavisky apareció muerto cuando la policía cercó su guarida en Chamonix, donde intentó ocultarse para escapar de la acción de la justicia. La prensa de París anunció, con grandes títulos, que el gran estafador había sido "suicidado" por la policía, para evitar que, llegado el momento, hablara para denunciar a los cómplices que lo habían acompañado en su empresa y que eran, en su mayoría, figuras descollantes de la política francesa.

Nom Stavisky

27-7-1926

La ficha policial de Stavisky, dejaba expresa constancia de su condición de estafador, a pesar de lo cual, disfrutaba de todos los privilegios y ventajas para actuar sin el control de la policía. Es que en Francia, como en cualquier otro país, el dinero logrado a raudales por el aventurero, logró sobornar muchas conciencias fáciles.



En la segunda etapa de su existencia, Stavisky vivió una vida de gran señor; he aquí a su segunda esposa, acompañada de sus dos hijos, en una fiesta de flores realizada en Cannes. La mujer aparece con un lujoso abrigo de armiño, de un valor inestimable. De igual manera, los niños vestían con un lujo inaudito. El coche ocupado por esta familia estaba adornado con las orquídeas más raras y de mayor precio. Claro está que el carruaje obtuvo el primer gran premio.



Stavisky tenía en París una hija natural, llamada Georgette Micheline, dotada como puede verse de una singular belleza. A pesar de su existencia tumultuosa, el famoso estafador no olvidó a esta hija de sus primeros amores juveniles, y le facilitó los medios para que pudiera vivir con opulencia. Descubierta la personalidad del autor de sus días, esta pobre muchacha ha debido soportar las consecuencias de su origen, sufriendo vejámenes de toda especie, sin ser culpable.

UN RUSSE NATURALISÉ FRANÇAIS DISPARAIT APRÈS AVOIR COMMIS POUR QUATRE MILLIONS D'ESCROQUERIES

Son père, désespéré, se suicide p[illegible] de Montigny-sur-Loing



Ya el padre de Stavisky tuvo una vida trágica; un día apareció muerto y los diarios de la época (año 1926), consignaron las causas del suicidio, atribuyéndolo a la desesperación y a la vergüenza que le produjo la noticia de las estafas cometidas por su hijo y que sumaban entonces cuatro millones de francos. El hijo estaba prófugo, logrando fugar cuando era conducido a la presencia del juez. A pesar de estos antecedentes, logró reiniciar años más tarde su fantástica empresa de los bonos municipales de Bayona.



Aquí está en el lecho mortuorio del pequeño hospital de Chamonix, el hombre que ha provocado el pavoroso incendio de pasiones que se ha desencadenado sobre Francia, cuna de la democracia, ejemplo de dignidad y altivez republicanas, que está soportando una de las pruebas más crueles para su prestigio. Las calles de París se convirtieron en campos de batalla y los políticos recibieron la afrenta del insulto que partió de las voces populares enardecidas.

EN LOS BAILES SE CONCENTRO LA ALEGRIA DEL CARNAVAL



Un atrayente grupo de señoritas que concurrieron a una de las reuniones danzantes que se efectuaron en River Plate. Con su alegría y su atracción juvenil pusieron una nota de animación en la concurrencia, que ocupaba totalmente las dependencias del prestigioso club.



El hermoso teatro Pueyrredón de Flores, orgullo de la parroquia, celebró dignamente la llegada de Momo. Los amantes de la danza estuvieron de parabienes, y la amplia sala resultó exigua para contener a las numerosas parejas.



El Club River Plate, como todos los años, celebró sus interesantes bailes de disfraz y fantasía en su local de la Avenida Alvear y Tagle. Algunos de los concurrentes se presentaron disfrazados ingeniosamente, haciendo gala de inagotable buen humor, como este joven que aparece entre estas simpáticas señoritas, y que hizo reír con sus felices ocurrencias.



Por primera vez, como es sabido, se realizaron este año bailes de disfraz y fantasía en el teatro Colón, y justo es decir que la iniciación obtuvo un éxito lisonjero: Dora del Grande, la aplaudida bailarina, puso una nota artística.





La novedad de este año en materia de juego con pomos fué la de usarse como líquido el cloruro de sodio, que se emplea para anestesiar la piel, y con el cual, y mediante una especie de sifonsitos que están de moda en el Brasil, se jugó de lo lindo en la Boite du Cirque. El chorro, aunque inofensivo, no deja de producir una rara impresión.



Dos bonitas campesinas rusas que asistieron a los bailes del Colón. La de la izquierda tiene un gran parecido con la estrella Jean Crawford, aunque nada tenga que ver ella con la famosa artista ni con el arte cinematográfico.



Durante un momento de descanso en El Rincón, donde también se bailó sin que decayera el entusiasmo. El fotógrafo ha sorprendido a una señorita disfrazada de hawaiana, acaso para estar a tono con la noche un tanto cálida con que se inició la primera velada danzante en homenaje al dios de la alegría y la locura.



Sin duda alguna, estas máscaras fueron las que más animaron las reuniones que se llevaron a cabo en el Club de Flores. No hay más que ver las caras regocijadas de quienes las rodean para darse cuenta de que estas mascaritas motivaron la alegría de la concurrencia.



La Boite du Cirque presentaba un magnífico aspecto durante las noches de carnaval, tanto por la extraordinaria concurrencia como por la animación que reinó en todo momento. He aquí una de las mesas, donde se ve que se ha jugado de firme con flores y serpentinas.

Los PESCADORES MONARQUICOS en el RIO REVUELTO de la POLITICA FRANCESA

Cuando se agitan las pasiones y se conmueve hasta en sus propios cimientos la estabilidad de un pueblo, surgen de inmediato como leños arrojados a la costa las figuras que dormían el sueño del olvido en las conciencias de los hombres. Francia, agitada estos días por el tumulto de sus pasiones desbordantes, ha visto aparecer como destellos fugaces la amenaza de los monárquicos, de los comunistas y de los fascistas, tres núcleos que no creen en la democracia orgánica que rige los destinos de aquel gran pueblo. Pero Francia, que tiene en sus reservas mentales una gran fuerza, ha de salir del aluvión que la somete a tan dura prueba, más serena y más altiva en sus ideales de libertad.





Sobre la figura del pequeño Luis Napoleón ha surgido en el tumulto de los boulevares de París, la sombra augusta del gran Napoleón. Los "camelots du Roi", que están en la calle, confundidos con los comunistas, soñaron un momento con una vieja Francia monárquica, animada con el despertar de los palacios de Versalles.



El duque de Guisa, jefe de la casa de Borbón y Orleáns es otro de los que sueñan con una vuelta al régimen de las grandes monarquías en la Francia de los Luises. Helo aquí con su nieto, el pequeño príncipe Henri de France, al que de acuerdo con una tradicional costumbre, frota los labios con un diente de ajo, que humedece en seguida con vino de Jurançon. A la izquierda aparece el conde de París.



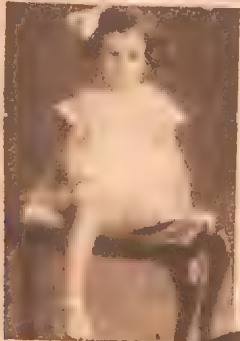
Cuando murió el príncipe Víctor Napoleón, en Bruselas, el año 1926, el rey Alberto de Bélgica presidió el duelo. Quiso de este modo expresar su solidaridad con el desterrado monárquico, cuyos títulos para el trono de Francia le han reconocido todas las casas reinantes.



De nuevo aparece en esta fotografía el duque de Guisa, en la ceremonia del bautismo de su nieta, la princesa Isabel Victoria de Francia, hija del conde Henri de París. El duque de Guisa está considerado por los monárquicos franceses como el único jefe de la casa real, y recibe de ellos el título de alteza que se da a los reyes.

LOS NIÑOS SANOS





Elisa Rocca, de la capital. Tiene tres meses de edad y pesa seis kilos. Criada con lactancia natural.

Matilde Isabel Terres, de Banfield. Ha sido criada con el pecho materno.



Benjamín Marivankin, de Basavilbaso (Entre Ríos). Su edad es de cuatro meses y su peso de siete kilos. Criado por la madre, al pecho.



Horacio Benito Alfonso, de Mendoza. Tiene tres meses y pesa nueve kilos y medio. Criado con el pecho materno.



Emilio Ernesto Vignolo, de la capital. Criado con lactancia natural.



Emilcen Mary Magliore, de Sarah (Pampa Central). Tiene cuatro meses y pesa diez kilos y medio. Criada por la madre, al pecho.



Mario V. Robledal, de San Juan. Su edad es de seis meses y su peso de catorce kilos. Criado con el pecho materno.



El "flirt" continúa siendo practicado este año en Playa Grande con igual entusiasmo que en la temporada anterior. Así, de cara al sol, la señorita Elcira Bellocq y el señor Julio Stoppani dejan pasar plácidamente los segundos, los minutos y las horas.



Mientras se aguarda la hora del baño de mar se impone una partida de "bridge" bajo la sombra de los toldos del Yacht C. Argentino

Detrás de uno de los toldos de Playa Grande esta parejita ha iniciado un "flirt", que la indiscreción del fotógrafo ha descubierto



Las señoritas María Silvia Sivori y Perla Olmi tomando su baño de sol en Playa Grande y sonriendo al fotógrafo que las enfoca.





Señoritas Ofelia Suer Boero, René Della Croce y el señor Carlos De Ferrari sorprendidos en el inocente juego de enterrar un libro en la arena que, al fin y al cabo, no deja de ser un entretenido pasatiempo.



"Le corde a sauter" es una de las modas que este año se han impuesto en Mar del Plata. Se trata de un cordón con dos borlas de madera que suele utilizarse para practicar un poco de ejercicio.

VERANEANTES EN PLAYA GRANDE



La lectura es uno de los pasatiempos favoritos de las damas mientras toman su baño de sol. La señorita Susana Manfredi se distrae leyendo unas páginas de un autor moderno.





He aquí un interesante núcleo de damas "habitués" a Playa Grande. En esta fotografía puede apreciarse debidamente en el conjunto los "maillots" adoptados en 1934.

Fotografías de Bay Baudoin, Witcomb, Mazer, Rotondo e Iris



El tejido ha sido dejado en suspenso por un instante. Ha habido, sin duda, un motivo especial de atracción junto al mar para que la señorita Dolly Sojo adoptara esa expresión con que la sorprendiera el fotógrafo.

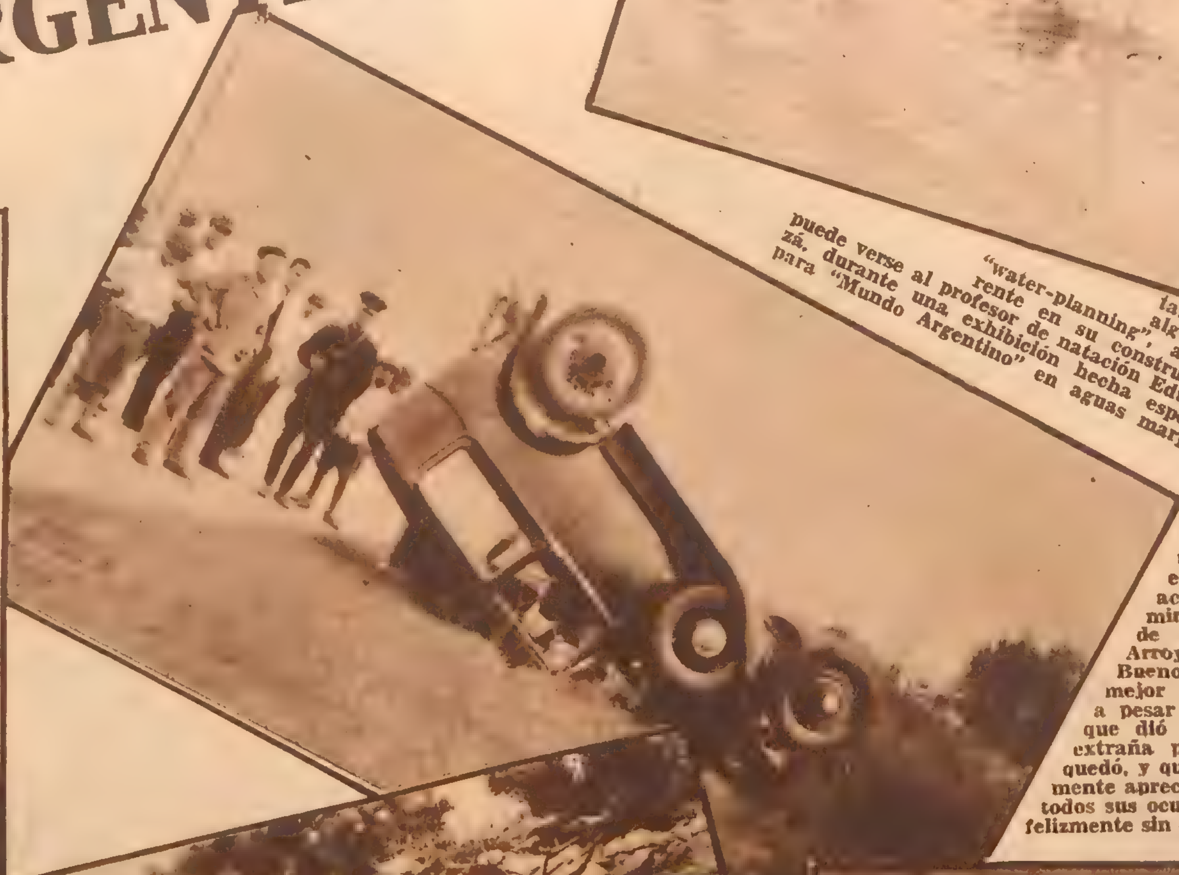
Actualmente, cuando la construcción de diques y puentes formidables preocupa a técnicos e ingenieros, los habitantes de Cruz del Eje (Córdoba) han ingeniado un medio eficaz para que las aguas del río San Marcos no cambien su curso, construyendo estos "chorizos" de alambre rellenados con piedras pesadísimas que constituyen una oposición a las correntadas.



Aunque parezca mentira... TAMBIEN EN LA ARGENTINA...



El patinaje acuático es un deporte que no tardará en imponerse en Mar del Plata. Se trata de algo parecido al "water-planning", aunque diferente en su construcción. Aquí puede verse al profesor de natación Eduardo Bauzá, durante una exhibición hecha especialmente para "Mundo Argentino" en aguas marplatenses.



No hace mucho tiempo ocurrió este curiosísimo accidente en el camino pavimentado de San Nicolás a Arroyo Seco (Prov. de Buenos Aires). Y lo mejor del caso fué que a pesar de las volteretas que dió el vehículo y la extraña posición en que quedó, y que podemos claramente apreciar en el grabado, todos sus ocupantes resultaron felizmente sin el menor rasguño.



En lo alto de un árbol centenario del parque El Dorado y a bastante altura del suelo, la naturaleza ha hecho que una palmera crezca fuerte y lozana, semejándose por su colocación a un centinela constantemente alerta. De más está decir que tal crecimien es, por su originalidad, motivo de animados comentarios.



Hace la friolera de tres siglos existía ya el molino de La Candelaria, en Córdoba. Hoy, ya casi completamente derruído por la acción del tiempo, sólo sus muelas, que son esas dos grandes ruedas de piedra, que aparecen en primer plano, se mantienen en perfecto estado de conservación, tanto que en cualquier momento podrían funcionar con la misma precisión con que lo hicieron hace tres siglos.



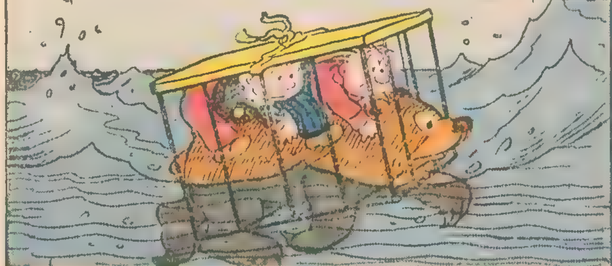
Por extraño que parezca esto, es simplemente una jaula-trampa de las que son empleadas en Mar del Plata para pescar besugos. Presentan las características de ser muy parecidas a esos botellones de vidrio que se emplean para cazar moscas. He aquí una de ellas con un pescador.

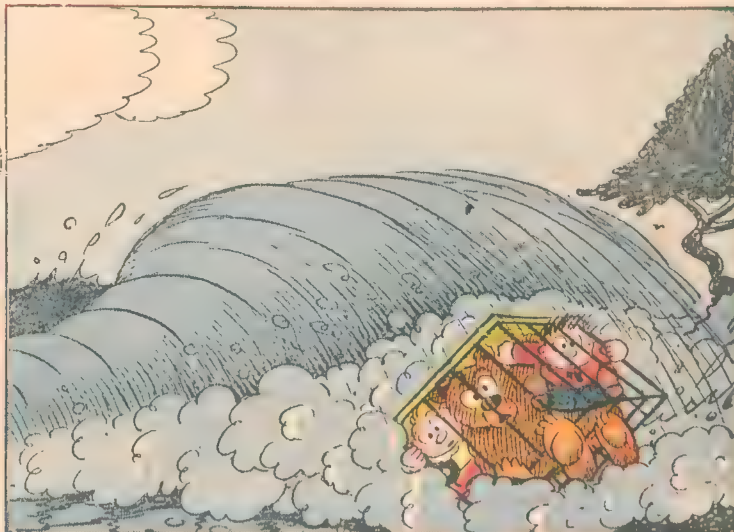
LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

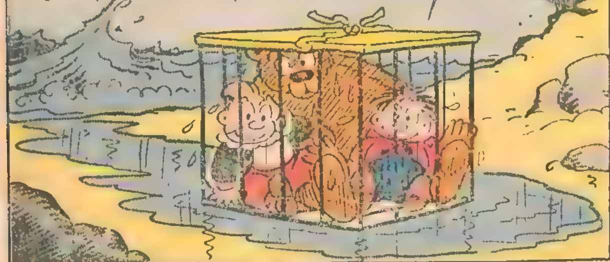
Por KNERR

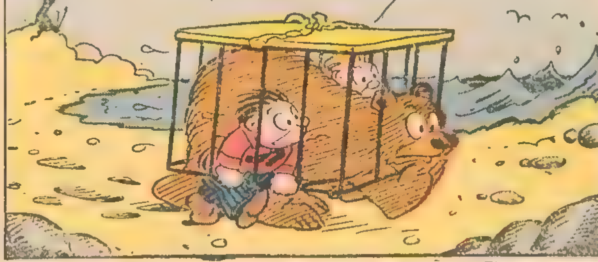
VAN POR EL AIRE,
VAN POR LA TIERRA
VAN POR LA SIERRA
CON GRAN DONAIRE.

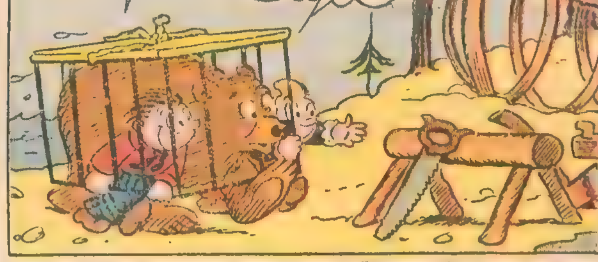
(TONADILLA TONTA DE LOS SOBRINOS)

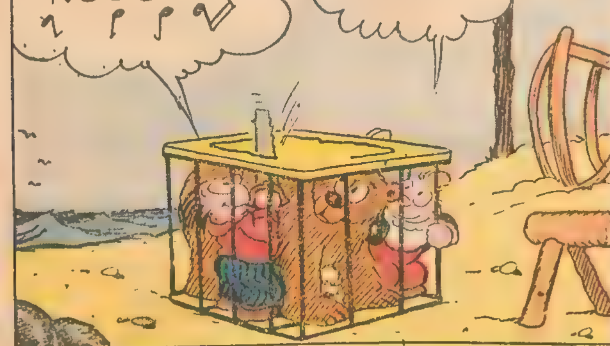


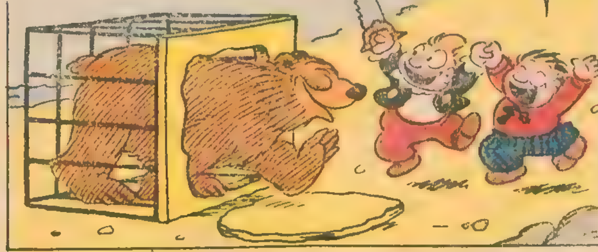






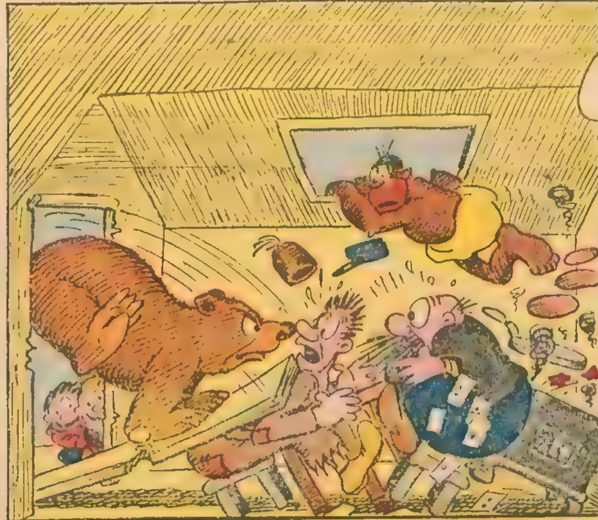


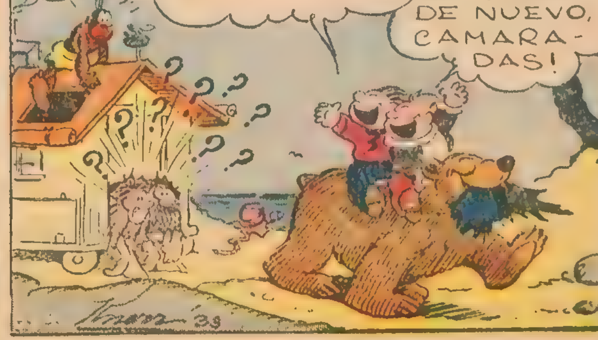












¡DOMANDO FIERAS!!....



POR regla general, todo domador tiene en el conjunto de fieras que con él actúan dos o tres que, precisamente por sus instintos feroces, se destacan netamente de las demás. Siendo su maldad natural, unen a ella un instinto vengativo, rencoroso y muy frecuentemente son afectas a la traición. Contra esta especie de animales, no muy abundantes afortunadamente, es necesario tener una prevención total y hallarse listo en todo momento para evitar un ataque que casi siempre injustificadamente se produce. Por lo regular, tales instintos son hereditarios y adquiridos en plena selva, donde bien pronto cobran un desarrollo enorme.

Varias personas experimentadas, cazadores de fieras todos, me han proporcionado datos muy interesantes al respecto, refiriéndose a la especial disposición con que tales animales hacen su entrada en la vida. En las primeras épocas de su encierro parece como si se hubiera apoderado de ellos una especie de sopor. El cambio total de ambiente anula momentáneamente tan crueles sentimientos, pero después que ya se habitúan, reviven con rapidez inusitada, y en pocas semanas tornan nuevamente a ser los seres endemoniados que fueron desde el día de su nacimiento.



Una serie de EMOCIONANTES ALTERNATIVAS *en la* AZAROSA VIDA *del* GRAN DOMADOR CLYDE BEATTY



Adelante puede verse a "Sacha" y "Beauty", los dos hermosos ejemplares, tan hermosos como feroces, a que se alude en el presente artículo.

Yo tengo en mi "menagerie" dos animales de esta índole. Son "Sascha" y "Beauty", dos soberbios leones cuyos pérfidos instintos creo que son inigualables. Hace aproximadamente cinco años, a raíz de la disolución de un circo, adquirí un buen número de fieras, entre ellas estas dos. Ya cuando las compré se me impuso del grado de ferocidad que demostraban poseer, pues ambas contaban ya en el "prontuario" circense con un par de domadores malamente heridos y uno muerto, aparte de innumerables conatos de lidias. Se me dijo asimismo que el peor era "Beauty", cosa que muy poco tiempo después tuve oportunidad de constatar personalmente.

La inclusión de "Sacha" y "Beauty" provocaba siempre gran revuelo entre las fieras. No había noche en que ambas dejasen de suscitar entre sus colegas alguna pelea, que me obligaba a hacer esfuerzos para anularla.

"Beauty", fiera dispuesta en todo momento a la lucha, parecía hallar un especial placer en la provocación de la lucha con sus colegas, hubiese o no motivo para ello. En cuanto hacía su entrada en la pista, ya estaba buscando al león más próximo, atacándolo y obligándole a responder en la misma forma. Llegó así en poco tiempo a convertirse en una verdadera pesadilla, pues aparte de que dañaba cruelmente a los animales que tanta falta me hacían, me obligaba a perder casi tardes enteras no dejándome hacer las prácticas necesarias.

Lógicamente, dentro de una pista circense (y fuera de ella también), todos los animales salvajes son temibles. Fieras al fin, nada bueno, ningún rasgo de bondad puede esperarse de ellas. Pero casi todas tienen momentos de mansedumbre. Empero, hay algunas cuya ferocidad está tan arraigada, es tan considerable ese instinto de maldad, que no pueden dejar ni un momento de hacer daño, de atacar al vecino o de sembrar de alguna manera el pánico entre sus colegas. Tal es el caso de un par de leones que Clyde Beatty tiene aún, y que constituye un verdadero suplicio durante las representaciones. Luchan siempre juntos, siempre unidos, "como si hubiesen formado un pacto de mutua defensa", según muy acertadamente expresa nuestro colaborador. Naturalmente, estos son los animales que el público prefiere, o por lo menos aquellos que más y mejor saben llamar la atención. El público los reclama porque ve en cada uno de ellos la posibilidad de que en cualquier instante se suscite un momento de grave peligro, que ponga una nota de sensación en el desarrollo de las pruebas por demás arriesgadas.

En cuanto a su hermano "Sascha", poco menos feroz era que él. Veces había en que penetraba de buen humor en la pista y no se metía con nadie. Pero en cambio, la vez que por cualquier motivo se hallaba malhumorado (y esto ocurría con frecuencia desconcertante), poco menos lío hacía que "Beauty". Y lo mejor del caso era que cuando uno peleaba, el otro en seguida acudía en su defensa. Dijérase que habían firmado un pacto de defensa mutua, pues si "Sascha" se trenzaba a zarpazos con algún otro animal, de inmediato acudía "Beauty" aunque viese que su hermano se bastaba solo para aniquilar al adversario.

Jamás tuvieron ellos

un momento de amistad o de tranquilidad con el resto de las bestias. Cada vez que entraban en contacto con ellas era para pelear juntos. Así, cuando cualquier otro león o tigre tenía que saldar una cuenta, sabía de antemano que debía luchar con ambos simultáneamente. En una oportunidad le llegó el turno a "Nerón", mi león favorito que, en su calidad de "rey del circo", comprendía que su situación allí se tornaba cada vez más dificultosa, debido a la prepotente conducta de "Beauty" y "Sascha". Como de costumbre, "Nerón" fué uno de los que primero hicieron su entrada en la pista. Sin duda por distracción o por un simple capricho del azar comenzó a pasearse muy cerca de la desembocadura del túnel por la que iban poco a poco apareciendo los demás leones.

Al fin apareció "Beauty", quien, al hacer su entrada en la arena, se encontró de golpe con el cuerpo de "Nerón". Ver esto y lanzarse sobre él fué todo uno. Naturalmente, como el ataque era imprevisto, "Nerón" llevó la peor parte, mas en cuanto transcurrieron algunos segundos y se repuso de la sorpresa, repelió el ataque hundiendo sus colmillos en el pescuezo de "Beauty". Bien pronto se advirtió la superioridad de "Nerón", pero cuando ya su adversario estaba a punto de herehuir la lucha, apareció "Sascha" en escena. Vió que "Beauty" estaba luchando y rápidamente corrió en su defensa. Atacado así simultáneamente por dos fieras, "Nerón" poco podía hacer. Entonces decidí intervenir, y con la ayuda del látigo y el revólver, con balas de fogueo, conseguí que el trío se separara y obligué a cada animal a ocupar su puesto. Actualmente ambos figuran en mi número.

Tienen un aspecto magnífico, y cuando se dignan trabajar demuestran ser artistas consumados. Pero no valen ellos la enorme tensión nerviosa que me obligan a tener durante toda la función, temeroso de que en lo mejor de ella les dé por hacer cosas raras. No puedo quitarles ni un instante el ojo de encima. Debo observarlos, espiar cada uno de sus movimientos y hasta adivinar sus intenciones; de lo contrario, la función sería imposible.

Caro me costó en cierta oportunidad descuidarme apenas un par de segundos. Fué cuando trabajando con "Beauty" di la espalda a "Sascha". "Beauty" parecía no concentrar debidamente su atención en el acto, e hice chasquear el látigo para llamarlo a la realidad. "Sascha" habrá creído que había demasiado entusiasmo en mi acción o que ella significaba un amago de ataque a su hermano, pues saltó sobre mí, atacándome a traición. Pero una fracción de instante antes escuché que uno de mis ayudantes me lanzaba un "¡atrás!" de prevención. Rápidamente comprendí y me hice a un lado. Con la velocidad del rayo pasó a mi lado el cuerpo de "Sascha", con fuerza suficiente para voltear a diez domadores juntos. Cayó al suelo y bien pronto se dió vuelta para volver a atacarme.

"Beauty" se unió y me aiesté a la defensa. A pesar de las balas y del látigo tuve que ceder terreno hasta que me arrinconaron contra los barrotes de la pista. Una vez más los largos palos de mis ayudantes me sacaron del apuro sin haber sufrido un solo rasguño. "Sascha" llevó entre sus garras un trozo de mi pantalón, pero nada más.

FIN

Rescoldo de amor

(Continuación de la página 25)

XVII

Carlos había tomado por un camino polvoriento y solitario de las afueras de Oakland. Los dos iban mudos y pensativos. Lilí se sentía tan descorazonada, que por momentos llegaba casi a desear que aquel matrimonio no se hubiese realizado para seguir siendo la misma Lilí Lansing de poco antes. Se reconocía culpable de lo ocurrido, ya que su actitud había sido causa de que se precipitaran los acontecimientos.

A la sombra de un árbol, Carlos detuvo el coche y rompió el silencio.

—Verdaderamente, la recepción de mamá no ha sido muy cordial — dijo, — tratando de aparentar su habitual buen humor.

—¿Y tu padre? ¿No crees que él podría interceder? — preguntó Lilí.

—Como siempre, hará lo que mamá le indique — contestó él con amargura.

De nuevo se quedaron silenciosos. Carlos había reclinado la cabeza en el hombro de ella y le acariciaba las manos.

—No queda más que un camino — dijo al cabo de un rato, como continuando en voz alta el hilo de su pensamiento, — un solo camino para mantener la paz..., pero sería terrible si todo tuviera que terminar entre nosotros...

No pudo contenerse más y se echó a llorar como una criatura, refugiado en el regazo de Lilí.

—No lo tomes así, Carlos. Cálmate, querido — le decía acariciándole el cabello. Pero también había lágrimas en su corazón. Le apenaba profundamente el llanto de su amado.

—¡Y es éste — pensaba — el hombre con el que me he casado, el que debía ser mi apoyo!...

Cuando, finalmente, él alzó la cabeza y sus miradas se encontraron, Lilí se sintió inundada por una ola de infinita ternura, como nunca la había experimentado antes. Ya no veía que Carlos era débil, que había llorado, que no supo defender sus posiciones frente a la madre. Sólo sabía que lo amaba y que jamás hubiese creído que el amor fuera así, tan pródigo en sufrimientos como capaz de ligar en esa forma los corazones. Pensó que aun cuando la señora de Sargent lograra anular el casamiento, su alma no dejaría de estar unida a la de Carlos, indisolublemente y para siempre, por el dolor de su cariño y la pena de su recuerdo.

—¿Por qué hablabas hace un momento de que todo había concluído? — preguntó con dulzura.

—Dije que era el único medio de hacer la paz con mi familia. Pero escucha, Lilí. ¿Te quedarías conmigo, aun en el caso de que anularan nuestro matrimonio?

—Desde que podemos casarnos otra vez en septiembre... — Al decirlo, Lilí comprendía que habría estado más tranquila oyéndoselo afirmar a él. — Además, ¿cómo podríamos arreglarnos? Tú, naturalmente, te has quedado sin empleo en las oficinas de tu padre. Yo he abandonado el mío y no tengo un centavo. Y todavía corremos el riesgo de que nos arresten por no estar legalmente casados.

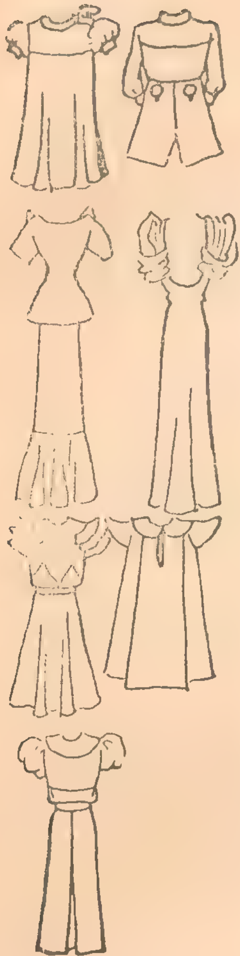
—Mira si tenemos dinero. — Carlos le tendió orgullosamente su libreta del banco. Disponían de cerca de mil dólares.

El anochecer les sorprendió todavía en el mismo sitio.

Todos sus temores habían desapare-

(Continúa en la página 65)

LA DISTINCION ES LA NOTA





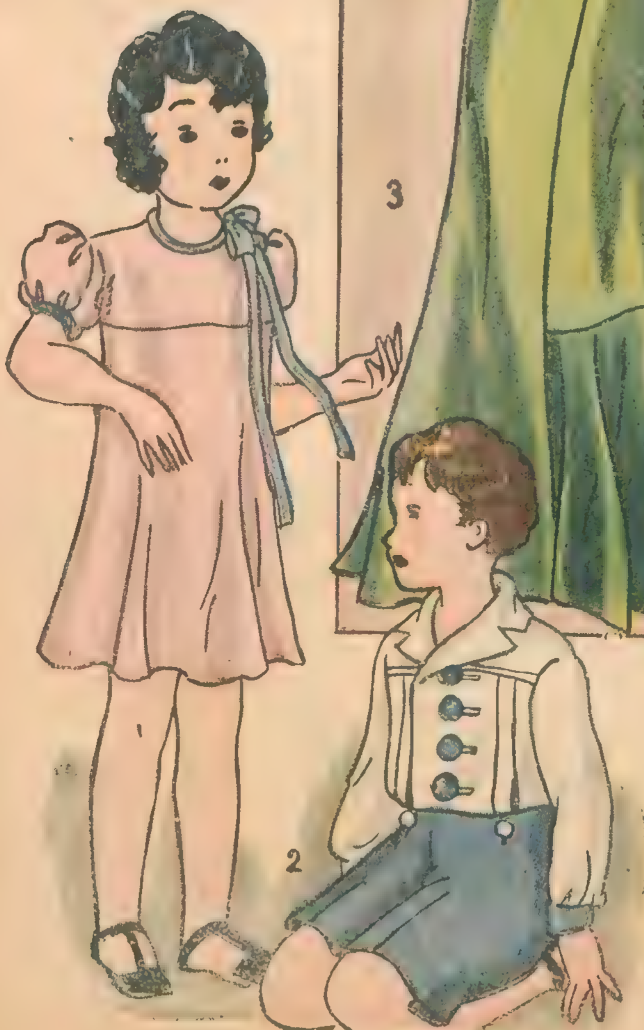
1.—Encantador trajecito para niñas, de seda color rosa, adornado con cintas azules.

2.—Pantalón y blusa para un niño de corta edad. La blusa es de seda blanca y el pantalón de brin azul.

3.—Elegantísimo, y de corte muy nuevo, es este traje de seda artificial en dos tonos de verde.

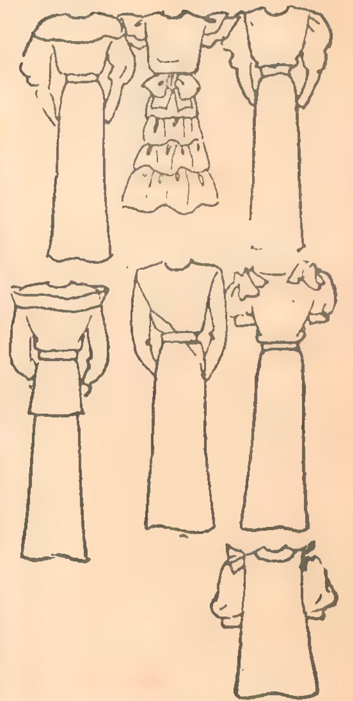
4.—Muy sentador y bonito es este traje de raso brillante blanco. Las mangas son cortas, abullonadas y drapeadas hacia atrás.

5.—Vestidito para niña: es combinado en seda lisa y estampada. La pollera está cortada ligeramente en forma y sube sobre la blusa en dos picos. Los voladitos que forman las mangas son de la misma seda que la pollera.





DE LA MODA RECIENTE



6. — Este traje de brin de hilo color verde está adornado con tablas. El cuellito es de piqué blanco.

7. — Vestido combinado en dos colores de seda. La pollera es de seda amarilla, lleva tiradores y un canesú que sube sobre la blusa; ésta es de seda celeste, tiene pequeñas mangas abullonadas y un cuellito de lo mismo que la pollera.







8. — Muy bonito y sentador es este vestido de lino, color violeta claro. Lleva un canesú que termina en un gran moño y es del mismo material que el vestido.

9. — Vestido para niñas, de crepe muy liviano, color amarillo. La pollera está formada por volados fruncidos, cada uno, unido al borde del anterior.

10. — Práctico traje de lanilla color verde; lo adornan un cuello y botones blancos.

11. — Juvenil trajecito estampado en rojo. El jabot es de crepe blanco.

12. — Este traje de seda blanca con un estampado muy tenue, en gris, está adornado muy originalmente con terciopelo violeta.

13. — En color amarillo dorado es este traje de seda, con una pechera en piqué blanco.

14. — Muy bonito y sentador es este vestido de lanilla, color gris obscuro, con un canesú y moño de crepe grueso en color rojo.

Resurgimiento
(Continuación de la página 17)

Pedro continuaba también con el trabajo de siempre, pero ya no era el muchacho que Elena recordaba. Un año largo de angustia había bastado para derrumbar la paz largamente fomentada. Reconcentrado más que nunca en sí mismo, rehuía toda clase de contacto con las gentes; ni la presencia de Elena constituía ningún incentivo para él, que trataba en lo posible de evitar su encuentro.

Era su existencia una sucesión mecanizada de trabajos diariamente realizados, de los que su corazón huía refugiándose en la tibieza de su cuartito, confidente de todas sus ansias y torturas.

Era una dicha demasiado perfecta para que durara mucho tiempo, y una noche en que estaban todos los servidores alejados de la casa por asueto concedido, ocurrió la tragedia. Los jóvenes dormían, ignorantes del daño que imprudentemente ocasionó Héctor: un cigarrillo mal apagado, arrojado negligentemente al cenicero y que cayó sobre la mullida alfombra, buena conductora del fuego, fué la causa.

A las pocas horas el dormitorio hallábase envuelto en llamas y un denso humo hacía irrespirable la atmósfera.

Elena despertó pesadamente; sentía un fuerte ahogo y la cabeza le dolía extraordinariamente. Intentó levantarse, y a pesar de sus desesperados esfuerzos, sólo logró incorporarse a medias, volviendo a caer sobre la almohada.

Héctor estaba inmóvil. Elena trató de sacudirlo, a la vez que lo llamaba una, varias veces, pero no hizo movimiento alguno. ¿Dormía o estaba desvanecido? Esta hipótesis le dió nuevas energías. ¡Era necesario intentar algo! Y haciendo un llamado a sus fuerzas, consiguió saltar del lecho, y cruzando la habitación, llegó hasta la ventana, que abrió violentamente. El humo y el intenso resplandor llegaron al jardín silencioso. Elena se aferró al alféizar; sintiendo que sus fuerzas la abandonaban, quiso llamar, pero su voz se quebraba en la garganta. Temía desfallecer sin que nadie acudiera en su auxilio; pero afortunadamente su actitud no había sido vana. Pedro, desde su cuartito, divisó ese rojo resplandor iluminando los árboles, y extrañado, salió para averiguar la causa. En un segundo abarcó la tragedia. Rápidamente, sin analizar el peligro a que se exponía, fija en su mente la idea de que Elena podría estar sufriendo, corrió desesperadamente a la casa, llegando hasta el cuarto de los jóvenes, cuya puerta cerrada derribó a fuerza de golpes. Intentó penetrar, pero las llamas lo obligaron a retroceder; el humo lo enceguecía, no permitiéndole orientarse. Pero decidido e implacable como la voluntad que lo impulsaba, llegó al centro del cuarto; instintivamente se acercó a Elena, que yacía desvanecida en el suelo, y tomándola en sus brazos, la condujo hasta el "hall", donde la dejó para volver en seguida en busca de Héctor. En ese momento le era muy cara la vida de ese hombre que significaba la dicha de Elena.

Minutos más tarde, con el rostro y el cuerpo lastimado por el fuego, semiahogado por las irrespirables emanaciones del ácido carbónico, pero sostenido por su deseo de salvarlos, estaba Pedro junto a los jóvenes que había rescatado al incendio.

Pero, desgraciadamente, el siniestro había dado un balance trágico: Héctor no pudo sobrevivir a la asfixia y a las terribles quemaduras, y Elena, después de interminables y solícitos cuidados, volvía a la vida; volvía con el rostro hermoso y juvenil hecho una máscara grotesca, y los ojos claros y luminosos, que sabían envolver cariciosamente con sus miradas, sumidos para siempre en la sombra; el fuego les destruyó su vitalidad.

Cuando tuvo conciencia de los hechos, cuando comprendió la doble e irreparable pérdida sufrida, pensó que la muerte era la única solución a su infortunio.

Muchos días, infinitas noches, vivió obsesionada con esta idea, pero su anhelo de vida fué triunfando sobre estos propósitos, que paulatinamente fué desechando.

Pasábase los días en un sillón, sumida en sus recuerdos venturosos que tan bruscamente cortó la realidad, y así corría el tiempo; ese gran médico del pasado iba trayendo impresiones frescas, perspectivas nuevas para el porvenir.

Lentamente la juventud que había en Elena cobraba su tributo; la savia volvía a circular presurosa por sus venas, en la dulzura de la buena estación que traía su equipaje pleno de días claros, llenos de sol. Renacían los árboles, piaban alegremente los pájaros y tropeles de ilusiones nuevas rozaban a los hombres con una promesa cálida de felicidad.

Aprovechando el buen tiempo, Elena hacíase conducir al jardín, y allí permanecía largas horas escuchando los relatos de Pedro, que era ahora, para ella, un excelente amigo.

Alejada de todo y de todos por su situación especial (no quería ver a nadie), su pudor de mujer bella y admirada se resistía a la dolorosa prueba, y refugiada en su hogar, buscaba en él consuelo a su amargura.

Pedro fué en esos momentos un asidero; su clara inteligencia, su sensibilidad nada común, mostrábanse frente a ella en toda su plenitud; perdiendo su timidez, aparecía distinto e interesante. Elena íbase habituando a esas charlas, en las que él hacía gala de su ingenio, contándole sus impresiones acerca de sus lecturas, de las cosas que veía y que juzgaba a través de su prisma natural.

Y así iban hermanando la señorita aristocrática y el pobre muchacho contrahecho, recogido un día cualquiera por unos gitanos vagabundos.

Muchas veces, Elena hacíase describir por Pedro, que era para ella una especie de cicerone, el color del cielo, del día y de los objetos familiares, escuchando todo como si fuera nuevo, porque nueva era la impresión que se grababa en su alma.

Ya no se sentía tan sola, acariciada por esa voz varonil, dulce y potente a la vez, que parecía surgir de un ser hermoso y arrogante. Iba poco a poco dejándose arrullar por la ficción, que anulaba la realidad, y Elena veía desaparecer de su imaginación los rasgos toscos, la figura grotesca del hombre que le hablaba, emocionada solamente por la armonía de esa voz, rica en tonalidades, que invitaban al ensueño...

Muchos, incontables días pasaban juntos los dos jóvenes, y saltando vallas y convencionalismos, iban comprendiendo que la vida exige sus derechos, y que eran ellos un hombre y una mujer.

Pedro, que jamás hubiera osado poner los ojos en Elena, dichosa, bella y admirada, presentía ahora su libertad de quererla; y bendecía, sabiendo que era un terrible egoísmo, la desgracia que le trajera esa dicha. Colocábase en la amargura el derecho de ser feliz, porque también él, a pesar de su ridícula figura, era un hombre que sentía. Su físico podía arrebatarle la esperanza de ser amado, pero sus ansias

Hojeando los últimos Libros

COMENTARIOS por ANIBAL PONCE

SAMUEL EICHELBAUM: "EL VIAJERO INMOVIL"

Edición de la "Sociedad Amigos del Libro Rioplatense" — Buenos Aires - Montevideo.

En una semblanza rápida y certera, como casi todas las suyas, Edmundo Guibourg ha dicho que Samuel Eichelbaum ocupa en nuestro teatro "un puesto de sacrificio: es el autor consagrado, respetado, pero que ni produce dinero a los empresarios ni se cuida de producirlo".



Samuel Eichelbaum

Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre la obra teatral de Eichelbaum desde el punto de vista de la crítica literaria, nadie objetaría lo más mínimo a esas líneas precisas de Guibourg. En el pantano del teatro nacional, cada día más pestilente, no se podría expresar con más justicia la posición excepcional de este autor dignísimo.

Pero con ir incluído en "El viajero inmóvil" una obra teatral desarrollada en tres cuadros, no es del Eichelbaum autor teatral, sino del Eichelbaum cuentista de quien debemos ocuparnos hoy. Nueve narraciones forman "El viajero inmóvil", y si dejamos de lado la pieza de teatro a que ya aludimos — garabatos no muy felices que en gran parte comprometen el libro, — fuerza es reconocer que tenemos un material más que discreto para entrar en contacto con el arte del cuentista. El tono, por otra parte, de las nueve narraciones varía bastante de unas a otras, con lo cual se presta a mostrar si no la totalidad de su espíritu, por lo menos algunas de sus facetas más significativas.

Digamos desde ya que lo más saliente en los cuentos de Eichelbaum es su preocupación por hurgar, profundizar, descender. Los gallipavos de la filosofía a la moda asegurarían que se complace en la "psicología abismal"... Algunos de los tecnicismos que Eichelbaum gusta manejar — con la misma vanidad con que Bourget hablaba de psiquiatría, — justificaría en apariencia su más o menos confesada afiliación a esta o aquella doctrina psicológica. Pero como ocurre con todos los escritores de fuerte personalidad, los méritos y los defectos de Eichelbaum cuentista son independientes y hasta extraños a las propias teorías que quizá él mismo piensa defender.

Destaco entre todas sus narraciones la que lleva el título de "El acontecimiento". Por su finura de psicólogo, por su habilidad de narrador, Eichelbaum ha dado allí, en mi opinión, la nota más alta de su libro. Los cuentos que le preceden o los que le siguen, quedan un poco borrosos como "El viajero inmóvil" y "En tierra firme", o un tanto monótonos como "Un muchacho de porvenir" o demasiado apretados como "Un encuentro decisivo". La capacidad de asomarse a un espíritu y de explorarlo en todas direcciones, tan bien demostrada en "Laberinto" y "Una hija", alcanza en "El acontecimiento" su expresión más cabal, y aseguraría para Eichelbaum un puesto de primera fila si no incurriera a cada rato en los más imperdonables errores de prosista.

Demasiado sé — y el mismo Guibourg no se olvida de anotarlo a la pasada — que Eichelbaum pasa por ser de esos escritores que "torturan el idioma" con la esperanza de hacerlo servir mejor a sus designios. Pero vale aquí la pena de inquirirlo: las torturas en el idioma, como las torturas en la vida, ¿son un signo de fuerza o de debilidad? Sin que pretenda dar una respuesta que tenga para todos los casos una validez universal, me inclino a creer lo último en el caso especial de nuestro autor. Sobrarían los ejemplos para probar que el Eichelbaum prosista es muy inferior al narrador. El idioma, en efecto, es arisco entre sus manos: lo tironea, lo desvía, lo fatiga. No me detengo en líneas como ésta: "Anticiparse a los raciocinios disolventes de sus destellos de voluntad" (página 74); ni como esta otra: "Entonces, una embriaguez dulce le humedecía los ojos y se enjugaba con el rostro de su hijo, por un imperativo de pudor, dentro del cual se escondía el fino gozo de acariciarse la cara con la crema de su propia carne" (página 41). Bastaría únicamente con analizar la siguiente: "El uniforme reventaba en la contención del excedente del cuerpo" (página 128), para comprender todo lo que en Eichelbaum falta todavía para lograr ese señorío del idioma sin el cual, no es inútil repetirlo, no se engendrará jamás una obra que perdure.

Aníbal Ponce

recordábanle a cada instante que también aspiraban a vivir, y que en su pecho abultado, deforme, se ocultaba un corazón con cálidos anhelos de ternura; y esa mujer mutilada físicamente, alejada de su medio, significaba para el pobre muchacho el mundo entero de sus ilusiones.

—¿Qué hora es, Pedro?

Elena, sentada en el jardín, gozaba con fruición del aire tibio y perfumado que la envolvía.

—Las seis y media, señorita.

Ella suspiró con tristeza.

—Y es bonita la tarde, ¿verdad?

—¡Oh, sí, señorita!

Se avergonzó de su exaltación ante la pobre ciega que no podía apreciarla.

—Dígame algo, Pedro, del aspecto que tienen en este momento las cosas que nos rodean. ¡Me agradaría tanto poder verlas!...

—No se apene, señorita; trataré de explicarle todo, aunque quisiera que en este momento se grabaran las imágenes en mis ojos para poder con real exactitud presentárselas y hacer que usted no sintiera la tristeza de no verlas...

—Gracias, Pedro. Dígame: ¿el sol está ya por ponerse?

—Sí, señorita; poco a poco va desapareciendo, pero sus rayos alumbran aún con tonos rojizos todas las cosas, hasta a nosotros mismos. Los árboles toman con este contacto un color fantástico y hermoso; las flores aparecen más vivas por este baño de luz, y todo tiene un aspecto risueño y armonioso en la serenidad de la hora.

Elena escuchaba admirada los giros elegantes con que Pedro emitía sus ideas, y sentía orgullo por él, que era su obra, que había formado comunicándole sus propios entusiasmos, ayudándole a cultivar su espíritu.

—Pronto estaremos en sombras, digo mal, estará usted, Pedro, porque para mí es indistinto; llevo ya ante los ojos una obscuridad perpetua...

—Pero, en cambio, posee usted un mundo de sutiles pensamientos, de bellas imágenes que no le permiten el tedio.

—Afortunadamente, es así; mi fantasía me libra de la desesperación, y muchas veces dudo si mi vida actual es realmente vivida o simplemente ficticia.

Debe ser usted entonces, muy feliz, señorita, pues en ese mundo irreal que nos forjamos, somos nosotros los dueños absolutos de nuestra suerte, resultando allí todo conforme a nuestro deseo, sin las penas y amarguras que siempre nos rodean.

—Pero eso no es vivir, Pedro; sentir intensamente, luchar, tener dolores, quizá demasiados, pero estas sacudidas nos preparan para apreciar mejor la felicidad.

—¿Acaso ella existe?

—Muy relativamente, pero solemos encontrarla. Es necesario saber conformarse, aunque sea ínfima la parte que nos toque. Ya ve usted, Pedro: aun en mi desgracia no soy pesimista, no me abandono a un estatismo absoluto, moral y físico. Inútil para la vida, la siento bullir en mí con toda su fuerza.

—¡Inútil usted, señorita, siendo capaz de sacudir el espíritu dormido, la indolencia de muchos seres que se creen útiles!... Tiene usted una bondad infinita, no contaminada ni en el más grande infortunio.

Con vehemencia, Pedro se apoderó de una mano de la joven, que al sentir el tibio contacto se estremeció.

—¿Cree usted, verdaderamente, que yo sea buena? —preguntó pausada y dulcemente.

—Estoy convencido. No hay en la tierra un ser más perfecto que usted. Yo la...

Se detuvo, asustado del ímpetu de sus palabras.

—Hable, Pedro; ¿tanto temor le inspiro?

—Es que no sé si debo...

—Debe, sí; más aún; tiene usted todos los derechos para hacerlo.

—¡Gracias, gracias! Entonces, ¿me permite que aliente la esperanza de merecer alguna vez un poco de su afecto?

Por toda respuesta, Elena acarició con ternura la mano que retenía la suya.

—¿No desearía volver a la casa? —interrogó Pedro. —El aire está muy impregnado de humedad.

Elena se levantó, tomando el brazo de su compañero, contra quien se estrechó confiadamente.

Esta actitud hizo vibrar emocionado al joven, que impulsivamente la envolvió en un abrazo.

—Tú eres ahora el único amigo que tengo, Pedro. ¿Quieres ser decididamente mi apoyo en el futuro?

—¿Si quiero? ¿Podría haber imaginado yo nunca esta inmensa dicha?

—¡Pues a empezar esta nueva etapa de la vida! —dijo Elena, sonriente.— A seguir adelante en este sendero que caminaremos juntos. Ya ves, amigo mío: de esta gran amargura pasada nace para nosotros, como el ave Fénix, una nueva ilusión.

—Una dulcísima ilusión que tiene la virtud de hacer que un ser inmensamente desdichado, que nunca conoció los rumores de la humanidad feliz, se crea también, a pesar de su triste figura, un gigante que rodea con sus brazos toda la felicidad de la creación...

FIN



SARA PAPIER

autora de la novela corta

RESURGIMIENTO

hace para los lectores de

Mundo Argentino

su AUTOBIOGRAFIA.

Grato sería para mí decir que el día de mi nacimiento fué distinto de los que se suman, grises e incoloros, en las arcas sin fondo del viejo Cronos. Pero muy a mi pesar, nada de extraordinario ocurrió en ese para mí grandioso momento en que hace ya bastantes años vi la luz del sol (o la bruma de su cielo nublado, que a fe no recuerdo) en esta hermosa ciudad de Buenos Aires.

Mi infancia no ofrece otra característica que una fobia marcadísima a la escuela, sobre todo en los días invernales. Pero a pesar de ello hube de transigir, en vista de que no era posible hacer otra cosa. (Esto nos prueba, y vaya la moraleja, que casi siempre la necesidad rige nuestros actos.)

Fué imposible convencer a mis padres de la inutilidad del abecedario y otra serie de cosas. Día a día hube de marchar a la escuela y continuar aún con la secundaria, pero allí fuí ya más razonable; un motivo poderoso influía para ello: los años de la adolescencia.

Había llegado a esas edad maravillosa en que plena aún de las dulzuras de la infancia, se saborean ya las primeras emociones de la juventud. ¿Y quién en ella no se ha sentido poeta, soñando en los atardeceres melancólicos? ¿Quién no ha hecho versos y borroneado prosas? Es quizá de entonces, en mi cuadernito de los quince años, donde nació mi vocación.

Muchos fueron mis ensayos en diversas revistas de la capital, cultivando la crítica literaria y el poema, y definitivamente el cuento, cuyas publicaciones inició MUNDO ARGENTINO.

Llevada de firme por esta vocación, me pregunté muchas veces: "¿Tendré la suficiente entereza de seguir adelante en este azaroso camino? ¿Será bastante mi firmeza para cruzar entre las sonrisas burlescas y las miradas escépticas para alcanzar el fin? Hamlet, el lírico atormentado, me ofrece la respuesta con sus palabras: "Con mis ilusiones y mis sueños podría afrontar el mundo aun en una cáscara de nuez."

Y es tanta la magia de su acento que mis vacilaciones van cediendo, arrolladas por el juvenil entusiasmo. Sé que es ardua la lucha; pero me atrevo, aprestándome para el combate, con dos libros, uno de poemas, el otro de cuentos, que aparecerán en el corriente año.

Rulito y Blas

(Continuación de la página 28)

hacerle. Pero mi padre sufre y envejece en la ausencia del hijo, mi madre muere, nosotros ya no tenemos alegría, y hemos resuelto hoy antes de que amaneciera salir a buscarle y no regresar hasta que él no regrese con nosotros; le hemos dejado una carta a nuestra madre explicándole todo."

Roque y Blas, viendo la noble empresa de los niños, les invitaron a subir a la barca.

—Así —dijeron —le encontraremos más rápidamente.

Fueron descendiendo en las islas, indagando y preguntando. Por fin en un pequeño riacho vieron a un joven que hachaba leña junto a un robusto hombre.

—¡Aquel es...; a q u e l es nuestro hermano! — gritaron los pequeños.

Descendieron presurosos y fueron a abrazarlo. Roque y Blas los dejaron un instante a fin de no ser testigos molestos de esta expansión.

Se había sentado el joven sobre los leños que acababa de hachar; se enjugaba el sudor de la frente y el llanto de los ojos.

—Pequeños, sois buenos y generosos — les dijo. — He trabajado aquí por un pedazo de pan y he dormido al raso. Muchas noches ni el cansancio me permitía reposar; la conciencia me gritaba que había realizado una injusticia con mis padres. Mi corazón en estas soledades valoró la bondad de ellos y la ingratitud injustificada mía.

Roque y Blas propusieron marchar en el yate de inmediato, a fin de abreviar la angustia en que deberían estar sumidos los padres.

A toda marcha emprendieron el regreso. ¡Qué felices se sentían aquellos d o s pequeños de haber rescatado al hermano querido!

Llegaron a la casa. Imposible sería explicar el alborozo inmenso de toda la familia. El fugitivo venía, a pesar de todo, ennoblecido por el trabajo, moreno por el sol, encallecidas las manos por la labor con la cual apenas había ganado un sustento.

Roque y Blas recibieron un verdadero homenaje de gratitudes. ¡Un hogar dichoso había quedado consolidado!

"Torpe es el hijo que juzga en mal la buena intención paterna. Nunca te alejes del hogar, niño, ni causes a tu madre lágrimas injustas."

F I N

Las peripecias de PANCHO



PANCHO, CAMPEON DE RUGBY

No siempre el amor...

(Continuación de la página 13)

LA PARTE FINANCIERA

He aquí el cuarto paso: Ambos contrayentes deberían aportar cierta suma al matrimonio. No es aconsejable que la mujer dependa enteramente del marido. Si no tiene una dote, debería tener un puesto que le permitiera aportar su parte al presupuesto diario. Antes de casarse sería conveniente que la familia dispusiera que la décima parte de las entradas del marido fueran entregadas a la esposa, no para los gastos de la casa, sino para sus gastos personales. Algunos hombres son muy generosos en este sentido, pero tan importante punto no tendría que ser librado a la suerte.

El quinto paso aconseja no formar parte de esa clase que se casa solamente por interés, para tener una regia mansión, autos, lujos... Tales matrimonios jamás son felices. Estas mujeres son terriblemente egoístas; no piensan dar nada sino recibir; lo triste del caso es que estas mujeres son tan inteligentes que logran siempre cazar su hombre; pero reciben su merecido en el epílogo.

¿Cuál es este epílogo?... El matrimonio consiste en la sociedad de dos seres contra el mundo. Lo único que puede evitar el fracaso es una buena dosis de sentimiento común. La mayor parte se casa por no estar solos. Un amigo es la única guardia contra la soledad; es menester entonces no poner mucho énfasis sobre el romanticismo, sino sobre la amistad. Por encima de todo hay que ser sensato, hay que conservar el buen humor y un sentido proporcionado.

¿Esta es, pues, la respuesta a la técnica, prólogo o epílogo?...

¡Sí, y en cualquier caso hay que acordarse siempre de que la amistad no es monótona, sino lo mejor que puede ofrecer la vida!...

FIN

Cómo se realizó uno...

(Continuación de la página 19)

inmovilizó, mientras sus piernas y sus brazos eran firmemente atados por el matrimonio delincuente.

Al recobrar los sentidos, Parkes oyó que le decían:

—¡Si te mueves, te asesino!

La amenaza era innecesaria. Parkes estaba ligado como un salame. Pudo distinguir, empero, que la señora de Torpey había desaparecido de la habitación, juntamente con las joyas, y que el mismo Torpey se preparaba a marcharse. Oyó el golpe de la puerta de calle al cerrarse, y todo quedó en silencio. Descansó, y cuando se sintió con fuerzas suficientes para hacerlo, comenzó a intentar librarse de sus ligaduras. Con paciencia y habilidad las fué aflojando. Al cabo de dos horas consiguió llegar hasta la ventana, abrirla y gritar pidiendo auxilio. A los pocos minutos estaba refiriéndole su aventura a la policía.

Los Torpey regresaron a su alojamiento de Leamington. La dueña de la pensión, señorita Carlota Pitt, se sorprendió de que Torpey se hubiera afeitado — hasta entonces usó barba cerrada — a la moda del imperio francés. Le atrajo asimismo la atención que inmediatamente después de su regreso, Torpey adquiriera una guía "Boadohaw" del exterior y partiera sin más dilaciones. Su curiosidad la dominó un día en que encontró en el dormitorio del matrimonio un manojo de llaves. Decidió, sin más trámites, descubrir lo que ocultaban sus pensionistas, pues no le cabía duda de que algo pretendían esconder. Así llegó a abrir una caja que contenía una botella con este membrete: "Veneno". Ya agudizadas sus sospechas, dió aviso de lo que había descubierto al inspector de policía local.

Fué fácil para Scotland Yard arreglar las cosas en forma tal, que Parkes tuviera la oportunidad de ver a la señora de Torpey sin que ella lo supiera. Aunque la identificó y reconoció como a "la señora de Tyrell", la policía no la arrestó en seguida, pues se proponía capturar también al marido.

Todas las pesquisas fracasaron, y Scotland Yard hubo de contentarse, tras varias semanas de infructuosas investigaciones, con echarle el guante a la señora de Torpey.

La sala de audiencias del tribunal en Old Bailey estaba de bote en bote cuando la señora de Torpey compareció para ser juzgada. En el banquillo de los acusados su silueta se destacaba con contornos patéticos, acentuados por el hecho de tener su nena en brazos, pues no había encontrado a quien confiársela. A pesar de las declaraciones de Parkes, la opinión pública fué desde un principio favorable a la acusada, situación hábilmente explotada por la defensa, que hizo hincapié en el hecho de que si la condena alcanzaría también a la niñita inocente.

El abogado defensor acusó al marido de haber obligado a la mujer a cometer el delito, abandonándola luego y haciéndola cargar con todo el peso de la culpa. Mientras duró la exposición, la señora de Torpey sollozaba desconsoladamente.

Sin abandonar su sitial, los jurados dieron un fallo absolutario, agregando que a su juicio todo el asunto había sido planeado previamente por el hombre y que la mujer había procedido sugestionada e influenciada por él.

El veredicto fué acogido con aplausos en la sala, pero también fué objeto de sarcásticos comentarios en la prensa y en el parlamento.

Después de su absolución, la señora de Torpey vivió en Londres. Sin que ello lo sospechara, un detective la seguía día y noche. A las pocas semanas se le vió penetrar en una mísera casa de pensión. Después que se hubo marchado entró la policía en la casa y dió orden de prisión al hombre que ella había ido a ver, quien, sin intentar defensa, confesó que era Torpey. Sometido a la justicia, fué sentenciado a ocho años de prisión.

FIN

En el próximo número:

"FLOR del AIRE"

Novela corta de

AMADEO A. COUREL

Para las madres

(Continuación de la página 12)

AFECCION A LA VISTA

Por las referencias que usted nos da, su nene tiene una afección a la vista. Como usted no nos da mayores detalles, no podemos indicarle ningún tratamiento, como no sea que le haga lavajes con agua boricada tibia o con té, también tibio.

Si lo que tiene su nene no se pasa con este sencillo tratamiento, no debe usted perder tiempo y debe llevarlo en seguida a un especialista. Dejar pasar tiempo sin hacerlo sería conspirar contra la salud del enfermito.

Cdo. a "Rosa Té", de Cangallo.

• •

EL ESTREÑIMIENTO

He aquí sobre esta enfermedad lo que dice un reputado médico, de quien tomamos las siguientes líneas:

"La alimentación, como el temperamento y la alteración del sistema nervioso, influye poderosamente en la regularidad de las evacuaciones; de ahí las diversas clases de estreñimiento y las distintas medidas que hay que aplicar para combatirlo.

"Cuando reconozca como causa una alimentación escasa en residuos que priven a disminuyan al intestino de su acción peristáltica, en cuyo grupo están las personas que se alimentan casi exclusivamente de carne magra sin acompañamiento de verduras, absteniéndose de la manteca, habrá que modificar el régimen alimenticio y sustituirlo por otro más variado en el que entren ensaladas, verduras, fruta, compotas, pan integral, manteca.

"La cena habrá de ser menos copiosa, haciéndola consistir en kefir, yoghurt o leche ácida tomando pan integral.

"Puede regularizarse la evacuación tomando en ayunas un vaso de leche caliente con dos cucharadas soperas de aceite de olivas o aceite de sésamo. Comiendo naranjas en ayunas o también un plato de ciruelas pasas cocidas, acompañándolas de pan integral.

"En otros casos, el estreñimiento no reconoce como causa la insuficiencia de alimentos que coadyuven los movimientos peristálticos, sino la pereza funcional, lo que en medicina se llama atonía. Hay que excitar el peristaltismo con substancias que se agregan a las que normalmente ingerimos. En este caso, además de las verduras, la fruta, la manteca y cuanto se ha indicado para el caso anterior, entrarán el aceite, la vaselina líquida y la parafina con leche caliente.

"Tomando diariamente antes de acostarse una taza de leche caliente con lactosa, se conseguirá el efecto deseado.

"Es igualmente benéfica la miel, muy recomendada para los niños, cuya repugnancia por cualquier medicamento es tradicional.

"El jugo de uvas, la naranja, la leche ácida, etc., están indicados contra el estreñimiento tónico."

Con esto damos por contestada la pregunta que se ha servido hacernos.

Cdo. a "N. L. de H.", de Gálvez.

• •

PURGANTES

Hay muchos purgantes a propósito para los niños; en la farmacia podrán indicarle uno que a su nene le sea grato al paladar.

No le recomendamos el aceite de ricino, porque lo devolverá si es tan delicado del estómago.

Cdo. a "Mamita", de Lobos.

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING


2

3

4

5

6

7

8

9

★ Aquí tienes las direcciones de los dos estudios británicos que me solicitas: **GAUMONT BRITISH FILM CORP., Wardour Street, Londres, W 1. Inglaterra. BRITISH AND DOMINION STUDIOS; Boreham Wood, Elstree, Herts, Inglaterra.**

a **Inglesito.**

★ Los artistas más conocidos que actualmente tienen contrato con la **Universal** son éstos: **VILMA BANKY, LOUISA FAZENDA, LEILA HYAMS, BUCK JONES, BORIS KARLOFF, JUNE NIGHT, PAUL LUKAS, KEN MAYNARD, CHESTER MORRIS, CHARLIE MURRAY, ZASU PITTS, GEORGE SIDNEY, ONSLOW STEVENS, GLORIA STUART, MARGARET SULLAVAN, SLIM SUMMERVILLE** y... **¡ALICE WHITE!...** ¿...? ¡Sí; no te asombres tanto! Es la mismísima Alice White de hace quince años, sólo que con cierto aspecto de ancianidad disimulada...

a Estella O'Brien.

★ En **Cena a las ocho** figuran **MARIE DRESSLER, LIONEL BARRYMORE, WALLACE BEERY, JEAN HARLOW, EDMUNDO LOWE** y **LEE TRACY** en los papeles principales.

a Adm. de Marlene.

★ Tengo entendido que casi todas las estrellas del cine fuman. Unas por vicio, otras porque eso es muy elegante, otras porque los cigarrillos no les cuestan nada; la cuestión es que la gran mayoría echa humo. Las hay que no lo hacen, como por ejemplo la inocente **JANET GAYNOR**, que asegura que nadie puede jactarse de haberla visto con un cigarrillo entre los labios. A todo lo cual yo no le atribuyo importancia. Como desde hace ya años la mujer tiende a imitar al hombre, es muy lógico que en Hollywood sea de donde parta la imitación. Nosotros fumamos, las artistas fuman; nosotros usamos pantalones, ellas hacen lo mismo, y así sucesivamente. A nosotros nos toca callar. Llegará el día en que se nos declaren, nos digan piropos en la calle y nos inviten al cine siempre que no nos acompañe nuestra mamita...

a **Cristóbal Colón.**

★ Ese que hace de detective en **El club de medianoche** es **GEORGE RAFT, nacido en Nueva York (EE. UU.), el 26 de septiembre de 1903.** Ese es su verdadero nombre; mide m. 1.78, tiene ojos castaños, cabello negro y está casado. Aquí tienes el reparto de **Rey por una noche; Bud Gloves (CHESTER MORRIS), Lillian (HELEN TWELVETREES)**, Evelyn **(ALICE WHITE)**, Douglas **(JOHN MILJAN** y **Reverend Gloves (GRANT MITCHEL). CHESTER** nació en Nueva York (EE. UU.), el 16 de febrero de 1902. Ese es su verdadero nombre; mide metros 1.80, tiene ojos azules, cabello castaño y es el marido de Suzanne Kilborn desde el 8 de noviembre de 1926.

a **Loretta.**

★ Sí; ya ha sido filmada **El hijo de King Kong**, que es la continuación de **King Kong. ROBERT ARMSTRONG** hace el mismo papel que en la anterior, pero **FAY WRAY** no figura en el reparto, pues fué suplantada por **Helen Mack.** Con toda seguridad la pobrecita **Fay** se cansó de chillar y de poner ojos asustados y renunció al puesto.

a **Ferviente admirador.**

★ Me parece muy bien que colecciones las páginas de este Correo, gentileza que te agradezco y aprecio. Mis respuestas rara vez llevan enojo (confieso que en alguna oportunidad se me ha escapado la mano, pero eso no cuenta), antes bien, cuando alguien lo provoca yo disimulo. Ya ves que puedes escribirme sin temor a excitar mi ira.

a **Res Riz.**

★ ¿Qué se necesita para tener popularidad en Hollywood? Permíteme que te responda con las palabras de **WILL ROGERS** (que es muy popular) y con un poco de la cosecha de un servidor (que no es popular): **Para serlo es necesario tener por lo menos medio millón de dólares y seis automóviles. Haberse divorciado dos veces y tener gran cartel en cuestión de líos donjuanescos. Rechazar porque sí nomás contratos ventajosos y pagar mucho a quienes hacen la publicidad. Naturalmente que nunca está de más emborracharse siquiera un par de veces por semana, engañar a la consorte si se está casado o dar simultáneamente palabra de casamiento a cinco chicas si se está casado.** De manera que ya lo sabes. Si quieres ser popular en la Meca te bastará con tener el medio milloncito de dólares y seguir cumpliendo luego con el resto del programa.

a **Aspirante a astro.**

★ **Alicia en el país de las maravillas** ya está finalizada, y la veremos en la temporada próxima. Aquí tienes una parte de los artistas más cotizados que participan en ella: **CHARLOTTE HENRY (Alicia), Gary Cooper, Richard Arlen, Alison Skipworth, Raymond Hatton, Polly Moran, Lucien Littefield, Charlie Ruggles, Louise Fazenda y Jack Oakie.**

a **Dora H. Prado.**

★ Puedes dirigir la siguiente carta a **GRETA GARBO**, en la seguridad de que su foto te llegará cuando las vacas vuelen. **Dear madame; since the day I saw you in one of your pictures I became one of your most devoted fans. Here, in this country, you have many admirers because you are certainly one of the most known stars. There is something I want to ask you. I am anxious to have one of your lovely photos. Will you be so kind as to send it to me. Thanking you very much in advance I am yours truly.** (Firma.)

a **Gretagarbista.**

★ El que hace de patriarca en **El milagro de la fe** es **HOBART BOSWORTH. GENOVIEVE TOBIN** es la que actúa en **Simiente** con **JOHN BOLES** y **LOIS WILSON.** No recuerdo si **BETTE DAVIS** hace de hija de ellos o no. Es tan lejana esa película, que me falla la memoria. Espero que sabrás perdonarme. Y espero también que olvides eso de la guía telefónica. Tu última carta ya es mucho más sabrosa, y creo que podremos entendernos. Hasta pronto.

a **Shake-hands.**

★ Créeme que te equivocas, pues siempre me ha causado gr-r-r-ran placer hablar de **GRETA GARBO.** Que tan grande es él como la incomodidad que siente ella cuando es objeto de la curiosidad de sus admiradores. Se irrita horriblemente (¿imaginas a la sueca enojada? ¡Debe ser la mar de graciosa!) y hasta no hace aún mucho tiempo se quejó a la policía porque los mirones no la dejaban tranquila. Resulta que la pobrecita estaba tomando un bañito de sol en el jardín de su casa, cuando un sujeto trepó por el paredón y se puso a mirarla. ¡A mirar a **GRETA** mientras tomaba un baño de sol! ¡Algo catastrófico! Tan catastrófico que de la emoción el cuidadano se vino para abajo y casi se rompe una pierna. Naturalmente, fué detenido por la policía, que al registrarlo le encontró varios retratos de la sueca y algunas poesías dedicadas a ella y escritas en papel de almacén...

a **Enemigo de King.**

(Continúa en la página 57)

JOAN CRAWFORD

por IRMA MANSILLA

En la localidad de Icaño (Santiago del Estero) se domicilia la autora de este eficaz dibujo, de líneas acertadas y gran similitud con el original. Ha sido premiado con los diez pesos m|n que todas las semanas otorgamos a la mejor ilustración recibida.

2. — **VICTOR MC LAGLEN, por Francisco García, de Colón Nº 2150 (Rosario). — 3.—CARMAN BARNES, por Rubén Pierini, de Argüello (Córdoba). — 4. — WARREN, WILLIAMS, por Josefina Roux, de Carlos Kem (F. C. C. A.). — 5. — HELEN TWELVETREES, por José Arroyo, de capital. — 6. — ONSLOW STEVENS, por María Elena Etchenique de Vigo, de General Cabrera (Córdoba). — 7. — GRETA GARBO, por Guillermo Kelly, de Sarmiento 855 (Salta). — 8. — NORMAN CHANEY, por Oscar C. Moore, de Sarmiento 580 (Bahía Blanca). — 9. — JEANNETTE MAC DONALD, por Luis Sancho, de Alsina 1563 (capital).**

Una labor práctica, vistosa y de fácil ejecución para las dueñas de casa



Mantel de té, bordado a largos puntos con algodones de colores vivos y sobre tela de un tono claro, que realce el bordado.

EL CASO STAVINSKY NO ESLABON DE UNA LARGA CADENA



Stavinsky, el famoso "director" de la estafa de Bayona, que se suicidó cuando comprendió que la policía lo cercaba y no podía huir, estando irremisiblemente perdido.

La resonancia del caso Stavinsky — verdadera "bayonesa" a la rusa, si se nos admite el retruécano — sería incomprensible sin algunas explicaciones previas sobre los escándalos financieros en Francia y la naturaleza especial del ocurrido en el Montepío de Bayona.

Francia es, por así decir, la tierra clásica del escándalo financiero en gran escala. Los templarios, Fouquet, el collar de María Antonieta, las condecoraciones vendidas por el yerno de Grevy, los ciento y tantos parlamentarios comprados por la compañía del canal de Panamá, son famosos. Fuera de esos casos, cuyo mayor interés reside en la complicación — inocente o criminal — de una persona que toca las alturas del poder, la estafa de proporciones es común en Francia. En todas partes hay "giles", pero el francés parece más apropiado para ello. Su hábito del ahorro y su buena fe, lo hacen víctima frecuente del cuento del tío más vulgar. Por otra parte, su legislación bancaria es deficiente, y tienta a los aventureros de todo el mundo.

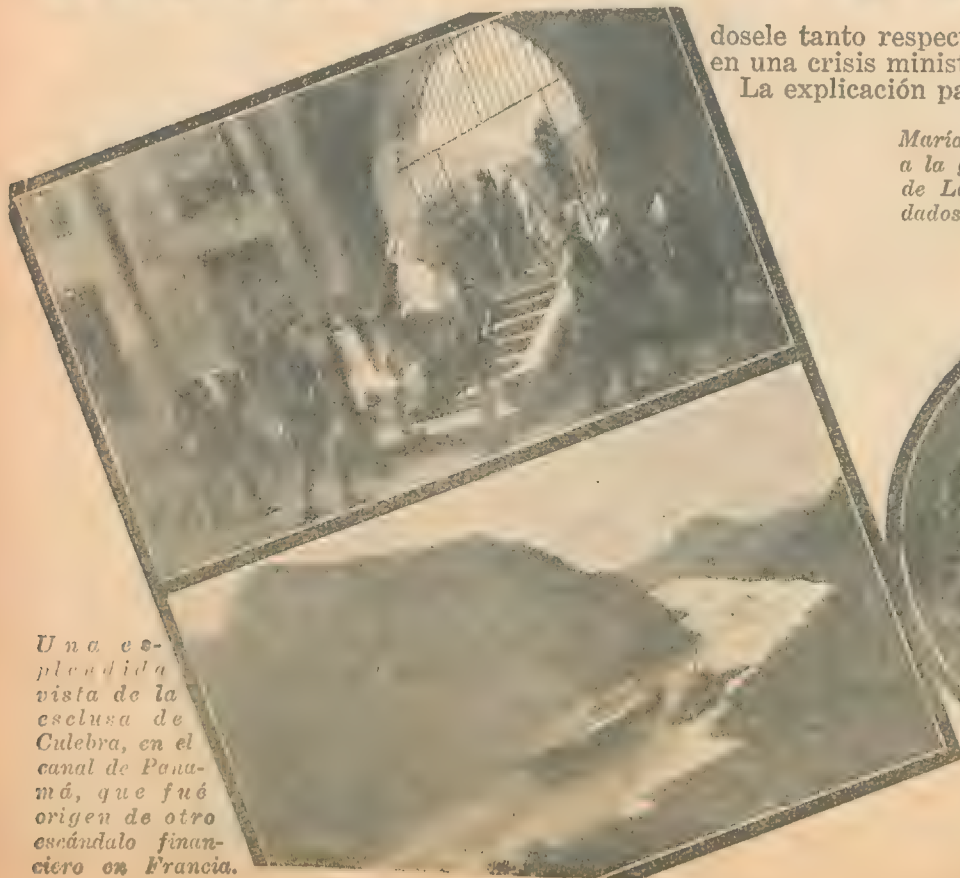
La reina María Antonieta de Francia y su maravilloso collar, alrededor del cual se produjo el histórico escándalo de vastas proporciones.



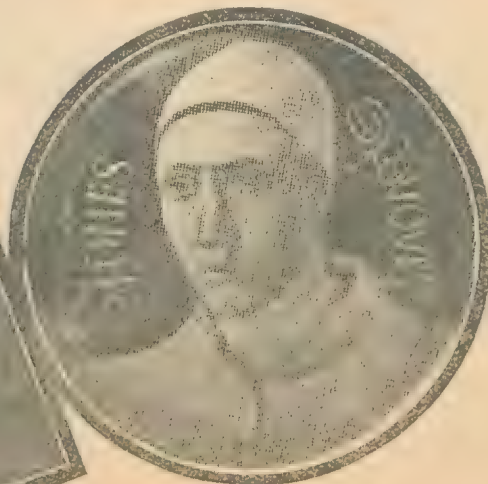
La simple estafa no tiene por qué convertirse en escándalo, sino por excepción. En Francia menos, por la razón apuntada. Pero en los últimos tiempos, ni los asuntos relacionados con la política provocaban la reacción que habían provocado los Grevy, los Wilson, los Humbert y los Reinards. El Panamá fué sonado en el mundo, porque lo fué primero en Francia. Esa sensibilidad parecía embotada. Sin ser tan importantes, los asuntos de la señora Honan, de Oustric, fueron de proporciones, pero conmovieron muy poco. Los políticos venales, como nuestros contemporáneos el ex canciller Raúl Peret o el ex embajador René Besnard — *y'en passe et de meilleurs* — eran absueltos por sus pares, los senadores constituídos en alta corte o supremo tribunal de justicia política. Y nadie protestaba, no había indignación pública ni manifestaciones callejeras, ni transmisiones cablegráficas o rediotelefónicas a través de los mares y los continentes. Con todo, la Honan y Oustric habían espumado, cada uno a su turno, cientos de millones de francos, con recomendaciones políticas. ¿Por qué la estafa de Stavinsky ha provocado la caída de un gobierno, cuando las de aquéllos, pareciéndosele tanto respecto de la operación financiera en sí misma, no habían tenido traducción en una crisis ministerial?

La explicación parece estar en el ritmo acelerado que tomaron los escándalos públicos desde el advenimiento de la izquierda en 1932, y en la agravación de esos escándalos, pues la sangre empezó a mezclarse al oro como no había sucedido antes. Ovejas sarnosas había en las derechas de Laval y Tardieu,

María Antonieta es conducida a la guillotina. En este cuadro de Laly se ve cuando los soldados la sacan del Temple.



Una espléndida vista de la esclusa de Culebra, en el canal de Panamá, que fué origen de otro escándalo financiero en Francia.



Juan Fouquet, personaje de gran influencia en la Francia de los últimos Luises y eje de una serie de grandes escándalos financieros.



Julio Grevy, que fué presidente de Francia y cuyo yerno hacía, en gran escala, un buen negocio: se dedicaba a vender condecoraciones.

como las hay en las izquierdas de Herriot y Daladier. De acuerdo. Canallas con mucha influencia, también. ¿Por qué los de ahora provocaron la crisis que los de antes habían evitado?

La izquierda debutó con mala suerte en la elección de algunos de sus hombres en 1932. El primer subsecretario de guerra, el diputado Hulin, fué eliminado de modo infamante del colegio de abogados de Portiers. Y condenado repetidas veces, después de varias apelaciones, debió renunciar a la subsecretaría, volviendo a la cámara sin otra sanción. En el primer semestre de 1933, el prefecto de las Bocas del Ródano, señor Couseret, es asesinado por una amiga suya, perteneciente a la brigada mundana de la policía política. La investigación oficial dice drama pasional. El público, que por el momento no hace más que murmurar, dice otra cosa. Se habla de trabajos hechos en común por la asesina y su víctima para obtener de la municipalidad de Cassis el permiso de construir una usina en condiciones antirreglamentarias; y de una discusión por el reparto de la coima. En el segundo semestre de 1933 otro escándalo sangriento. Un amigo de Malvy, un consejero municipal de París ,miembro del partido radical socialista, caballero de la Legión de Honor, es asesinado en condiciones de inmoralidad indecible, que no hacen sino confirmar lo que todo el mundo sabía de las costumbres del individuo. Oscar Dufrenne recibe honores fúnebres como nuestro Rugerito. Pero el asesino desaparece, y no ha sido encontrado aún.

El Hombre Libre, el viejo diario de Clemenceau, dice: "Se tapa, se tapa. Primera lista de tapujos. 1º Asunto Causeret. 2º Asunto Nozières. 3º Asunto Oscar Dufrenne y consortes. 4º Asunto seguros sociales." La permanencia de Chautemps en el Ministerio del Interior, a través de todas las crisis de gabinete, es sugestiva. El señor Pressord, procurador general, es decir, el magistrado judicial que tiene la suprema dirección de la instrucción criminal, es cuñado de Chautemps. Daudet habla impunemente de una supuesta "pandilla de Tours", circunscripción electoral donde el actual presidente del consejo tiene sus mejores prestigios.



M. Daladier, el político francés que acaba de formar un gabinete derechista a raíz de la caída de su antecesor, Chautemps, provocada por el ya famoso "affaire" Stavinsky.

Esas conjeturas, suposiciones, fantasías, no son de prueba fácil. Pero preparan un ambiente. En un ambiente así preparado, el escándalo financiero debía tener una repercusión mayor que la de los anteriores. Por otra parte, los antecedentes de Dalimier, el ministro comprometido, eran rematadamente malos. En 1914 se le probó que traficaba con su influencia, que obtenía condecoraciones a cambio de dinero; se publicó una carta suya en que le decía a uno de sus candidatos: "No tengo costumbre de hacer pagar los servicios que hago; lo que os pido es sencillamente adelantarme dinero... Preciso mil francos para finiquitar la operación." En 1920 recomendó pública y repetidamente a un estafador judío, Himmel, condenado al poco tiempo a un año de cárcel por robo de diez mil dólares. La repetición del caso lo inhabilitaba para seguir en el gobierno. Entre la complicidad o la ingenuidad indigna de un gobernante, no le quedaba a Dalimier otra salida que la puerta del ministerio.

En Francia, como en todas partes, la posesión del Estado comporta una dosis de arbitrariedad que degenera muy fácilmente en delito Nosotros hemos sufrido demasiadas humillaciones de esa especie para no señalar la semejanza. Aunque más domesticada que la nuestra, la prensa francesa es más brava. Y cuando hay que hablar, habla más claro que la nuestra. Prácticamente, es esclava; teóricamente, tiene una gran libertad. Y los disidentes, que nunca faltan en ese gran país, tienen el medio de abultar la cosas. Cuando el momento es favorable, como ahora, pueden darnos la impresión de que Francia está gobernada por Alí-Babá y sus cuarenta. Lo que es inaceptable, aunque su personal dirigente no sea ni más ni menos escrupuloso que el de la mayoría de los países, salvo dos o tres países privilegiados cuyos nombres están en todos los labios. Pero lo cierto es que las dificultades de la situación francesa parecen haber sacado a la superficie de la política como una resaca de tormenta. La instabilidad ministerial, debida a las infructuosas tentativas de imponer los sacrificios exigidos por la crisis, han hecho pasar al segundo plano a los hombres de moralidad insospechable como Daladier o Herriot, y dejando en el primero a aquellos de quienes no se puede decir lo mismo. El gran caudillo electoral es en estos momentos el que tiene más probabilidad de mantenerse en el gobierno, y por lo tanto, el más útil



Aparece hablando en esta fotografía, con M. Ronald Macdonald, primer ministro británico, el político radical francés M. Herriot, varias veces jefe del gabinete, en quien se creyó que recaería la designación una vez que renunció Chautemps. Pero los antecedentes de la estafa de Bayona impidieron su nombramiento.

ES SINO EL ULTIMO DE ESCANDALOS

NOTA POR
ALBERTO ECHAZARRETA



La esposa de Alejandro Stavinsky es una elegante dama, célebre por su vida suntuosa. En repetidas ocasiones ha expresado su duda acerca del suicidio de su esposo.



Estos son los miembros de la Comisión de Estudios presidida por M. Lesseps, que aparece en el centro con traje claro, para la apertura del canal de Panamá, empresa que fracasó ruidosamente y que absorbió una cantidad fantástica de dinero.

(Continúa en la página 57)



Un escritor, por no haber respondido a las cartas de una admiradora, resulta el hombre más insoportable para ella. Pero el azar los pone frente a frente y urde un...

ROMANCE de CARNAVAL

...para que aquellas almas se conozcan a fondo.

CUENTO POR

Carlos F. MARQUEZ VALLADARES

EN la librería de Pepe Carmona, especie de peña literaria, punto de reunión de intelectuales y artistas, hallábase un grupo reducido e íntimo de amigos.

Contrariando las costumbres de esas reuniones, aquella tarde, en vez de libros y de autores, se hablaba de amor.

El amor era el tema, y alrededor de él giraba la charla. Cada cual decía algo en su defensa o en su ataque: quién una frase sentenciosa, quién una observación profunda...

La conversación era animada.

¿Podía no serlo, con ese tema, y entre muchachos jóvenes, y artistas por añadidura? El amor triunfaba en ellos, y ellos lo glorificaban con sus palabras.

Estaban en el momento de mayor entusiasmo, cuando hizo su entrada al simpático comercio Juan Manuel Crespo, joven abogado y talentoso novelista, vastamente conocido por su seudónimo de "Manuel Pitt".

Saludado que hubo a todos, se incorporó a la rueda. Bien pronto se entusiasmó y quiso colaborar en el tema que se desarrollaba tan felizmente. Pero no se conformó con una simple frase o una pasajera observación, como los demás, sino que ofreció contar toda una novela de amor, inédita y originalísima, en la cual, según manifestó, él acababa de ser el protagonista.

Aceptada la propuesta, gustosamente por todos, el ameno narrador empezó:

— Lo que van a oír — dijo — es una novela fresquita; tan fresca, que ayer a la tarde estaba yo todavía siendo su protagonista. Figúrense que empezó el domingo a la nocche, en el corso, y acabó ayer a la tarde en la sala del Splendid. ¡Y fué toda una novela de amor!...

Calló un instante. Los seis amigos que escuchaban, allí, de pie, junto a los anaqueles cargados de libros del comercio de don Pepe Carmona, arremolináronse en torno de Juan Manuel Crespo, deseosos de no perder detalle de lo que tan sabroso prometía ser.

—¡A ver! ¡A ver! ¡Cuanta rápido! — dijeron algunos.

— Pues bien — continuó Crespo:— en esta historia real, vivida, puesto que, como les digo, el protagonista soy yo, van a ver a qué precio se paga una descortesía con una dama, y cómo ¡nunca! debe dejarse de contestar las apasionadas epístolas de las lectoras enamoradas, por más locas, ardientes y descabelladas que sean, si no se quiere que el amor inspirado se vuelva odio mortal.

Para aumentar la expectativa, Crespo volvió a callar, tosió ligeramente, retocó el moño de su corbata, se pasó la mano por la engomınada cabeza, y al fin prosiguió:

— Yo me había propuesto no salir de casa en estos tres días de carnaval — que felizmente acaban de pasar ya, — y aprovecharlos, en cambio, en finalizar una novela que estoy escribiendo. Pero unos amigos tuvieron la culpa de que no cumpliera mi propósito. Vinieron a buscarme, y fueron tan exigentes, me instaron tanto para que los acompañara al corso, que no me puede negar; y aunque no tenía absolutamente ningún deseo de concurrir allí, por no ser terco y complacerles, accedí. Salimos en el auto de Menéndez, a quien ustedes conocen; en ese lujoso "Six" color borra de vino. Ibamos el nombrado Menéndez, Brehmer, el joven médico alemán recientemente llegado a ésta, y Hugo Notar, nuestro poeta. Junto al chófer, Notar, y en el asiento de atrás, Menéndez, Brehmer y yo. Poco les costó a mis amigos contagiarme esa alegría de que ellos se hallaban poseídos: unas cuantas cuadras más allá, entre la ruidosa algarabía de la fiesta popular, y ya rivalizaba con ellos en actividad para arrojar serpentinas y reír. A los diez minutos de abandonar mi cuarto de estudio, donde pensaba recluirme, les agradecía de corazón el haberme ido a buscar. Poco duré sentado. Imitando a Menéndez y a Brehmer, me trepé sobre el asiento, ubicándome en la tirante funda que cubría la capota plegada. Desde allí, no di tregua a mi ofen-

siva y defensiva de serpentinas y ramos de flores. Detrás nuestro, otro "Six", tan lujoso como el de Menéndez, llevaba un grupo de chicas, entre las cuales una rubia encantadora no tuvo ningún inconveniente en confeccionar conmigo una cadena de serpentinas, que luego sostuvimos cada cual con la mano izquierda disimuladamente apoyada sobre el corazón. Les confieso sinceramente que me entusiasmé. La chica era preciosa: justamente el tipo femenino con el cual yo tanto soñara. En más de una ocasión he manifestado yo públicamente, en reportajes, autobiografías, etcétera, que la elegida de mi corazón sería rubia. Nada de morochas: ¡rubia, rubia! Hay más espiritualidad en la mujer rubia, más alma, más feminidad que en cualquier otra. Por eso, al ver mi inusitado afán de hacer cada vez más gruesa aquella cadena de papeles de colores, Brehmer, Notar y Menéndez se apresuraron a felicitarme por mi próximo enlace y a hacer votos por que los herederos vinieran pronto, abundantes y robustos.

Todos rieron. Crespo paseó su vista por sobre sus oyentes, y prosiguió:

— Fué una noche deliciosa. Y así, tan deliciosa como esa, fueron las otras dos. Cada noche construíamos una nueva cadena. En la tercera, haciendo coraje, descendí del auto de Menéndez, y, con el pretexto de cambiar un ramo, me trepé al estribo del de ella. La charla fué fácil y amena. Nos presentamos mutuamente. Ella dijo llamarse Angelita. Yo, más o menos emocionado, manifesté que era la primera vez que contemplaba un rostro femenino tan en armonía con ese dulce nombre. Ella sonrió, me miró muy hondo y me regaló una rosa roja, diciéndome:

"— Guárdela como recuerdo de este carnaval.

"— Mejor, como recuerdo suyo, Angelita. ¿Quiere?

"— Bueno.

"Al hablar, sus ojos claros se posaban en los míos; y su figurita delicada, de pie en el automóvil, me trastornaba. Vestía un traje de fantasía celeste. ¡Parecía un ángel! Yo expresé mi anhelo de conversar larga y tranquilamente con ella, algún día de esa misma semana.

"— ¿Cómo no? Pero... ¿dónde? — me dijo.

"— Donde a usted le parezca bien, Angelita.

"— ¿En un cine?

"— ¡Encantado!

"— Pues bien: mañana en el "Splendid".

"Yo volví al auto de Menéndez y continué en mi afán de hacer cada vez más fuerte aquella cadena de serpentinas. Créanme que me había entusiasmado bastante. La rubita me interesaba demasiado. Ayer, miércoles de ceniza, era la cita. Poco antes de la hora de la función llegué por el "Splendid". Sentía que mi corazón no golpeaba con el ritmo acostumbrado. A los pocos minutos de estar allí, la vi aparecer. Venía con una de sus hermanitas, luciendo un vestido rojo, que realzaba aún más su belleza pálida. Al entrar, me saludó muy amablemente. Y ya dentro y a su lado se inició la charla. Hablamos de una infinidad de cosas... En los últimos actos de la película supe que la chica era afecta a la literatura. Con un motivo cualquiera empezó a hablar de autores y de libros. No me pareció mal: yo, el "eximio" novelista Manuel Pitt, no haría, sin duda, un indiscreto papel, pues en esa materia no soy del todo profano.

"Hablaba Augelita, con una locuacidad extraña, de literatura en general. Empecé a creer que lo hacía porque había averiguado que yo era Manuel Pitt. Pero pronto me cercioré de lo contrario. La había emprendido con los novelistas, y, en especial, con los argentinos. Yo esperaba que de un momento a otro me mencionara. Pero, como no lo hiciera, audazmente me atreví a preguntarle:

"— Y Manuel Pitt, ¿qué le parece? ¿Lo ha leído usted?

"— ¿Pitt? ¿Pitt? — dijo llevándose las manos a la cabeza. — ¡Por Dios! No me hable usted de él; ni me lo mencione siquiera.

"— ¿Por qué? ¿No le gusta?

"— ¡Ay, sí, me enferma! Yo no me explico cómo hay tantas mujeres a quienes les encanta ese autor tan vulgar, tan soso, tan estúpido.

"Yo tenía ganas de reír. ¡Si la chica supiera que Pitt era yo, por quien ella tanto interés mostrara!...

"— Desearía conocerlo — agregó. — Me lo imagino un tonto, tan tonto, que de sólo verlo provocaría la risa.

"Y así, en ese tono, siguió tratando al pobre Manuel Pitt, sin sospechar que le estaba oyendo todo, puesto que era yo en persona, y estaba a su lado. A cada nuevo insulto suyo para Pitt, yo quería explotar de risa. De pronto, se me ocurrió preguntarle:

"— ¿Y qué le ha hecho el pobre Manuel Pitt para que usted lo odie tanto?

"— Yo no lo odio.

"— ¡Ah! ¿No lo odia? ¿Entonces?

"— No, no lo odio, aun cuando lo merecería, por cuanto me ha hecho pasar muy malos ratos con sus bodrios, que él titula novelas.

"— Pues a mí, en el fondo, me gusta.

"La chica saltó como leche hervida.

"— ¿Le gusta? — exclamó horrorizada

"— Sí.

"— ¡Pero! ¿Será posible?

"— Sí, es posible.

"— ¡Y yo que le creía una persona de buen gusto!... — exclamó desencantada.

"— Ya ve usted cómo uno a menudo se equivoca. A mí me gusta Pitt, y creo, sinceramente, que su arte tiene valor desde el punto de vista literario.

"— ¡No diga tonterías! Usted bromea..., ¿verdad?

"— Para no contradecirla, de corazón desearía estar bromeando; pero la verdad, desgraciadamente, es otra: me gusta Pitt.

"— Bueno, cada cual con su gusto. A mí... ¡me revienta! No hablemos más del asunto, si le parece.

(Continúa en la página 60)



LA CIENCIA DE PREGUNTAR

NICOLEÑO. — Ese jabón que usted cita se recomienda mucho para la caspa. También ayuda a extirparla el fregarse el cuero cabelludo todas las noches con un trapo de hilo empapado en aceite de castor. Debe lavarse continuamente la cabeza y cepillarse con un cepillo de cerdas bien duras el cabello. En cuanto al origen de la caspa y caída del cabello tiene muchas explicaciones. Puede ser originado por enfermedades de la piel, de carácter intestinal y hasta por caries molares y dentales.

● ●

PROFANO. — Esa torta se sirve en el momento de los postres y de los brindis.

● ●

ARBORICULTOR INCIPIENTE. — Deles una fuerte mano de agua de cal a los troncos de esos árboles, a la entrada de la primavera.

● ●





G. P. LANUS. — El general Fotheringham escribió, en efecto, su "Vida de un soldado en la frontera", memorias que acaso no lleven exactamente este título, pero sí uno parecido, pues citamos de memoria. Están sumamente agotadas y puede usted recorrer las librerías de viejo, con la paciencia necesaria, en procura de ejemplares.

El general Fotheringham, autor de "Vida de un soldado en la frontera".

● ●

MONITOR 2º — Diríjase a sus superiores exponiendo los fundamentos de su reclamación.

● ●

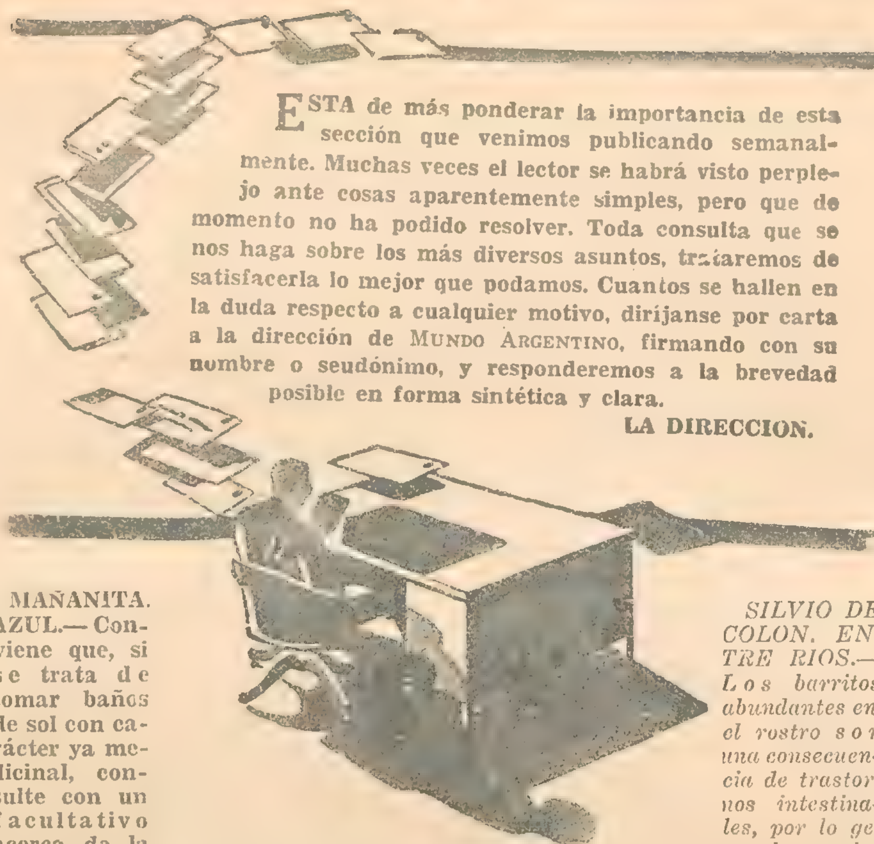
ARGENTINISTA. — Respecto a los orígenes del tango corren muchas versiones. Para unos nació en los campos, para otros en los alrededores de Buenos Aires. No estamos en condiciones, por falta de espacio, de darle una respuesta que analice esas dos versiones generales, pero le advertimos que en cualquier colección de diarios con suplementos dominicales encontrará usted artículos autorizados sobre este tema, al que le ha prestado preferente atención la literatura del momento...

● ●

TRES M. PIAMONTE. — Ignoramos el origen de esas manchas. Consulte a un médico.

● ●

ACACIA. — No sabemos dónde podría usted conseguir ese diccionario catalán. Creemos que lo mejor que puede hacer usted es solicitarlo a la casa Bavarias, que es la editora, o adquirirlo por intermedio de cualquier librería de Buenos Aires.



Esta de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

MAÑANITA AZUL. — Conviene que, si se trata de tomar baños de sol con carácter ya medicinal, consulte con un facultativo acerca de la duración de los mismos. Está demostrado que la curación de la coxalgia es a base de rayos de sol, pero lo que corresponde es ensayar la cadera y dejar espacio libre tan sólo para que permita el paso de los rayos hasta el punto afectado. Conviene, repetimos, que se haga asistir por un médico y obre de acuerdo absolutamente con las indicaciones del mismo.

● ●

C. H. C. — Ese relato de Sarmiento sobre la casa paterna figura, no en "Facundo", sino en "Recuerdos de provincia".

● ●

ALBA Y LETICIA. — Desde la antigüedad más remota el vuelo de las aves ha servido a magos y hechiceros para explicarse fenómenos naturales o circunstancias relacionadas con la vida de los seres.

● ●

¿SI O NO? — Riganti no ganó en Norte América, en su última presentación en las pistas de ese país.

● ●

E. M. J. — Diríjase al juzgado federal de turno en los tribunales. Allí le darán los datos que usted nos requiere y le indicarán los trámites a seguir.

Raúl Riganti, el volante argentino, quien representó a su país en Indianápolis.

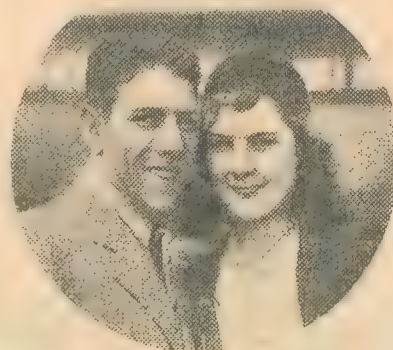
● ●

GASPAR. — La ciudad de San Nicolás de los Arroyos es cabeza de partido y tiene tribunales.

SILVIO DE COLON, ENTRE RIOS. — Los barritos abundantes en el rostro son una consecuencia de trastornos intestinales, por lo general, o mejor dicho de falta de funcionamiento regular de esos órganos. Las impurezas de la sangre, debido a esas circunstancias, se manifiestan por medio de granitos, barros y otros fenómenos como sarpullido. Para extirpar los barros del cutis es un excelente método darse un baño facial de vapor y luego apretar con un trapo de lino los poros que contienen impurezas. Pero al mismo tiempo debe ingerirse algún depurativo o seguir un método alimenticio que evite en lo sucesivo que el rostro presente ese aspecto tan desagradable.

● ●

ALDERETE. — Justo Suárez se casó antes de su segundo viaje a Estados Unidos. Actualmente vive en Buenos Aires donde ha reanudado su entrenamiento bajo la dirección de su manager José Lectoure. La pelea con Billy Petrolle no lo afectó físicamente, como se dió en decir, aunque sí moralmente.



El boxeador Justo Suárez, retratado con su esposa, al partir en su segundo viaje a Norte América.

● ●

INCREDULO DE CHASCOMUS. — En la semana de Pasión se recuerdan los padecimientos y la muerte de Nuestro Señor Jesucristo. La semana que sigue a ésta se denomina Semana Mayor o Santa.

EL ARTE DE CONTESTAR

LECTOR AGRADECIDO. CASEROS. F. C. P. — Puede haber adquirido esa conjuntivitis en la pileta de natación, pero lo que menos importa es saber dónde, cómo o cuándo adquirió el mal. Hágase atender en seguida por un especialista de enfermedades de los ojos. 2º Si usted firmó ese contrato de locación debe cumplirlo o arribar a un arreglo con el locador.

● ●

J. G. SANTA FE. TOSTADO. — Escriba usted al consulado de Bolivia.

● ●

UN INDISCIPLINADO. LA BANDA. SANTIAGO DEL ESTERO. — En su misma libreta de enrolamiento, en las disposiciones que contiene sobre las excepciones militares, encontrará la respuesta a su pregunta.

● ●

LILY Y MARIA. Sgo. DEL ESTERO. — La obra de don Ramón del Valle Inclán es sumamente vasta y alcanza la novela, el cuento, el teatro, la poesía y todas las manifestaciones literarias en general. Sus primeros libros que alcanzaron verdadera resonancia, fueron las cuatro sonatas, denominadas: "Otoño", "Primavera", "Verano" e "Invierno". Pueden leer todo lo que ha escrito este gran escritor. Nosotros preferimos, de todas sus obras, "Romance de lobos". No hacemos ningún juicio literario acerca de su obra porque ello demandaría un espacio del que carecemos.

D. Ramón del Valle Inclán.

● ●

IRMA. — San Pedro de Verona nació en el año 1206.

● ●

CHOLA DE OJOS NEGROS. GENERAL SARMIENTO. — Para hacer el arrollado de dulce de leche se prepara primero una composición que se forma de la siguiente manera: se baten seis claras de huevo y se le agregan luego seis cucharadas al ras de azúcar y cinco de harina, y una cucharadita de las de café de polvo royal. Luego se baten las yemas y se agregan al todo. En una asadera o tapa de lata de membrillo, previamente untada con manteca, se echa la mezcla y se pone en el horno retirándosela cuando esté tostada. Se forma en seguida un rollo, colocándolo debajo de una servilleta caliente y así sucesivamente con todas las capas que le salgan, que, en este caso, son tres más o menos. Después se desenrollan y se les coloca una mano de dulce de leche y vuelve a envolverse la primera capa, y así con todas. Se la envuelve, ya formado el "tronco" con dulce de leche o de membrillo pesado — como se prefiera — y se le forman las arrugas características de los árboles con un tenedor.

LECTORA DE "EL ARTE DE PREGUNTAR".—Su hijo debe rendir examen de ingreso a cualquier colegio nacional de la capital, por establecerlo así la reglamentación respectiva. En cuanto al colegio nacional Central, incorporado a la Universidad de Buenos Aires, también debe rendir examen de ingreso de primer año. Los estudios en este establecimiento duran seis años y, desde el punto de vista expuesto en su carta, ofrece la ventaja, en cambio, de que no se rinde, a la terminación del bachillerato, examen de ingreso a la facultad que se desee seguir.

● ●

ATILIO. VALLE HERMOSO. CORDOBA.—Esa fuente, denominada de Lola Mora, que es el nombre de la escultora que la hizo, está emplazada en el balneario Municipal de la capital federal.

● ●

CATOLICA CREYENTE.—El Congreso Eucarístico Internacional bonaerense adoptó ese distintivo en forma de escudo, que es un corazón estilizado, porque el "Santísimo Sacramento es nuestra defensa en la vida y en la muerte", como reza la explicación oficial. Lo rodea una franja blanca y amarilla, colores de la insignia pontificia, para significar la unidad de los fieles en el obediencia al Vicario de Cristo. Su parte inferior está modelada conforme al escudo que don Juan de Garay dió a la ciudad de la Santísima Trinidad de Buenos Aires.

● ●

CACHO ROCHO. — El dibujante satírico a que usted se refiere fué Stein, que se hizo famoso desde las páginas de "El Mosquito".

● ●

MUCHAS GRACIAS.—**Creemos haber respondido ya a una pregunta análoga: la iglesia de Santa María Maggiore, de Roma, fué decorada con el primer oro que los conquistadores llevaron de América a España, y que fué donado al Vaticano por los Reyes Católicos.**

Correo cinematográfico

(Continuación de la página 50)

★ **MARION DAVIES nació en Nueva York (EE. UU.) el 3 de enero de 1900,** llamándose Marion Douras. Cursó los grados primarios a duras penas, pues la pobrecita no era muy inteligente que digamos, hasta que al fin fué a parar a un convento. Se conoce que por aquel entonces en los conventos se enseñaba arte dramático, pues fué allí donde dió los primeros tropezones. Apenas salida de aquella casa, demostró en seguida la influencia que la misma le había dejado y se hizo bataclana de un coro neoyorquino. Anduvo en la mala por un tiempo, hasta que ingresó en el cuerpo de las famosas Ziegfeld Follies, de donde pasó al cine. Hoy tiene, además de un rostro lleno de pecas, un par de **ojos azules, cabello rubio y dos hijos.**

a Sultana.

● ●

★ **NILS ASTHER** dice que tiene 32 años y está soltero. Puedes escribirle en inglés a los estudios de la **R K O-Radio Pictures, 780 Gower Street, Hollywood, California,** desde los cuales te enviará su retrato, siempre que tú le remitas veinticinco centavos oro en estampillas. No habla castellano.

a Betty.

● ●

★ Es preferible que no me envíes el dibujo de **Rin tin tin.** De todos modos te agradezco y te felicito por el premio **que** obtuviste hace pocas semanas.

a **Rin tin tin.**

¡HOLA!...

¿Con quién hablo?



HÉCTOR.—*Por fin conocí a la pebeta, che.*
LUIS.—*¿Qué te pareció?*
HÉCTOR.—*Muy bien; le llevé una carga a fondo.*
LUIS.—*Como a todas.*
HÉCTOR.—*Como a todas. No has de creer que porque es la hija del millonario Luna, recién llegada a la casa paterna después del internado en Buenos Aires, voy a cambiar de táctica.*
LUIS.—*Pero me parece que es una chica muy seria, incapaz de comprender tus intenciones torcidas.*
HÉCTOR.—*Todas parecen serias al principio.*
LUIS.—*Insisto en que no debes creer lo contrario.*
HÉCTOR.—*Ya verás, moralista; ya verás. Por lo pronto tengo autorización para hablarle por teléfono.*
LUIS.—*En un pueblo donde todas nuestras familias son amigas, no tiene nada de particular el detalle.*
HÉCTOR.—*Ya verás.*
LUIS.—*Ya veremos...*

. . . .

GONZALO.—*Como te lo digo; estoy encantado.*
LUZ.—*Me alegro; la chica te merece.*
GONZALO.—*Soy demasiado poco, para la hija del millonario Luna.*
LUZ.—*No te achiques. Eres un muchacho queridísimo en nuestro pueblo; tu título de médico y buen médico, es más que suficiente. Mamá y yo siempre pensamos en esa unión.*
GONZALO.—*No corras; recién la he conocido ayer.*
LUZ.—*Pero durante el baile estuvieron siempre juntos.*
GONZALO.—*No; compartí el lugar con Héctor.*
LUZ.—*Pero ese mequetrefe va descartado.*
GONZALO.—*¡Son tan raras las mujeres!*
LUZ.—*Pero no a ese extremo. Y te dejo porque debo irme.*
GONZALO.—*Hasta mañana.*
LUZ.—*Y buena suerte, primito.*
GONZALO.—*Dios te oiga.*

. . . .

CLOTILDE.—*Recién llegada y ya me quieren con novio.*
ESTHER.—*Tú sabes que en los pueblos se vive para eso y nuestra curiosidad va hacia ti.*
CLOTILDE.—*Vengo sin ningún apuro. Después de cuatro años de encierro, no quiero sino viajar y divertirme.*
ESTHER.—*Pongamos que no pienses en noviazgo, pero ¿no me puedes adelantar cuál de tus compañeros de baile te gustó más?*
CLOTILDE.—*Héctor, toda la vida. Gonzalo Reyes es un poco callado, observador, no sé...*
ESTHER.—*Es un excelente médico, amigo y hombre.*
CLOTILDE.—*Lo que tú quieras, pero me gusta Héctor. Estoy impresionada del concepto que tiene de las mujeres. ¡Cómo las respeta, cómo las estima!*
ESTHER.—*¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!*
CLOTILDE.—*¿De qué te ríes?*
ESTHER.—*Te explico mañana; mamá me está llamando para salir.*
CLOTILDE.—*Hasta mañana, entonces.*

. . . .

LA TELEFONISTA INDISCRETA.

★ De **Luis Sandrini y Luis Arata** no puedo decirte la edad que tienen, pues han sido actores cinematográficos ocasionales, aparte de que aquí, por lo mismo que el séptimo arte, todavía no se ha formado, no existe la costumbre de dar a conocer las biografías de los artistas. **FREDRIC MARCH nació en Racine (EE. UU.) el 31 de agosto de 1898.** Se llama, en realidad, Frederick Mc Intrye Bickel y está casado con Florence Eldridge. **NORMA SHEARER nació en Montreal (Canadá) el 10 de agosto de 1904** y está casada con Irving Thalberg desde 1927. **CHARLES CHAPLIN** sigue trabajando, o mejor dicho, sigue prometiendo que trabajará. **El linyera** fué estrenada aquí hace ya muchos meses.

a **Tito** (Concordia)

El caso Stavinsky

(Continuación de la página 53)

al país. Pero también es el que tiene más concomitancia con elementos dudosos, y el más expuesto a verse complicado en resonantes escándalos. Tal el caso de Dalimier, cuya presencia en todos los gabinetes radicalsocialistas de 1932 a la fecha, no obstante sus antecedentes muy conocidos, obedecía a su importancia electoral extraordinaria.

Las circunstancias en que se ha producido la estafa de Bayona, no la estafa en sí misma, eran anormales. De donde la insólita resonancia mundial de un asunto cuya importancia numérica no es mayor que la de algunos otros, muy recientes, que no dieron lugar más que a un solo telegrama simplemente informativo. Pero esa misma resonancia llama poderosamente la atención sobre los sucesores de Poincaré y Herriot.

FIN



Se rechaza el amor o se cree firmemente en él, pero...

El AMOR se BURLA

... y es que el amor tiene espíritu de mujer.

No podía Mirtila Calno entrar ni salir de su casa sin que aquel desconocido que la requería de amores se inclinara a su paso para decirle una terneza y echara a andar detrás de ella con la constancia y la humildad de un perro. Y Mirtila se sentía humillada y molesta por aquel asedio. No era que el galán le fuera absolutamente indiferente, sino que no era en realidad su tipo. Su bigotito recortado a lo actor de cine le crispaba los nervios; con la mejor de las ganas se lo hubiera arrancado con unas pinzas. También la irritaba su manera de llevar el sombrero, caído sobre los ojos. Aquello le parecía de hombre desleal. No le faltaba más que saber cómo daba la mano: si al hacerlo la oprimía cordialmente o si apenas rozaba con sus dedos largos la mano amiga que se le tendía.

Muchas veces, al abordarla él, Mirtila Calno había permanecido muda como una esfinge. Apresurando cada vez más el paso, lo dejaba con la palabra en la boca, o sin respuesta. Cuando se decidía a decir algo, él no podía menos que sentirse profundamente decepcionado.

—Haga el favor de retirarse, joven, porque me compromete.

Él entonces acortaba el paso y dejaba que ella se alejase, calle adelante. Por fin, vencido, desilusionado, volvíase atrás y desparecía. Entonces Mirtila no podía menos que respirar a sus anchas.

—¡Por fin me lo he quitado de encima!

Pero ¡cuánto se equivocaba! Poco después, al regresar a su casa, se encontraba con el desconocido en la esquina, aguardándole. Entonces sentía que se le abrasaba el rostro. De buena gana hubiera cruzado a la otra acera; pero una fuerza superior a las suyas le impedía realizar este propósito. Volvía él a decirle una flor, saludándola cortésmente, y ella se entraba en su casa disparada como un proyectil, renegando con toda el alma de aquel fantasmón que le amargaba todos sus momentos.

Fué tan constante aquel asedio que Mirtila acabó por tener a aquel hombre siempre pendiente en su memoria como una condena. A veces su espíritu curioso de mujer la llevaba, venciendo sus desdenes, a espiar la calle a través de las persianas. Y lo veía siempre, ya parado en la esquina, acechando la puerta de su casa, ya paseando por frente a su balcón, esperando sin duda verla asomar.

En su desesperación Mirtila Calno no pudo menos que hacer confidente a su hermana Cora de lo que le pasaba. Cora le escuchó sin interrumpirle, temblorosa de ansiedad. Cuando en el curso de su confidencias Mirtila le dijo que eran muchas las veces que había querido espantarlo diciéndole fríamente que la comprometía, le inquirió entre burlona y temerosa:

—Pero... ¿es de verdad que te compromete?

—No — fué la respuesta rápida de Mirtila. — ¿No te he dicho que es sólo un pretexto?

—Como no tendría nada de particular que te gustase otro...

—¿Otro? ¿Quién?

—Cualquiera... ¡Hay tantos hombres!... Roque Tromiz, por ejemplo.

Al oír este nombre, Mirtila enrojeció a pesar suyo.

—¿A qué viene esa indirecta, Cora? Roque Tromiz no me interesa.

Pues yo creí...

—Muy mal creído — siguió diciendo Mirtila, sin mirar a su hermana, — porque Roque Tromiz es un hombre que, para mí, no tiene ningún atractivo.

—¿De veras? Repítelo, Mirtila, para que me convenza de lo que dices.

—¿Por qué? ¿Por qué he de repetirlo?... ¿Es que acaso te gusta a ti?

—Si tú supieras... ¡Mucho!

— Pues... si te gusta..., no te aflijas. Yo..., yo no pienso disputártelo

—¡Ah! ¡No sabes cuánto te agradezco estas palabras, querida! Ahora podré vivir tranquila, porque... La verdad: porque él parece tener predilección por ti.

—¿Predilección por mí? — exclamó Mirtila, encendida como la grana. Y procurando contener su emoción, agregó: — Pues es una lástima, porque, te repito, no me interesa. Pero no nos vayamos de nuestro asunto, Cora. ¿Qué te parece que debo hacer para quitarme de encima semejante moscón?

—Yo creo que lo más acertado es dejarlo que se canse.

—¿Y si no se cansa, a pesar de todo?

—Se cansará. Ya verás cómo el día menos pensado, al cruzarse en tu camino, te lanza un ex abrupto y no vuelve a presentarse ante ti en el resto de su vida.

—¡Ah! Si ocurriera eso

Pero no parecía que pudiera ocurrir tal cosa, porque el desconocido continuaba impertérrito, irreducible. Se le apareaba en la calle y, con el sombrero caído sobre los ojos, seguía tenaz volcándole en el oído sus eternas frases de enamorado.

—¡Señorita, no sea usted tan cruel! ¡Deme siquiera una esperanza! Yo no puedo vivir sin su cariño. Antes prefiero la muerte. ¿Es que su corazón ama a otro?

—Sí.

La respuesta, tajante, dura, de Mirtila, no lo vencía, sin embargo. Callaba un momento y continuaba su asedio, con mayor entusiasmo.

—¿Es más digno que yo ese hombre que ha tenido la ventura de ganarle el corazón?

—No sé.

—No; no puede ser más digno que yo. Acaso sólo sea más afortunado o más audaz que yo.

—Lo que usted quiera, pero tenga la bondad de retirarse.

Esta respuesta, fría, lacerante, llegaba al corazón del ferviente enamorado, que se retiraba discretamente, acaso jurándose no volver a mirarle a la cara. Pero este propósito, si lo concebía, no podía ser más fugaz, porque acababa por volver sobre sus pasos para reincidir en su asedio.

—Usted es la única mujer a quien yo amo y amaré siempre. ¡Usted es la única mujer que puede hacerme feliz sobre la tierra!

—Esas son tonterías. ¡A ver si se figura usted que tendré que corresponderle a la fuerza! En el mundo hay muchos millones de mujeres mejores que yo. Así que haga el favor de no molestarme más.

Y siguió pasando tiempo, y el pertinaz enamorado seguía importunando a la pobre muchacha, que no quería ni verle. Un día se le cruzó decididamente en el camino. Al ver su actitud Mirtila tembló; un terrible presentimiento la hizo palidecer. Los ojos del hombre despedían destellos de odio, de rencor, de locura. Sus palabras confirmaron inmediatamente lo que parecían decir sus ojos.

—No me amará usted, señorita; no me hará feliz jamás, porque así lo ha dispuesto mi destino, pero le juro que le quedará un gran remordimiento para toda la vida.

—¿Un gran remordimiento? ¿Por qué?

—Porque usted no está comprometida con ningún hombre, como se ha atrevido a decirme, sino que sólo ha querido burlarse de mí; pero esta burla no podía ser eterna. Tenía que acabarse. Y hoy mismo se acaba; no lo dude usted.

Sin esperar las excusas de Mirtila, el galán hízole un cortés saludo y se retiró. La angustia que anegó de pronto el corazón de la joven no podía ser más grande. En un instante pasaron por su mente las más trágicas escenas.

De regreso a su casa, Mirtila se dirigió a su cuarto y se echó en el lecho llorando desconsoladamente; temiendo por su vida. Su hermana Cora en vano procuraba calmarla; la desesperación de Mirtirla era tan profunda como sincera. Lo que había leído en los ojos extraños de su enamorado y las palabras que poco después había vertido en su oído, eran bastantes para anegar su tranquilidad. Hallábanse las dos hermanas hablando de esto, cuando de pronto las alarmó el estampido de un revólver. El mismo presentimiento cruzó por la mente de ambas muchachas. Su mismo miedo pareció clavarlas al suelo. Sólo pudieron reaccionar cuando la criada les trajo la terrible nueva.

—¿No saben, niñas, lo que acaba de ocurrir? Un joven se ha dado muerte en el zaguán, descerrajándose un tiro en la sien.

¡Un joven! ¡Un tiro en la sien! Mirtila y Cora se miraron demudadas, con un trágico gesto de estupidez llenándoles el rostro.

CUENTO

Por

LUIS PENA MONTARCÉ

Desde que Froilán Millen, el pertinaz enamorado, había intentado quitarse la vida agujereándose la sien, Mirtila Calno no dejó de acudir un solo día al hospital a enterarse de cómo seguía. Si bien al principio pareció que Millen sucumbiría a consecuencia de la herida, poco a poco la ciencia fué arrebatándoselo a la muerte: al cabo de pocos días ya se había conjurado por completo el peligro.

Mirtila se sentía profundamente afectada, como si fuera víctima de los remordimientos, de aquellos remordimientos con los que él la había amenazado. En realidad, ella, y nadie más que ella, tenía la culpa de que hubiera adoptado aquella resolución de eliminarse. Que Froilán Millen era un hombre bueno, ya no le cupo la menor duda. Otro hombre en su lugar, antes de eliminarse habría atentado contra la vida de ella. ¡Es tan frecuente! Esto pareció despertar en Mirtila un sentimiento nuevo, que bien podía ser amor... Si había llegado al extremo de atentar contra su vida por ella, podía ella confiar ciegamente en él. En sus primeras visitas al hospital llegaba a pasarse una hora contemplándole en silencio, metido en el lecho, con la frente vendada y los ojos cerrados, respirando trabajosamente. Y mientras le contemplaba, una gran piedad hacia él iba ganándole el espíritu. Pedía a Dios con fervor que le salvara la vida para poder ella amarle y consolarle por el resto de sus días.

Cuando Froilán Millen empezó a recuperar el conocimiento, no hizo un solo gesto de sorpresa o entusiasmo al ver junto a su lecho de dolor a Mirtila, la mujer por quien había despreciado la vida. La miraba como diciéndose: "Ya sabía yo que acudirías, enamorada y arrepentida. Y era lo menos que podías hacer. Pero ¿por qué diste lugar a que mi mano temblorosa empuñara un revólver y me lo acercara a la sien?" Pero Mirtila no fué capaz de leer esto en la mirada triste, cansada, de aquel hombre; y siguió consagrándose a él; llevándole frutas y libros cuando ya estuvo en disposición de alimentarse regularmente y leer.

Froilán Millen lo aceptaba todo en silencio, sin una palabra de agradecimiento, sin una sola manifestación de amor o de alegría. Y ella, aún sin dirigirle la palabra por temor, por vergüenza, procuraba ganarle la voluntad, se desvivía por lograr que se le iluminaran los ojos y le retozara la sonrisa en los labios. Su arrepentimiento, su dolor la arrastraban junto a él; y aquel arrepentimiento y aquel dolor del principio, de pronto se convirtieron en un amor firme, ardiente, sin sombras ni vacilaciones. Fué entonces cuando Froilán Millen pareció recuperar la palabra. Una tarde en que Mirtila había acudido acompañada de Cora para hacerle la visita que, tal creía ella, "le debía", el convaleciente rechazó lo que le llevaba, diciéndole con una frialdad que la dejó pasmada:

—Le ruego, señorita, que no vuelva más por aquí. No quiero verla ni saber más de usted. La odio profundamente. Ese amor que antes me arrastraba en pos de usted, hoy se ha trocado en un ferviente deseo de odiarla, de escarnecerla y hasta de agredirla. Desde que he recobrado la razón, he estado dudando sobre la actitud que me correspondía, y el corazón y la razón me han inspirado esta. Una voz secreta parecía decirme: "¿Qué esperás, infeliz, de una mujer que te deja llegar al suicidio? Esa mujer un día es capaz de qui-



—¿Es más digno que yo ese hombre que ha tenido la ventura de ganarle el corazón?
—No sé.

CARTAS DE UN ARGENTINO QUE SE ENOJA

DEFENSA DEL EMPLEADO PUBLICO

Señor Director:

Se ha iniciado una gestión ante el Presidente de la República para dejar sin efecto la escala de rebajas de sueldos impuesta a los empleados públicos. Dicha gestión, promovida por la entidad que los representa, ha motivado algunos comentarios equívocos que no quiero pasar por alto. No ha faltado quien la hallase improcedente, sobre todo por considerar que los "empleados de gobierno, parásitos inútiles, están muy bien pagos con cualquier cosa".

Se ha pretendido, según se ve, utilizar como argumento el tradicional desprestigio de los burócratas, socorrido lugar común que no desperdician los sociólogos, moralistas y publicistas de pacotilla. Y se ha cometido así una flagrante injusticia que me ha producido un serio enojo, aunque no soy empleado público, señor Director. ¡No hay derecho a que paguen justos por pecadores, principalmente en una época en que nuestra administración pública nacional parece encauzarse hacia una saludable orientación apolítica! Nadie podría desconocer, en efecto, que el aludido desprestigio de la función pública está sólidamente fundado. El nepotismo de los gobiernos de clase, primero, y el paternalismo político de los que surgieron por el sufragio universal, luego, convirtieron a las reparticiones públicas en centros de favoritismo donde la indisciplina y la holganza fueron virtudes cardinales.

Cuando los partidos políticos opositores escrupulosos en el manejo de los fondos públicos sometieron a un examen minucioso los proyectos de presupuesto, que se votaban antes a libro cerrado, salieron a relucir casos que constituían injusticias monstruosas. Por todas partes aparecieron empleos pinguamente remunerados con funciones tan imprecisas que ni siquiera supieron explicarlas oportunamente los legisladores que salieron en su defensa. Tal, para citar un solo ejemplo, aquellos famosos oficiales *de sala del Senado, que tanto daban que hablar al senador Justo. ¡Y los nombramientos en masa de langosteros!*

Con episodios de esta naturaleza, repetidos hasta el cansancio — en la administración nacional, en las provinciales y en las municipales, — lógico es que el empleado de gobierno sea considerado despectivamente, y, resultado del privilegio familiar o político, no constituya precisamente la persona más apta para las funciones que se le han asignado. Lógico es que se haya creado en torno suyo toda una literatura, seria y humorística, para censurarlo. ¿Pero acaso, señor Director, alguien sensatamente se atrevería a declarar que esos empleados públicos, tan justamente criticados, son todos los empleados públicos argentinos? ***¿Podría negarse, con conocimiento de causa, sensatamente, que existen empleados de gobierno de carrera, como se dice corrientemente, que se han iniciado en la administración en los puestos más bajos y que, por méritos propios, desalojados muchas veces por el favoritismo político, han ido ascendiendo paulatinamente, con una voluntad y una consagración dignas de respeto y de estímulo? Yo, que he andado algo por las dependencias públicas, siempre como hombre de afuera, puedo citar muchos casos de favoritismo y de privilegio. Hay algunas, como el Senado, en que los ejemplos surgen a montones. Es proverbial que cada senador que pasa por la Cámara, aunque sea a través de un período incompleto, deje allí, a falta del recuerdo de su actuación luminosa y patriótica, un hijo y un sobrino, por lo menos, en cargos altamente remunerados. Pero también conozco, señor Director, innumerables casos de abnegación administrativa, de empleados que consagran su vida a la actividad pública que se les ha encomendado con inteligencia y con cariño realmente ejemplares. Me sería igualmente fácil enunciar casos concretos tomados del Correo, de los ministerios, de los Ferrocarriles del Estado, de Obras Sanitarias. Y estos empleados, a quienes la escala de rebajas ha colocado en una situación económica precaria, son los que deben tenerse en cuenta al considerar la justiciera y oportuna gestión de la Liga Nacional de Empleados Públicos, que actualmente considera el ministro de Hacienda. Los otros son, o deben ser, excepciones. Y con excepciones no pueden sentarse principios generales. Si los empleados mal nombrados abundan, como han abundado, hay que corregir el sistema, por todos los medios, para no desprestigiar a una colectividad tanto más respetable por cuanto tiene los intereses del país en sus manos.***

Será hasta el miércoles.

Augustus D. Vera

tarte la vida por su propia mano." Yo no quería dar crédito a esa voz, pero no he podido menos que acabar por rendirme a sus sugestiones. No quiero saber más de usted, señorita. Tenga, pues, la bondad de retirarse. Cuando yo salga de este hospital me iré lejos, muy lejos, adonde pueda encontrar una mujer de corazón, y donde esté seguro de no volver a encontrarme con usted, porque temo no poder contenerme. Nada más..., nada más.

Se volvió en el lecho y cerró los ojos. Mirtila y Cora le contemplaron un momento asombradas, jadeando de emoción y de angustia. Luego giraron sobre sus talones y salieron en silencio, procurando no ser oídas por el enfermo. La más afectada, sin duda, era Mirtila, que parecía haber recibido una puñalada mortal en medio del corazón. Ella no se esperaba aquel desenlace, que era como una burla del amor. Cuando ya estuvieron en la calle, Cora no pudo evitar un amargo lamento:

— ¡Tú lo sentirás mucho, Mirtila, pero yo lo siento muchísimo más que tú!

— ¿Tú muchísimo más que yo? ¿Por qué?

Cora dudó un momento antes de responder; pero, cuando lo hizo, su voz surgía de sus labios ahogada por las lágrimas.

— Porque Roque Tromiz, según él mismo me ha dicho, está locamente enamorado de ti..., porque te prefiere a todas las demás mujeres...

FIN

Romance de carnaval

(Continuación de la pág. 55)

"— Como usted mande, Angelita — respondí; — pero antes desearía darle una explicación: se la debo. Es respecto al porqué defiendo tanto a Pitt. ¿Me la permite?

"— Hable.

"— Defiendo a Pitt porque es defensa personal.

"Angelita se volvió rápidamente hacia mí.

"— ¡Cómo! ¡No lo comprendo! ¿Qué quiere usted decir?

"— Es muy sencillo: Pitt soy yo. — Y esto diciendo, le ofrecí la tarjeta de visita de mi seudónimo.

"La chica creyó desmayarse. Se puso pálida y roja casi a un tiempo: mudaba de color con una rapidez extraordinaria; tartamudeó una disculpa. Yo, para no serle molesto, saludé y me fuí. Pero me alejé sintiéndolo, créame: la chica es mi arquetipo, me gusta mucho."

Crespo volvió a callar. Levantó un folleto de la estantería del comercio y empezó a abanicarse. Don Pepe Carmona, el propietario de la librería, que estaba entusiasmado con el relato, dijo:

— ¡Pero a ver, doctor! No nos haga sufrir: prosiga.

El novelita reanudó, sonriendo:

— Bueno. Todo eso sucedió el miércoles. Hoy acabo de recibir una esquela. Es una tarjetita celeste y perfumada, que dice así: "Juan Crespo: Debo pedirle disculpas por mi actitud de ayer, que es incalificable. Le debo una explicación que lo aclarará todo: le prometo ser sincera. Hágame el honor de venir por esta su casa hoy." Y la firma: "Angelita".

— ¿Y fué usted? — preguntó curiosamente don Pepe Carmona.

— No.

— Pero..., sin duda, ¿irá, no?

— ¡Hum! Creo que no. ¿Para qué? ¡Ya el encanto está roto!

— ¿Y la explicación que se le ofrece? Puede que de ella...

— No tengo necesidad de oírla — interrumpió Crespo. — Ya la conozco. La letra del billete que acabo de recibir me la dió. A primera vista me pareció conocida, y no me equivoqué. Revolví mis papeles, y al cabo de un rato de búsqueda, comprendí que no me había equivocado: varias cartas igualmente perfumadas, escritas por la misma letra y subscritas por la misma firma, se encontraban allí, entre el rimero de las numerosas y ardientes epístolas recibidas de mis admiradoras. En los márgenes de todas ellas yo había escrito: *"De mi novia la loca."* Esta breve leyenda me hizo recordar todo: yo no había contestado a ninguna de ellas, porque las creí de una trastornada, o

(Continúa en la página 65)

BIBLIOTECA TEATRAL DE "MUNDO ARGENTINO"

JUANITA TENORIO

Comedia en tres actos de

AGUSTIN REMON

Estrenada por la compañía de EVITA FRANCO, en el teatro Ateneo, el 15 de mayo de 1931.

(En el número anterior se publicó el segundo acto de esta comedia.)

ACTO TERCERO

DECORACION

(La misma de los actos anteriores. Primeras horas de la tarde. La acción tiene lugar al día siguiente del acto segundo.)

(Al levantarse el telón aparece en escena JUANITA, sentada en un sillón, en primer término. Abismada en hondas preocupaciones, apoya el rostro en las manos y los codos en las rodillas. En esa postura, sin moverse, dice en tono grave, para que resulte, quizá, cómico.)

JUANITA. — ¡No sé lo que me pasa! Porque, en realidad, no me pasa nada..., pero algo me pasa. Y no quisiera que me pasara lo que me está pasando..., ¡pero me pasa! *(Levantándose, con un encogimiento de hombros.)* ¡Y bueno! ¡Ya me pasará!...

GRACIELA. — *(Que baja con el sombrero puesto por la escalera.)* ¿No me llamaron por teléfono?

JUANITA. — No..., que yo sepa... ¿Vas a salir?

GRACIELA. — En cuanto me llamen por teléfono. ¿Ya han dado las dos?

JUANITA. — No sé. Hoy no llevo el reloj...

GRACIELA. — Yo no lo llevo nunca. El reloj es un aparato antipático. Sólo sirve para decirnos que el tiempo corre... Por eso yo no uso más reloj que mi conciencia...

JUANITA. — ¿Y por qué no le das cuerda alguna vez?

GRACIELA. — *(Riendo con hiriente benevolencia.)* ¡Por Dios, Juanita! ¡Siempre implacable conmigo! Pero, te perdono. ¡Eres un verdadero "enfant terrible"!...

JUANITA. — *(Con forzada amabilidad.)* ¡Muchas gracias!... Sos muy amable... Pero cuando me llamés algo, me lo decís en cristiano, ¿querés? *(Suena el teléfono. Ambas van a atenderlo.)*

GRACIELA. — ¡Ha de ser mi amigo Gastón!

JUANITA. — No creo. Seguro que es alguno de mis adoradores... Atendé, para que te convenzás...

GRACIELA. — *(Al teléfono.)* ¡Aló, aló! Sí, sí...

JUANITA. — *(Convencida que la llaman a ella, con afectada superioridad.)* ¿Cuál de ellos es? ¿Tito? ¿El capitán Dupont? ¿El doctor Serpenti?

GRACIELA. — No sé. Van a llamar...

JUANITA. — Seguro que es por mí...

GRACIELA. — *(Al teléfono.)* Aló... "¿Comment allez vous, mon cheri Gastón? Oui... Oui..." ¡Ja, ja, ja!...

JUANITA. — *(Yendo a sentarse en un sillón, abatidísima.)* Pero, ¡Juanita! Te estás viniendo muy abajo...

GRACIELA. — *(Al teléfono, entre risas.)* "¡Mais, no, Gastón! ¡Mais, no!... ¿C'est vraie? ¡Mais, no!..."

JUANITA. — *(Encogiéndose de hombros.)* No escucho. ¿A mí qué me importa? Además, no entiendo...

GRACIELA. — "¡Mais, oui! ¡Mais, oui! ¡A tout a l'heure!" ¡Bah, bah!

JUJANITA. — ¡Bah, bah! ¡Va... liente desfachatada sos vos!

GRACIELA. — *(Colgando el auricular.)* ¡Este sí que es un hombre encantador!

JUANITA. — ¿Sí, che?

GRACIELA. — Lo conocí en París. Acaba de desembarcar. Es el nuevo secretario de la embajada de Francia en Buenos Aires. Está en el Plaza. Me voy a tomar el café con él.

JUANITA. — Pero, ¿tenés con él tanta confianza como para ir a su hotel?...

GRACIELA. — ¡Somos grandes amigos! ¡Y si supieras cómo lo conocí!

JUANITA. — En algún "petit coin", seguro.

GRACIELA. — ¡No! Fué en una forma mucho más novelesca. ¡Qué romance! Resulta que un atardecer, en el Boulevard des Ytaliens, llamé un auto, creyendo que era un taxi... Paró el coche y le di al tipo del volante las señas de mi hotel. A mí me llamo la atención que en el interior del auto hubiese flores y almohadones... Llegamos en esto al hotel, y al ir a pagar, veo que el que yo creía el chauffeur se sonríe y me hace una gran inclinación de cabeza...

JUANITA. — ¿Era un auto porticular?

GRACIELA. — ¡Era el auto de Gastón, y el chauffeur, el propio Gastón! "¿Por qué paró usted si no era un auto de plaza?", le pregunté yo, haciéndome la enojada. "Como usted me mandó parar — me contestó él — tan imperiosamente, y como es usted tan hermosa..."

JUANITA. — ¡Qué galantes son los franceses!

GRACIELA. — ¡Gastón es adorable! Cuando me instale en mi nueva casita, ya lo conocerás. Me voy a tomar el café con él.

JUANITA. — ¿Café o champagne extra sec?

GRACIELA. — ¡Por Dios, Juanita! ¡A las dos de la tarde!... Esta hora no es la decoración más apropiada para tomar champagne... Volveré pronto. Quedó en venir Ricardito a buscarme...

JUANITA. — Pues si se entera de lo de Gastón...

GRACIELA. — ¡No me preocupa! Entre Ricardo y yo no hay todavía nada serio...

JUANITA. — Según lo que se entienda por seriedad...

GRACIELA. — Además, es demasiado joven para mí. Me engañaría antes que yo a él.

JUANITA. — Claro. Vos en todo querés ser la primera...

GRACIELA. — ¡Siempre la primera! "¡Au revoir!" Me marcho con mucho sentimiento...

JUANITA. — Tu sentimiento se compensa con mi alegría...

GRACIELA. — *(Volviéndose de la puerta.)* ¿Decías?

JUANITA. — ¡Nada! "¡Au revoir!"

GRACIELA. — *(Agitando la mano "norteamericanamente".)* ¡Bah, bah!... *(Mutis.)*

JUANITA. — ¡Bah, bah!... ¡Qué caradura! *(Acercándose a la puerta de la derecha.)* ¡Dorita!

DORITA. — *(Dentro.)* ¿Qué querés?

JUANITA. — ¡Vení!

DORITA. — Aún no he tomado el café.

JUANITA. — ¡Pues vení a tomarlo acá!

DORITA. — *(Entrando con la taza del café.)* ¿Querés vos éste? Yo voy por otro...

JUANITA. — ¡No quiero café! Tengo yo los nervios como para tomar excitantes... ¿Sabés dónde ha ido Graciela?

DORITA. — ¿Se ha ido?

JUANITA. — Recién. Al Plaza, a tomar café — según ella — con su amigo Gastón.

DORITA. — ¿Y quién es Gastón?

JUANITA. — ¿Y me lo preguntás a mí?

DORITA. — ¿Y a quién se lo voy a preguntar?

JUANITA. — Tenés razón. Pues lo único que sé de él es que es diplomático, y que lo conoció en el Boulevard des Ytaliens, un atardecer, en París, al llamar un auto con almohadones...

DORITA. — *(Ingenua.)* Pues con esos datos, no caigo quién pueda ser...

JUANITA. — Che: ¿me estás farreando?

DORITA. — ¡No, Juanita! ¡Qué cosas tenés!...

JUANITA. — *(Cordial.)* Ya sé que sos buena amiga... Pero, decime, ¿vos no créés que lo del tal Gastón puede relacionarse con la marcha de casa de Graciela? Porque la muy fresca se va a vivir a un departamento que ya ha alquilado...

DORITA. — Recién se lamentaba de eso mismo mamá Rosa.

JUANITA. — Es que a Graciela, che, no le gusta ninguna clase de naranjada: ni la amorosa ni la familiar...

DORITA. — No te entiendo...

JUANITA. — ¡Pero yo sí me entiendo! Y cambiemos el disco. ¿Cómo te va con Pepe?

DORITA. — Anoche bailamos cuatro piezas... Parece que está conmigo más afectuoso que antes..., pero nada más.

JUANITA. — ¡Y bueno, Dorita! ¡Que recién anoche te lo regalé!...

DORITA. — *(Ruborosa.)* No hablés así de Pepe... Me hacés sufrir...

JUANITA. — *(Abrazándola por los hombros.)* ¡Dorita!...

DORITA. — Está en la piecita, estudiando...

JUANITA. — ¡Es cierto! Se me había olvidado... Andá un momento a la sala, y esperá.

DORITA. — *(Asustada.)* ¿Qué pensás hacer?

JUANITA. — En seguida lo sabrás. Andate. Yo te llamaré...

DORITA. — Pero..., mirá que...

JUANITA. — ¡No te asustés, criatura! Confiá en mí... *(La lleva del brazo hasta la puerta de la izquierda, haciendo mutis DORITA. Entonces se dirige JUANITA al pequeño espacio de debajo de la escalera, abre la puertita de la pieza de estudios, y llama.)* ¡Pepe, Pepito!

PEPE. — *(Dentro.)* ¿Me llamás, Juanita?

JUANITA. — Sí, vení. *(Entra PEPE con un libro en la mano.)* ¿Qué hacía ahí dentro?

PEPE. — Ya lo ves: estudiar. Como tu hermano no utiliza hoy los libros...

JUANITA. — ¿Vos creés que los utiliza alguna vez?

PEPE. — Algo estudia Jorge. No mucho, la verdad... Recién lo invité a que estudiásemos juntos, pero me dijo que se va de paseo...

JUANITA. — ¿Y vos no?

PEPE. — Yo, no. Voy a ver si esta vez doy dos años en uno...

JUANITA. — *(Autoritaria.)* ¡Dame ese libro! *(El se lo alcanza.)* ¡Hoy no se estudia! *(Arroja el libro sobre el piano.)*

PEPE. — ¡Juanita!...

JUANITA. — ¡Vení! ¡Fijate en la tarde, qué magnífica!

PEPE. — Un tiempo hermoso, es cierto...

JUANITA. — ¡Pues hoy, a pasear! ¡A tomar aire y sol!... ¿No querés dar un paseo?

PEPE. — Claro que sería muy agradable...

JUANITA. — ¡Ya estudiarás mañana!

PEPE. — Como vos querás...

JUANITA. — Voy a llamar a Dorita, para que te acompañe.

PEPE. — *(Decepcionado.)* ¡Ah! Pero... ¿el paseo no es con vos... también?

JUANITA. — Yo tengo mucho que hacer. ¿Llamo a Dorita?

PEPE. — *(En una leve protesta.)* Juanita... Yo...

JUANITA. — *(Tomándole de las manos.)* ¡Hermanito!... ¿No me vas a dar este gusto?

PEPE. — *(Accediendo, sin reservas.)* Si vos lo querés...

JUANITA. — Lo quiero, porque la quiero a ella, como te quiero a vos...

PEPE. — *(Con emocionada alegría.)* ¡Llamala, entonces!

JUANITA. — ¡Dorita!

DORITA. — *(Dentro.)* ¿Puedo ya salir? *(Entrando, con asustada turbación.)* ¡Ah, Pepe!...

JUANITA. — Aquí lo tenés. Me dijo que te pidiera que lo acompañés a dar un paseo...

PEPE. — ¿Quiere usted acompañarme, Dorita?

DORITA. — Con mucho gusto, Pepe...

JORGE. — *(Que apareció un momento antes en la puerta de la derecha, encendiendo un cigarro.)* ¿Van a dar un paseo? Los llevo en el auto...

JUANITA. — ¡No los llevás nada!

JORGE. — *(Sinceramente extrañado.)* ¿Por qué?

JUANITA. — *(Haciéndole señas, que él no comprende.)* Porque vos debías quedarte a estudiar...

JORGE. — ¿A estudiar con esta tarde espléndida? ¡No te embromás! ¿Vamos? Los llevo donde quieran.

JUANITA. — Pero ¡andá vos solo!... *(Medio aparte.)* No comprendés, pedazo de zonzo...

JORGE. — ¡Ah!... Ahora que recuerdo, no los puedo llevar. ¡Discúlpenme ¡Estoy muy apurado ¡Chau!

(Vase por la puerta de calle.)

PEPE. — ¿Vamos nosotros, Dorita?

DORITA. — *(Luchando por ocultar su emoción.)* Vamos, Pepe...

JUANITA. — Los acompaño hasta la puerta... *(A Pepe.)* Pasá vos... *(Lo hace Pepe. A Dorita.)* Después me contás. Si se declara, decile que sí rápido...

DORITA. — ¿Y si no se declara?

JUANITA. — ¡Decile que sí lo mismo! ***(Salen. La escena queda sola un momento. Des-***

Espacio para encuadernar

pués entra Juanita, rebosante de satisfacción, y en seguida DON ENRIQUE, por la derecha. El hombre está visiblemente alicaído, aunque por instantes intenta disimularlo. JUANITA lo contempla entre burlona y conmiserativa.)

DON ENRIQUE. — *(Después de una larga pausa, durante la cual no sabe qué actitud adoptar.)* ¡Hola, Juanita!... Pues ya lo ves... ¡Me marcho!

JUANITA. — Aguardá un poco, papito... *(Jubilosa.)* ¿Cómo te va?

DON ENRIQUE. — Me va bien, muy bien... para no entrar en detalles.

JUANITA. — ¿Qué te pasa?

DON ENRIQUE. — Nada, nada... Estoy bien...

JUANITA. — Para no entrar en detalles, ¿no es así? Vos, papito, estás triste porque Graciela te habrá dicho que no...

DON ENRIQUE. — ¡Qué esperanza! Yo mismo he renunciado...

JUANITA. — Has hecho bien. Esa mujer no te convenía...

DON ENRIQUE. — ¡Por eso he desistido! Y ahora estoy lo más tranquilo... Ya se me olvidó la cosa...

JUANITA. — *(Con afectuosa ironía.)* Sí, ya lo veo... Pero negá que he puesto el dedo en una llaga...

DON ENRIQUE. — *(Afligidísimo.)* ¿En una? En varias...

JUANITA. — ¡Pobre mi papito!...

DON ENRIQUE. — *(Reaccionando.)* ¡No me compadezcas, Juanita! ¡Si estoy lo más contento!... ¡Me voy al Jardín Botánico!

JUANITA. — ¿Tan desesperado estás?

DON ENRIQUE. — *(Casi con lágrimas en los ojos.)* No te burlés encima...

JUANITA. — *(Conmovida por su actitud, lo abraza.)* ¡Papito! ¡Cómo me voy a burlar yo de vos, cuando veo que sufrís!... Andá nomás al Botánico. ¡A lo mejor, nos encontramos allí!

DON ENRIQUE. — ¡No!

JUANITA. — ¡Sí, papito! ¡Yo también sufro!...

DON ENRIQUE. — ¡Nenita! ¿Cómo es la cosa?...

JUANITA. — *(Desasiéndose de sus brazos y corriendo a la escalera, para que no la vea llorar.)* ¡Andá, papito! ¡Iré a buscarte! Sola... ¡O quiera Dios que acompañada!

DON ENRIQUE. — ¡Aguardá, criatura! ¿A quién esperás?

JUANITA. — *(Desde lo alto de la escalera.)* ¡A mi felicidad... o a mi desgracia! *(Imitando a Graciela, con un nudo en la garganta.)* ¡Bah, bah!... *(Don Enrique la contempla un momento, moviendo la cabeza, dolorido. Al irse Juanita, repitiendo el sajón saludo, suspira profundamente, y ya repuesto un tanto de su emoción, hace mutis, pueril y jactancioso, por la puerta de calle. Por la derecha entran MATILDE y el GENERAL LUZURIAGA.)*

GENERAL. — *(Mucho más cordial que de costumbre.)* ¿Así, Matildita, que no quiere que juguemos nuestra partida de ajedrez?

MATILDE. — *(Sentándose en el sofá, y coqueteando.)* ¡No, Federico! ¡No hay ajedrez!

GENERAL. — *(Tomando asiento a su lado.)* No sea malita... ¿Vamos?

MATILDE. — ¡No, no! Recuerde lo de anoche: usted me apretó los pies con los suyos, por debajo de la mesa... ¡Y así, no juego!

GENERAL. — ¿Yo hice eso? No recuerdo, la verdad...

MATILDE. — Hágase el que no sabe...

GENERAL. — ¿Y cómo no me dijo anoche nada?

MATILDE. — Porque quería convencerme de que no era una casualidad...

GENERAL. — ¡Y casualidad, nomás, sería! La pisé, y usted creyó que me le estaba apuntando...

MATILDE. — Entonces, ¿cómo me agarró después la mano?

GENERAL. — Fué porque me quiso usted hacer aquella trampa. ¿No se acuerda? Usted se me llevaba indebidamente un caballo, y yo, entonces, le agarré la mano... ¡para que no se lo llevara, pues!

MATILDE. — ¡No sea hipócrita, Federico! Nunca me gustaron los hombres hipócritas... *(Hace un mohín mimoso, volviéndole a medias la espalda.)*

GENERAL. — *(Aparte.)* Serán los únicos hombres que no le habrán gustado...

MATILDE. — ¿Cómo dice, Federico?

GENERAL. — *(Después de mirarla donjuanescamente.)* ¡Matildita!...

MATILDE. — ¿Qué?

GENERAL. — A pesar de nuestras continuas peleas, o acaso por eso mismo, yo la he querido siempre bien...

MATILDE. — No ha hecho usted más que corresponder a mi afecto, elevado y purísimo...

GENERAL. — ¡Bueno, bueno! Dejemos a un lado los romanticismos, ¿no le parece?

MATILDE. — La vida, sin romanticismo, no es vida...

GENERAL. — Sí, todo eso es muy lindo, pero nosotros ya no estamos en edad de andarnos con macanitas... Así que vamos a prescindir de frases poéticas, y hablemos derecho viejo...

MATILDE. — *(Conmovida.)* ¡Federico!... No...

GENERAL. — *(Con afectuosa ternura.)* ¡Pero, Matildita!... Escúcheme...

MATILDE. — *(Viendo a RAFAELA, que apareció un momento antes en la puerta de la izquierda.)* ¡Cuidado! Está Rafaela...

GENERAL. — *(Con repentino mal humor.)* ¿Y qué busca esa salvaje?

MATILDE. — No sé. Parece que le quisiera preguntar algo.

GENERAL. — ¡Pues como me pregunte si he descansado bien, le tiro con una silla!

MATILDE. — Acérquese. ¿Precisa algo?

RAFAELA. — No, niña, no. Quería decirles que si van a enredar en el jardín, con esas cositas de madera...

GENERAL. — Esas cositas de madera se llaman el ajedrez, animal.

RAFAELA. — Sí, señor, sí...

MATILDE. — Bien. ¿Y?

RAFAELA. — *(Contenta.)* Pues ya les preparé la mesa.

MATILDE. — Está bien. Andate.

RAFAELA. — Sí, niña, sí...

GENERAL. — Menos mal que no me hace la preguntita...

RAFAELA. — *(Volviéndose en el camino hacia la puerta de calle.)* Y al señor también le preparé el agua con limón, por si le da esa tos tan fea...

GENERAL. — ¡Más fea sos vos, camello!

RAFAELA. — Sí, señor, sí... *(Va a darse vuelta, para marcharse, pero rectifica.)* ¿Qué tal ha descansado, señor?

GENERAL. — *(Furioso.)* ¿No es para matarla?

RAFAELA. — Sí, señor, sí...

MATILDE. — ¡Andate, oh!

RAFAELA. — Sí, niña, sí... *(Vase por la puerta de calle.)*

MATILDE. — ¿Te has enojado, Federico?

GENERAL. — Es esa bestia, que tiene la virtud de sacarme de quicio... Mejor que vayamos al jardín... *(Se levantan. Él la toma del brazo, iniciando el mutis, muy despacio, por la izquierda.)*

MATILDE. — *(Con emocionado rubor.)* ¡Federico! Pueden vernos...

GENERAL. — ¡Y que nos vean! De todos modos, lo han de saber más tarde...

MATILDE. — ¿No me engañas, Federico?

GENERAL. — No, Matildita... *(Muy amartelados, caminan unos pasos. Al llegar cerca de la puerta, agrega Luzuriaga:)* ¿Querés cobrar mi jubilación dentro de unos años?

MATILDE. — *(Rápida.)* ¿De muchos?

GENERAL. — *(Indignado.)* ¿Cómo?

MATILDE. — *(Rectificando.)* Que de muchos escuché palabras dulces, pero no como las tuyas...

GENERAL. — ¡Ah, creí!...

MATILDE. — ¡Mi Federico!...

GENERAL. — Tuyo, sí, Matildita. *(Tose.)* Pero luego no te quejés si con la tos no te dejo dormir por las noches... *(Salen. Por la derecha entra mamá ROSA, apoyada en el brazo de URSULA.)*

URSULA. — ¿Va a hacer la señora su siestita?

ROSA. — Sí, Ursula. Anoche trasnochamos con la fiesta, y estoy que no puedo con mis pobres huesos...

URSULA. — ¿Y por qué no se va a su habitación y descansa mejor?

ROSA. — No, prefiero dormir un poco acá... *(Se sienta en un sillón que habrá en primer término en el extremo izquierdo. Ursula le trae una pequeña banqueta para que apoye los pies.)* Gracias, Ursula. Vos también deberías recostarte un rato...

URSULA. — No puedo. Tengo que vigilarla a Rafaela, no me vaya a hacer alguna herejía. Con permiso... *(Vase por la derecha, refunfuñando. Mamá Rosa se dispone a dormir. Por la escalera baja JUANITA. Viene con otro traje, más elegante, y visiblemente acicalada. Denotará gran inquietud.)*

JUANITA. — ¿Dormís, abuelita?

ROSA. — Todavía no...

JUANITA. — Pues no te molesto. Me voy al jardín...

ROSA. — Vení, Juanita. Sentate un poco a mi lado...

JUANITA. — No puedo. Disculpame. Estoy muy nerviosa... ¡No puedo sentarme!

ROSA. — Pero, ¿qué te pasa?

JUANITA. — ¡No me pasa nada!

ROSA. — Vamos, vení, criatura. Acercate... *(Ella lo hace, con repentina docilidad.)* Algo te sucede a vos... He sido tu verdadera madre, ya que tuviste la desgracia de perderla al nacer... ¿No me querés como si fuese tu mamita?

JUANITA. — *(Conmovida.)* Sí, abuela. Te quiero como a la madrecita que no conocí... *(En una última, aunque débil resistencia.)* Pero no me pasa nada, ¿sabés?

ROSA. — Ya lo sé... Pero, entonces, ¿por qué no tomaste el desayuno esta mañana, ni luego has almorzado apenas?

JUANITA. — *(Sentándose, como una criatura, en la pequeña banqueta.)* ¿Te diste cuenta, mamá Rosa?

ROSA. — ¡Cómo no iba a fijarme, criatura! Pero ¿no sabés que a nadie quiero como a vos?

JUANITA. — *(Infantil.)* ¡Me querías! Pero desde que llegó Graciela...

ROSA. — Eso no es cierto, Juanita. Vos estás celosa de Graciela, y no tenés razón. Vos has sido siempre lo que yo más he mimado...

JUANITA. — ¡He sido! Pero negá que desde que llegó "la otra", me querés mucho menos... ¿Creés que no lo he notado? Estabas tan ilusionada con su venida... Durante los primeros días, para ella fueron todos tus cariños...

ROSA. — ¡Pero, nenita! No me gusta que seas así... Graciela había sufrido una gran desgracia, lejos de nosotros.. Volvía a casa después de mucho tiempo... Como en "La vuelta del hijo pródigo", que enseña la Historia Sagrada, yo debía tratarla con todo mi mejor cariño... Vos ya lo habías disfrutado durante su larga ausencia. Ella, no, Juanita...

JUANITA. — Pues ya viste cómo corresponde a tu cariño, yéndose a vivir a otra parte...

ROSA. — ¡Ah, en eso hace mal, muy mal! Cuando esta mañana me lo dijo, me llevé un gran disgusto. Le pedí, llorando, que no se marchase, pero ella, mala, parece que no desiste...

JUANITA. — ¡Es que Graciela es muy mala! ¡Yo la odio, abuelita!

ROSA. — *(En un reproche.)* ¡Criatura!

JUANITA. — ¡La odio, la odio! Así como hay personas que se dejan querer, ella es de las que se dejan odiar...

ROSA. — No; eso, no. No debés hablar así de tu prima...

JUANITA. — Pues todavía, antes de irse, me va a oír unas cuantas palabras sonoras...

ROSA. — ¡No harás tal cosa, Juanita!



DON ENRIQUE. — ¡No me compadezcas, Juanita! ¡Si estoy lo más contento!... ¡Me voy al Jardín Botánico!
JUANITA. — ¿Tan desesperado estás?
DON ENRIQUE. — No te burlés encima...
JUANITA. — ¡Cómo me voy a burlar yo de vos, cuando veo que sufrís!... Andá nomás al Botánico. ¡A lo mejor, nos encontramos allí!
DON ENRIQUE. — ¡No!
JUANITA. — ¡Sí, papito! ¡Yo también sufro!...

Espacio para encuadernar

Aunque reconozco que Graciela no se porta bien al marcharse de casa... De aquí no debió salir más que para volver a casarse, si esa era su voluntad...

JUANITA. — *(Vivaz.)* ¡Pero no con papá!

ROSA. — Claro que no. Ella, yo creo, no ha pensado en tal cosa...

JUANITA. — ¡Sí! Ella ha pensado en casarse con Ricardo...

ROSA. — ¡Y bueno! Que se casen...

JUANITA. — *(Aterrada.)* ¿Cómo?

ROSA. — *(Extrañada.)* Que se casen... No acabás de decirme...

JUANITA. — ¿Y esto es todo lo que vos me querés? ¡Ya se ve, abuelita ¡Ya se ve!...

ROSA. — ¡No te entiendo!

JUANITA. — Pero ¿vos no sabés que yo quiero mucho a Ricardo?

ROSA. — ¿Que lo querés? Pero, ¿cómo lo querés?

JUANITA. — ¡Y!... ¡Con toda el alma!

ROSA. — *(Estupefacta.)* Pero, ¿desde cuándo?

JUANITA. — Desde anoche a las doce y media. ¿No lo sabías?

ROSA. — ¿Y cómo iba a saberlo? ¡Nada me has dicho, criatura!

JUANITA. — Es que... Vos no sabés. Mirá; anoche los vi besarse a Graciela y Ricardo... ¡Aquí mismo!

ROSA. —*(Ingenua.)* ¡Qué barbaridad! ¡Esta Graciela!... París me la ha trastornado...

JUANITA. — *(Bebiéndose las lágrimas.)* ¡Pues Ricardo no estuvo en París, y fué él quien empezó con los besos!

ROSA. — No es lo mismo, Juanita. El es hombre... Decime. ¿Y fué cuando recién los viste que se besaban, que vos te diste cuenta?

JUANITA. — ¡Recién entonces! ¡No sé lo que me pasó, abuelita! Pero al verlos besarse, sentí de pronto una cosa rara por la cabeza, por todo el cuerpo... Fué como una sacudida, como si de repente me hubieran quitado una venda de los ojos y la luz me cegara... Hasta ese momento yo era una muchacha desenfadada, una chicuela insolente, que alardeaba de mujer... Pero, de golpe, me sentí como otra persona distinta. No sé. Más mujer... ¡mujer de veras! ¡Abuelita! *(Se abraza, llorando, a sus piernas.)*

ROSA. — *(Acariciándole el cabello.)* ¡Pobre mi hijita, que ya se siente mujer!...

JUANITA. — Cuando una ya se siente mujer, se sufre mucho, ¿no es cierto, abuelita?

ROSA. — A veces, Juanita... Cuando se está enamorada, casi siempre...

JUANITA. — ¡Por eso sufro yo tanto desde anoche! Y es que al mismo tiempo que me sentí mujer, comprendí que estaba enamorada de Ricardo...

ROSA. — Pero ¿nunca lo habías advertido antes?

JUANITA. — ¡Nunca! Eramos muy amigos, vos sabés...

ROSA. — Casi se han criado puntos...

JUANITA. — Y nos teníamos un gran afecto, pero como camaradas. Yo le contaba a él mis cosas; él me contaba las suyas... Pero cuando lo vi besando a una mujer, todo cambió. Porque mientras no hacía más que referirme sus aventuras... ¡era otra cosa muy diferente! *(Volviendo a los sollozos.)* ¡Qué desgraciada soy, abuelita!

ROSA. — No te desesperés, mi hijita. Aguardá. Todavía puede arreglarse la cosa... Contame: Ricardo... ¿la quiere a Graciela?

JUANITA. — ¿No te digo que la besó? ¡Y qué mesos, abuelita! ¡Como en el cine!

ROSA. — Pero ¿la quiere como Dios manda?

JUANITA. — Si no como Dios manda, como tolera al menos. Quiero decir... ¿Me comprendés?

ROSA. — Te comprendo, Juanita, y ya veo que el asunto no es para alarmarse demasiado. Todavía no se perdió la partida. Aún podés casarte con él...

JUANITA. — ¡Imposible! ¿Casarme con él? ¡Imposible!

ROSA. — Pero, ¿por qué?

JUANITA. — Porque casándome con Ricardo, tendría que besarlo. ¡Y yo no podría besar nunca los labios que yo he visto, ¡yo!, que han besado a otra mujer!...

ROSA. — ¡Tonterías, Juanita! Si las mujeres honestas pensáramos así, no sé yo a qué hombre íbamos a poder besar las mujeres honestas... ¿O creés que se casa algún hombre sin haber besado antes a media docena de mujeres por los menos?



JUANITA. — ¡No sé lo que me pasó, abuelita! Pero al verlos besarse, sentí de pronto una cosa rara por la cabeza, por todo el cuerpo... Fué como una sacudida, como si de repente me hubieran quitado una venda de los ojos y la luz me cegara... Hasta ese momento yo era una muchacha desenfadada, una chicuela insolente, que alardeaba de mujer... Pero de golpe me sentí como otra persona distinta. No sé. Más mujer..., ¡mujer de veras! ¡Abuelita!

ROSA. — ¡Pobre mi hijita, que ya se siente mujer!...

JUANITA. — *(Con infantil convencimiento.)* ¡Eso es muy cierto!

ROSA. — Los hombres, Juanita, se suelen ensayar antes de casarse, y esos ensayos, aunque nos duelan, no tienen realmente mayor importancia...

JUANITA. — Claro. Peor es cuando se ensayan después de casarse...

ROSA. — ¡Mucho peor! ¡Decímelo a mí!... Mirá, a tu abuelo, y eso que vos ya habías nacido, una vez lo sorprendí... Pero es mejor dejarlo descansar tranquilo a aquel cachafaz... ¡que en gloria, el pobre, esté!... ¡Ah, los hombres! Y nos quisimos tanto con tu pobre abuelo... *(Se queda como abismada en sus recuerdos, pero sus setenta y cinco años traicionan su actitud evocativa, y da una leve cabezada. Pausa.)*

JUANITA. — ¡Abuelita! ¿Te dormís?

ROSA. — ¿Eh? No, no estoy durmiendo. Recordaba...

JUANITA. — Entonces, ¿qué me aconsejás vos?

ROSA. — Vos... *(Otra cabezada.)* Vos debés hablar con Ricardo... Porque estoy segura de que él también te quiere...

JUANITA. — *(Radiante.)* ¿Vos creés?

ROSA. — ¿Y vos, no?

JUANITA. — ¡Yo también lo creo! Pero, si me equivocase... ¡Oh, Dios mío! No quiero pensarlo...

ROSA. — *(Con los ojos cerrados.)* Vos hablale..., hablale...

JUANITA. — Es que no sé si podré hablarle. Me acuerdo de él... ¡y sólo siento ganas de llorar! Porque, ¿y si estuviese equivocada, abuelita? *(Esta duerme. JUANITA, en su emoción, no lo advierte.)* Ya ves vos: yo arreglando la vida de los demás; de Matilde con Luzuriaga, de Dorita con Pepe .. Y a mí, ¿quién me arregla lo mío? ¡Y lo peor es que de lo de Ricardo y Graciela, yo sola tengo la culpa! ¡Yo sola! ¡Por comedida! ¡Merecía una paliza!... ¡Debían darme tantas cachetadas!... ¡Así, así! *(Se golpea ella misma la cara.)* Así... ¡pero más fuerte! ¿No pensás vos lo mismo? ¡Abuelita! ¡Se ha dormido!... *(En la entrada de la puerta de calle aparece RICARDO, acompañado de RAFAELA, que se retira sin hablar. Ricardo observa con gran interés a Juanita, quien no ha visto a ninguna de los dos.)* ¡Se ha dormido la mamacita Rosa!... ¡Es tan viejita la pobre!... *(La acaricia con suave ternura.)* ¡Ella es la única persona que me quiere de verdad!...

RICARDO. — *(Bajando la voz para que la otra no se despierte, jovial.)* ¡Muchas gracias, Juanita!

JUANITA. — ¿Eh? ¿Vos? *(Todo el diálogo que sigue, en un convencional medio tono, menos las partes que se indique en contrario.)*

RICARDO. — ¿Desde cuándo te asusto yo?

JUANITA. — ¡Desde anoche!

RICARDO. — ¿Cómo?

JUANITA. — No me hablés. Ahora que recuerdo, estoy enojada con vos...

RICARDO. — ¡No digás! Explicate...

JUANITA. — *(Sin contestarle, lo contempla, burlona.)* ¡Qué elegante venís!

RICARDO. — Elegancia natural... Recién lo estreno. Me cae bastante bien, ¿no es cierto?

JUANITA. — *(Yendo a sentarse en un sillón que habrá en el extremo derecho, primer término.)* Y no te falta detalle. ¡Ja, ja, ja! El pañuelito, la florcita, la perla...

RICARDO. — Es falsa. Se la compré por tres pesos a un compañero, que me dijo que se la había encontrado en una ostra... Pero luego resultó que había sido en un mejillón.

JUANITA. — Y la corbata, ¿dónde te la encontrate? ¿En una caja de pinturas?

RICARDO. — ¿Vas a decir que es fea?

JUANITA. — No; muy linda. Aunque marea un poco, con tantas rayas y colores...

RICARDO. — Ya lo sé que marea. Lo he comprobado en diversas ocasiones. Porque es la corbata de los programas extraordinarios... ¡Si esta corbata hablase!... *(Se sienta a su lado.)*

JUANITA.—*(Apartándolo.)* ¡Uf! ¡Qué perfumado venís! ¡Parecés el doctor Serpenti!

RICARDO. — *(Levantando la voz, enojado.)* ¡Che, Juanita! ¡No te permito!...

JUANITA. — ¡Hablá más bajo! Va a despertarse...

RICARDO. — *(Obedeciéndole.)* ¡Es que se te ocurre cada comparación!... También vos estás muy elegante.

JUANITA. — Regular... Hoy, precisamente, me lo pongo por primera vez...

RICARDO. — ¿Vas a salir?

JUANITA. — En cuanto venga a buscarme.

RICARDO. — ¿Quién?

JUANITA. — *(Diciendo el primer nombre que se le viene a la boca.)* Atilio.

RICARDO. — ¿Atilio? ¿Es alguno nuevo?

JUANITA. — ¡No! Atilio Serpenti...

RICARDO. — *(Molesto a su pesar.)* ¿Te has puesto tan elegante para el doctor Serpenti? No te creo.

JUANITA. — ¿Por qué? A alguno tenía que terminar por hacerle caso...
RICARDO. — Pero ¿vos te has fijado bien en el doctor Serpenti?
JUANITA. — Ya lo creo. Y pienso fijarme mejor todavía...
RICARDO. — *(Sarcástico.)* Pues fijate en su cabeza. No tiene más que unos pelitos alrededor de las orejas, y otros poquitos muy cerca del cuello...
JUANITA. — ¡Mejor!
RICARDO. — ¿Cómo, mejor?
JUANITA. — Claro. Si no tiene más que esos pelitos alrededor de las orejas y muy cerca del cuello, así puede arreglarse el cabello con el sombrero puesto... *(Ríe.)*
RICARDO.—Bromeás. Vos esperás a otro...
JUANITA. — Quizá... Pero a vos, últimamente, ¿qué te importa?
RICARDO. — Es cierto... ¿No te estorbo?
JUANITA. — ¡Qué esperanza! En todo caso yo a vos...
RICARDO. — Tampoco. Me dijo Rafaela que Graciela había salido... Y me ha extrañado, porque habíamos quedado citados aquí...
JUANITA. — *(Con afectado desinterés.)* En seguida vendrá. Ha ido hasta el Plaza Hotel...
RICARDO. — No sabía...
JUANITA. — ¿Tampoco sabés a qué ha ido?
RICARDO. — Tampoco...
JUANITA. — Pues ha ido a tomar el café con su amigo Gastón...
RICARDO. — ¡Ah, con Gastón! ¡Qué bueno!... ¿Y quién es Gastón?
JUANITA. — ¿Tampoco lo sabés?
RICARDO.—*(Procurando disimular su ira-cu[illegible]lo despecho.)* ¡Tampoco, ricura!
JUANITA. — ¡Chist!... Más bajo... Pues con ese Gastón tuvo Graciela un romance en París... *(Imitando a Graciela.)* ¡Qué romance! Con almohadones y todo... ¡Pedile luego que te lo cuente!
RICARDO. — *(Levantándose.)* Se lo pediré otro día. Ahora me voy. *(Se saca la flor del ojal y la arroja con displicencia.)*
JUANITA. — ¿Adónde vas?
RICARDO. — A casa, a cambiarme la corbata. Es la primera vez que me falla... ¡Qué raro!... Dale recuerdos al doctor Serpenti.
JUANITA. — De tu parte...
RICARDO. — ¡Chau!
JUANITA. — ¡Ricardito!
RICARDO. — ¿Qué?
JUANITA. — ¿Me permitís dos palabras?
RICARDO. — ¿Dos nada más? ¡Qué pocas!...
JUANITA. — *(Aparte.)* ¡Odioso!...
RICARDO. — ¿Y?
JUANITA. — ¿Sentís mucho... lo de Graciela?
RICARDO. — Lo siento por la corbata. ¡Le tenía tanta fe!... Siempre que me la he puesto, me sucedió algo agradable. ¡En fin, me voy!
JUANITA. — ¡Quién sabe si todavía no te reserva la corbata alguna sorpresa!... Quedate.
RICARDO. — ¿Para qué? Graciela no viene, y encima va a llegar ahora ese pobre diablo de Serpenti...
JUANITA. — *(Indiferente, quizá en exceso.)* A lo mejor no viene tampoco...
RICARDO. — *(Convencido.)* ¡No! ¡Ese viene!
JUANITA. — Lo decís con una seguridad...
RICARDO. — Yo, al menos, en su lugar, no faltaría.
JUANITA. — *(Insinuante.)* Entonces, ¿quisieras encontrarte en su pellejo?
RICARDO. — ¡En su pellejo, no, che! Me sobraría pellejo... *(Acciona dando a entender que es mucho más gordo que él. Juanita ríe.)* ¿Te reís?
JUANITA. — ¡Desde anoche, no hago otra cosa que reírme!
RICARDO. — ¿Desde anoche?
JUANITA. — *(Imitándolo.)* "¡Graciela, corazón, te quiero!"
RICARDO. — ¡Vos espiaste por alguna cerradura!
JUANITA. — ¿Y para qué sirven las cerraduras, si no es para mirar por ellas?
RICARDO. — ¡Pues eso está muy mal!
JUANITA. — ¿Lo que le dijiste a Graciela?
RICARDO. — Lo que le dije a Graciela es lo que suele decirse a las mujeres... ¡Y da buen resultado, te lo aseguro!
JUANITA. — *(Insinuante.)* No lo creo...
RICARDO.—*(La contempla fijamente. Empieza a comprender. Ella le sonríe, provocativa.)* Pero sólo da buen resultado con "las mujeres"...
JUANITA. — *(Herida.)* Y yo, ¿no soy una "mujer"?
RICARDO. — ¿Vos? ¿Desde cuándo?
JUANITA. — *(Coqueta.)* A lo mejor... desde anoche... ¡quién sabe!...
RICARDO. — *(Serio.)* Entonces... ¿querés que pruebe esas palabras con vos... solamente para ver si dan buen resultado?
JUANITA. — Bueno... Con probar nada se pierde...
RICARDO. — *(Tomándola de los hombros y mirándola, apasionado, a los ojos.)* ¡Juanita, corazón, te quiero!
JUANITA. — *(Cayendo en sus brazos.)* ¡Ricardo de mi alma!
RICARDO. — *(Radiante.)* Che, pero esto ¿es en serio?
JUANITA. — ¡Y! ¡Vos sabrás!... ¿No decías que daban tan buen resultado?
RICARDO. — Es que creí que era un ensayo... *(Suena el teléfono.)* ¡En qué momento! ¡Corré a atenderlo!
JUANITA. — ¡Sí, que se va a despertar abuelita! *(Vuelve a oírse el teléfono.)*
RICARDO. — ¡Andá, pues!
JUANITA. — ¡No sé cómo! ¡Si no me soltás!...
RICARDO. — ¡Es cierto! *(La suelta, y ella corre al aparato, arrastrándolo de la mano.)*
JUANITA. — *(Al teléfono.)* ¡Hola! ¿Ricardo? ¡No está! ¿Verdad que no está?
RICARDO. — ¡Qué voy a estar!
JUANITA. — ¡Ah, Graciela! Voy a ver si está. *(Muy triste.)* ¿Estás, Ricardo?
RICARDO. — *(Enlazándola por la cintura.)* ¡Sí, pero muy ocupado!

En nuestro próximo número publicaremos:

DON CHICHO

Sainete en dos cuadros de

ALBERTO NOVION

Estrenado en el teatro de la Comedia por la compañía Arata-Simari-Franco.

JUANITA. — Atendé. Es mejor...
RICARDO. — *(Al aparato, displicente.)* Hola... Sí... Ya me dijo Juanita.. *(A ésta.)* ¡Te quiero!
JUANITA. — *(Que estaba de espaldas.)* ¿Cómo?
RICARDO. — *(Tapando el aparato apresuradamente.)* ¡Hablaba con vos! ¡Te quiero!...
JUANITA. — ¡Qué susto!...
RICARDO. — ¡Hola!... Bueno... bueno... "¡A tout a l'heure!" *(Al colgar el aparato.)* ¡Vas muerta! ¿Estás contenta?
JUANITA. — ¡Atorrante! ¿Desde cuándo me querés?
RICARDO. — ¡Desde hace mucho tiempo!
JUANITA. — ¿Y cómo no te declaraste nunca?
RICARDO. — ¿Para que me dijeras que no, según tu costumbre? ¡Acordate!
ROSA. — *(Con los ojos cerrados, sin moverse.)* Tiene razón... *(Se separan, sobresaltados.)*
RICARDO. — ¿Se despertó?
JUANITA. — *(Yendo junto a ella, a cerciorarse.)* No. Duerme la pobrecita... *(La besa.)*
RICARDO. — ¿Y cómo dijo "tiene razón"?
JUANITA. — A veces sueña en voz alta...
RICARDO. — ¡Vení, muñeca! ¡Tengo tantas cosas que decirte..., todo lo que no he podido decirte en tanto tiempo!...
JUANITA. — Claro. No podías decírmelo. Se lo tenías que decir a tantas otras...
RICARDO. — Es que me ensayaba para cuando tuviese que decírtelo a vos...
JUANITA. — ¡Bandido!... *(Vuelven a abrazarse.)*
RICARDO. — Mirá. Ahora estudiaré de veras. Y dentro de unos meses, Juanita...
JUANITA. — ¡Ricardo! *(Se abrazan. Ella adelanta, ofreciéndoselos, los labios, pero él la besa en la frente. Con ingenuidad, resentida.)* ¿Por qué no me besás... como anoche... a Graciela?
RICARDO. — No; a vos, no...
JUANITA. — ¿Por qué?
RICARDO. — Porque a vo[illegible] en otra forma...
ROSA. — *(Gozosa.)* ¡Muy [illegible], Ricardo!
RICARDO. — ¿Eh?
JUANITA. — ¡Abuelita!
ROSA. — Vengan, hijitos. Quiero abrazarlos... *(Lo hace.)*
ROSA. — ¡Me dan una gran alegría!...
JUANITA. — Pero, ¿entonces, escuchaste?
ROSA. — ¡Desde el principio! *(Ríen, felices. Mamá Rosa los abraza por los hombros.)* Querela, Ricardo. Es buena...
JUANITA. — ¡Abuelita!...
ROSA. — Aunque, como se ha criado sin madre, salió así medio revoltosa... Algún tirón de orejas tendrás que darle de vez en cuando... *(Incorporándose.)* Y ahora, hijitos, sí que me voy a dormir, pero de verdad. Estoy deshecha...
JUANITA. — *(Llevándola del brazo.)* ¡Pobre la mamita Rosa, que no la dejamos dormir!...
ROSA. — Pero ahora dormiré mejor sabiendo que sos dichosa, picaruela...
JUANITA. — *(Al hacer mutis, por la izquierda, con mamá Rosa.)* ¡En seguida vuelvo, Ricardo!
RICARDO. — ¡Juanita!
JUANITA. — ¿Qué?
RICARDO. — *(Angustiado.)* ¡No tardés!... *(Se sienta, embargado de amorosa emoción. Por la corbata.)* ¡Hice mal en desconfiar de vos!... ¡No me has fallado nunca!...
JORGE. — *(Entrando por la puerta de calle.)* ¿Qué hacés, Ricardo?
RICARDO. — ¿Eh? ¿Cómo te va?
JORGE. — ¡Pero, che! ¡Qué cara tenés! ¿Qué te pasa?
RICARDO. — Algo imprevisto, compañero...
JORGE. — ¿Grave?
RICARDO. — Yo creo que sí. Imagínate que he resuelto casarme...
JORGE. — ¿Que te vas a casar? ¡No seás estúpido!
RICARDO. — *(Sonriendo.)* Qué querés...
JORGE. — ¿Y vas a perder la libertad con lo linda que es la libertad, por una mujer? ¡Haceme el favor! Y yo que te tenía por un muchacho de clase... ¡Qué desilusión!
RICARDO. — Sí..., claro... Desde ese punto de vista...
JORGE. — ¡No te casés! ¡No seás otario!...
RICARDO. — ¡Que viene Juanita!
JORGE. — ¿Y qué tiene? *(A JUANITA, que entra con URSULA, quien trae una bandeja con una jarra — no transparente — y vasos.)* ¡Che! Mirá con lo que sale este zonzo. ¡Piensa casarse!
JUANITA. — ¿Ah, sí?
RICARDO. — ¡Pero, Jorge!... *(Le hace señas, pero el otro sigue impertérrito.)*
JORGE. — ¿A vos qué te parece? ¿No hace una barbaridad?
JUANITA. — Contestá vos, Ricardo.
RICARDO. — *(Abrazándola por la cintura.)* ¡Juanita!
JORGE. — ¡Ah, pero!... ¡Les felicito!...
JUANITA. — El zonzo, como siempre, lo eras vos...
GRACIELA. — *(Entrando por la puerta de calle.)* ¡Aló, Ricardito! *(Este no sabe dónde mirar.)*
JUANITA. — ¡Aló, Graciela!
GRACIELA. — *(Al verlos enlazados por la cintura, y ante la desagradable sorpresa, de mal talante.)* ¿Qué significa eso? ¡Entonces!...
JUANITA. — *(Ofreciéndole un vaso, de los que Ursula habrá llenado.)* ¿Querés refrescar? Quizá te venga bien un poco de refresco...
GRACIELA. — *(Acartonada y enfática.)* ¿Qué es esto?
JUANITA. — ¡Naranjada, Graciela, naranjada! ¡Ja, ja, ja! ¡Vení, Ricardito! Vamos al Botánico
RICARDO. — ¿Al Botánico?
JUANITA. — ¡Tenemos alguien que consolar allí! ¡Vamos! *(Se lo lleva del brazo, corriendo, entre carcajadas. Jorge y Ursula los miran, estupefactos. Graciela evidenciará enojo, aunque, para disimularlo, sonría con superioridad.)*

TELON RAPIDO

Espacio para encuadernar

Rescoldo de amor

(Continuación de la página 43)

cido. A través de la imaginación de Carlos se forjaban un futuro pleno de promesas de felicidad.

Lilí le había escuchado en silencio exponer con entusiasmo sus planes. Conseguiría un empleo en la compañía naviera de Hoyt y Wickley. El señor Hoyt, que tantas veces le había preguntado por qué su padre no le dejaba libertad de acción, comprendería sus ideas y sus proyectos acerca de la necesidad de fomentar el comercio con los países sudamericanos. Le daría un puesto importante en su empresa. Iban a tener que viajar, recorriendo el otro continente para sembrarlo de agencias de la "H y W" y establecer nuevas líneas de navegación. Entonces llegaría el momento de demostrar a su padre de lo que él era capaz. Tendría que arrepentirse de haberlo considerado siempre como un inútil para los negocios y de mantenerlo confinado en una odiosa oficina.

Aunque no entendía nada de esas cosas, Lilí comprendía que Carlos debía tener razón. Sintió renacer su fe en él. No lo dejaría, no. Quería alentarlo con su cariño, ayudarlo a triunfar.

XVIII

Desde el hotel, Lilí escribió largamente a su madre y sus hermanos. Pero las respuestas la decepcionaron: ¡eran tan breves y frías! Solamente Isabel, la hermana mayor, le había enviado una carta expresiva.

"Estoy segura de que serás feliz — le decía. — No te preocupes por lo que opinen los demás. Has comenzado a vivir tu propia vida y tienes tanto derecho a poseer un hogar, un marido e hijos como cualquiera de nosotras. Ninguna de las dos familias tendrá nada que objetar por eso. De la de Carlos, ni te preocupes. No te dejes dominar por esa gente. Tú vales más que ellos. Sólo deseo que Carlos resulte tal como lo has supuesto. Tú mereces un hombre de verdad y confío en que él lo sea para ti..."

En su contestación, Lilí escribió: "Sí, la familia de Carlos se mostró bastante disgustada. No fué nada atenta conmigo. Pero Carlos rompió con los suyos cuando intentaron separarnos." No se atrevió a confesar que habían tratado de anular el matrimonio. En otro párrafo agregó: "No pases cuidado por mí. Verdad es que Carlos perdió el empleo que tenía con su padre; pero al día siguiente de casarnos obtuvo otro, mucho mejor, en una gran empresa de navegación, donde podrá lucir los méritos que su padre no le reconoce."

Tenía mucho interés en que Isabel se enterara de qué clase de marido le había tocado en suerte.

"Realmente, representa más años de los que tiene", pensaba Lilí cuando por las noches Carlos le explicaba sus actividades en la oficina. Ella lo escuchaba con embeleso, viéndolo tan entusiasta e interesado en su nuevo trabajo. Se convencía de que era una tonta inquietándose por la idea de que no perseverase.

Pocos días después de la boda, alquilaron un pequeño departamento en un edificio nuevo, frente a la bahía.

—¿Podremos afrontar tanto gasto? — había preguntado ella, asustada por la magnificencia de su nuevo hogar.

—Seguramente. Es mucho más barato que el hotel. Y estamos más solitos, ¿verdad?

Efectivamente, en aquel nido encantador Lilí se sentía de tal modo feliz, que a veces tenía miedo de que tanta dicha pudiera interrumpirse de pronto. No podía olvidar la amenaza de su suegra...

Un anochecer, Carlos volvió del trabajo más tarde que de costumbre. Lilí lo esperaba con la cena servida.

—¡Qué atrasado llegas, querido! Comenzaba a preocuparme.

—Es que en el momento de salir estuvo a verme papá — explicó en un tono que quiso ser ligero.

—¿Qué tenía que decirte? — preguntó con ansiedad.

—¡Oh! No mucho. Trataba de disuadirme, como es natural.

—¿Disuadirte de qué?

—Puedes suponerlo... Del casamiento — contestó riendo nerviosamente.

Lilí permaneció silenciosa y cabizbaja. Carlos sintió cómo temblaba la mano que ella había posado suavemente sobre la suya.

—No habrá fuerza en el mundo capaz de separarme de ti, querida — le dijo, envolviéndola en sus brazos y besándola con pasión.

—¿No te arrepientes de haberte casado conmigo?

—¡Al contrario, alma mía!

La nube había pasado. Largo rato permanecieron, juntas las cabezas, confundidos en un estrecho abrazo, encarando confiados el porvenir.

Por segunda vez, Carlos había regresado tarde. Lilí advirtió su expresión apenada.

—Casi no has comido. ¿Te sientes mal? — le preguntó alarmada.

—Un poco de dolor de cabeza...

Lilí se puso a cantar suavemente canciones de amor y del folklore que a él le agradaban. Le pareció que eso lo hacía feliz.

En la noche, Lilí se despertó sobresaltada por un extraño quejido.

—¿Eres tú, Carlos? — preguntó.

Como no obtuviera respuesta, se levantó. Salvando a tientas la corta distancia que separaba las dos camas, se acercó a su marido. ¡Carlos lloraba!

—Carlos — dijo casi en un suspiro. — soy Lilí. ¿Estás despierto?

Lilí permaneció largo rato esperando, indecisa. Luego se volvió a acostar. No derramó una sola lágrima, aunque veía derrumbarse de nuevo todas sus ilusiones.

(Continúa en el próximo número.)



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

LLENAR LA VIDA

Hay que llenar la vida de amor y de bondad, ya que la dicha es un accidente y el trabajo la tarea obligada que llena las horas de nuestros días.

Nacer y morir son los dos puntos principales de la existencia. Es el comienzo y el final de la vida.

Dos palabras tan breves, y sin embargo representan las dos causas reales y primordiales. Nada hacemos por nacer, y sin embargo todo lo hacemos por no morir: entre estas dos palabras breves de dos causas reales, el inmenso interrogante; el inmenso espacio de la vida.

¿Vivir? Vivir no es todo, que también vive la bestia, que también vive el insecto. Hay que vivir llenando ese gran interrogante con amor y bondad, que son los dos sentimientos más poderosos y fuertes, los que hacen la comodidad de la conciencia y la dicha de las almas.

Amar, amar mucho, amar todo; al niño, al hombre, al hermano, a la Naturaleza, al trabajo.

Amar el dolor del amor, o la consecuencia de haber hecho el bien.

¿Qué más da sufrir después de haber amado; y carecer después de haber dado? ¿Qué más da, si el que supo amar disfrutó de dichas ilimitadas; y el que supo ser generoso va cosechando bendiciones, y las bendiciones suelen transformarse en pan tantas veces?...

LA VERDADERA LEY

Las leyes no son una fuerza material, puesto que ellas no están para nosotros convertidas en barrotes de hierro que nos impidan dar un paso adelante, apoderarnos de lo que no es nuestro o invadir derechos ajenos.

Las leyes son una fuerza moral que llevamos instalada en nuestro propio ser. Que nuestro entendimiento interpreta, que debemos obedecer si queremos vivir cómodos y tranquilos.

Nada es más fácil y sencillo que ajustarse a la ley, pero nada es más funesto que desobedecerla. Mil vidas no serían suficientes para borrar de una existencia la desobediencia social de un solo minuto.

La conveniencia personal de cada uno va reteniendo los movimientos perjudiciales cuando ellos pretenden poner un pie sobre la ley.

El peor censor es nuestra propia conciencia. ¿Qué importa que no sepa que hemos realizado lo prohibido, si lo sabemos nosotros, y cada uno es su propio juez?

Que el juez perdona, ¿y qué importancia tiene eso, si nosotros no nos perdonamos?

Ser perdonado es recibir un favor que excusa una falta reconocida; es, pues, humillante y doloroso. Perdonar es colocarse en situación de superioridad odiosa y antipática. Y en total, son dos males que no remedian el primero, porque la mala acción que fué excusada, no por eso fué borrada. Existe siempre, molestando en el corazón como una espina, como una llaga.

Las leyes sociales se han hecho para ser obedecidas; el que se burla de ellas, ríe por corto espacio, porque tarde o temprano la ley le hace su presa, y en el mejor de los casos, si logra escapar, es que por ello escapa a su propio reproche, aquel que va de acuerdo con la ley, y en desacuerdo con nuestro acto.

Hay, sin duda alguna, una cosa en nosotros que no sabemos a punto fijo cómo se llama; unos dicen que la conciencia, otros que la propia estimación. Yo no sé lo que es, pero es algo muy bueno y muy justo que llevamos dentro, que aunque no lo queramos es el verdadero juez de nuestros actos. Es un juez que muchas veces logramos burlar, otras sofocar, otras atontar, pero que siempre va vivo en nosotros, que toma de pronto una fuerza que nos aniquila, que nos perturba; es el control que nace en nuestra alma cuando nacemos, que muere cuando morimos; es la verdadera ley de la vida, la que no es un código, la que no tiene letras, pero que tiene en cambio palabras que no podemos callar, cuando no gritos que no podemos sofocar...

Romance de carnaval

(Continuación de la página 60)

de una romántica enferma. De ahí su enojo para con el guaso de Pitt. No pudiendo lograr mi amistad, trocó su admiración en odio mortal y feroz...

Juan Manuel Crespo quedó un instante pensativo... Luego, entre risueño y triste, preguntó al silencioso auditorio que tan atentamente había escuchado su novela vivida:

— Y bien: ¿qué les parece mi aventura?

— ¡Formidable! ¡Originalísima! — exclamaron todos.

La tarde caía.

Algunos, luego de unos instantes más de charla, se fueron retirando.

Juan Manuel Crespo también lo hizo. Pero al llegar al umbral del negocio se detuvo un instante. Parecía meditar. Se pasó una mano por la cara, como arrepentido de algo. En verdad lo estaba, y era de haber hablado mal de su amiguita, a quien, a pesar de todo, estimaba.

La conciencia le remordía. ¿Por qué lo hizo? Su despecho era grande... Mas ¿por qué dejó hablar a su despecho?

Lo único que le consolaba era que no la había llamado por su verdadero nombre ya que Angelita no era el suyo, sino Martha Hidalgo. Por eso, en caso de proseguir las relaciones, sus amigos no dirían que lo hacía con su "novia la loca", como él mismo acababa de nombrarla. Unicamente Brehmer, Menéndez y Notar la conocían. Pero jugaría lo que fuese a que tampoco serían capaces de reconocerla. Ellos la habían visto con vestido carnavalesco de fantasía, cubierta casi la cabeza por una diadema de cuentas de cristal y perlas. Después de un tiempo no podrían reconocerla en la rubia de vestido rojo del "Splendid". Bien, pues, ¡No importaba lo hecho! Y como si acabara de tomar una resolución firme, el joven abogado y novelista llamó a un taxi que pasaba en aquel momento por frente al comercio de libros de don Pepe, y se zambulló en su interior.

— ¿Dónde, señor?

Juan Manuel Crespo dió una dirección: la de Martha Hidalgo, la Angelita de su novela vivida...

FIN

DIALOGOS EN LA PELUQUERIA

.LA POLITICA AL PELO Y CONTRAPELO.



—Ahora una jira por la provincia, don Giácomo.

—Ni que hablar. ¿Ha observado que entre "las catorce" esta es, para los que vivimos en la capital, "la provincia" por antonomasia?

—Es también donde más acentuada aparece aquella división de la antigua Florencia: "il popolo grasso e il popolo minuto".

—El "pueblo flaco" serían los radicales, y esos no cuentan esta vuelta, don Mandinga.

—Así que ganan los demócratas, como se dice ahora por "walk-over".

—Pero antes de llegar a esta conclusión hay mucho que hablar...

—Aproveche, don Giácomo, que lo escucho...



●●●

—De Buenos Aires sale el grueso del elenco parlamentario. Calcule que la capital elige, dentro de quince días, diez y siete diputados y la provincia veintiuno. Además, como la mayora federal, indiscutiblemente será socialista, esta circunstancia redobla la significación de la mayoría bonaerense que, indiscutiblemente, será conservadora. La novedad consiste en que del elenco actual, algunos cesan del todo, como Cortés Arteaga, Loyarte y Ortiz Basualdo, desalojados, según tengo entendido, por fuerza de la renovación que ha empezado a operarse en el viejo partido.



●●●

"Contra lo que podría suponerse, es una renovación al revés. Los conservadores que después del 6 de septiembre se cambiaron hasta el rótulo, están dando ahora marcha atrás, empresa complicada desde luego, a pesar de la aparente sencillez de las cosas. Fíjese que han llegado hasta a violar la carta orgánica del partido en la proclamación de candidatos para esta patriada. El propósito parece ser el de devolverles a los caudillos tradicionales las situaciones que les había arrebatado la furia renovadora de los primeros hombres que se adueñaron de la revolución."



●●●

—Sigo sin entender, don Giácomo.

—Siga escuchando. El ministro saliente, que encarnaba la tendencia porteña dentro del partido, había neutralizado la dirección de los viejos conservadores destacando elementos de su predilección, enteramente desvinculados de las situaciones locales, que provocaban con sus procedimientos arbitrarios la irritación de los vecinos. Recrudecieron en esta forma los peores vicios "vacunos", sin ventaja para nadie. En Z, por ejemplo, un petimetre, como decimos nosotros, prevalido de su ascendiente en La Plata, tenía a mal traer a los miembros de una familia conservadora de antiguo arraigo. En M., un comisario prepotente llegó hasta promover, en dos oportunidades, la gestión oficiosa de un caracterizado ugartista, ex ministro de la Suprema Corte provincial, para que el gobernador lo hiciera entrar en vereda. De modo que urgía contener este descrédito. Y además, atraerse la buena voluntad de los antiguos dirigentes, que se habían abierto.

●●●

"Quiere decir —continúa don Giácomo— que las mejores esperanzas del partido vuelven a estar depositadas en los "muchachos de antes". Casi todas las comunas intervenidas lo están como, la de B., para enmendar los errores cometidos por el ministro saliente. Usted sabe que el general, que ha negociado este cambio de frente, está asesorado por un hombre político, particularmente sagaz como es don A., hombre de una sensibilidad muy delicada para estimar hasta dónde hay que estirar la cuerda electoral sin romperla.

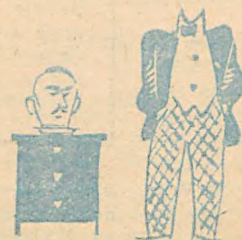
●●●

"Sin embargo, aunque puede ser este el camino más corto para que el partido se rehabilite en los comicios, no es asimismo el camino de la rehabilitación cívica. En la provincia hay una clase joven de tradición conservadora que no puede sufrir la impopularidad de los recursos a que el partido apela invariablemente cuando tiene comicios a la vista. En este sentido los cargos que formuló hace un año Solano Lima subsisten, con la misma violencia con que fueron expuestos el primer día, y la división es cada vez más honda y cabal. "Si los "demócratas" de hoy fueran a las urnas con adversario —me decía un ex gobernador de la provincia hace poco— volverían a perder lejos una situación que a estas horas debía serles inconmovible."



●●●

"En cuanto a los antipersonalistas —concluyó don Giácomo,— que podrían tirarse a disputarles a los socialistas la minoría, la unificación no sobreviene. Una persona que ha estado parlamentando estos días con los jefes de las dos tendencias en que se divide esta agrupación, me decía que nada ni nadie podrá en estos momentos operar la fusión, no porque haya divergencias de doctrina entre ellas, sino porque hay un verdadero match por los primeros puestos de una posible lista común. Además, en el orden local el doctor A. entiende de que es su fracción la que tiene verdadero arrastre político, de modo que si las cosas no cambian, tendremos esta vuelta la misma payada de hace dos años."



...é ben trovato

"El voto obligatorio es una palabra, pero no es una cosa, desde que se puede poner en la urna una boleta en blanco.

"Habrá asistencia obligatoria al comicio, pero no hay voto obligatorio, sino al contrario, consagración del derecho de no votar. Se lleva el caballo al agua, que es lo único que se puede hacer, pero no se le puede obligar a tomar agua. El día que una oposición o un partido resuelva votar por la abstención se acabó: solamente se ha obtenido un sonido, una palabra redonda.

"El voto secreto es otro cantar. Y lo único que nos parece discutible y hasta aceptable. El voto secreto se funda psicológicamente en la libertad individual. Es la deliberación del ciudadano en el único momento en que ejerce la soberanía, porque en los demás la delega."

De "EL PRESIDENTE",

Julio A. Costa.

Por

El viejo Mandinga

Paisano, ¿adónde me lleva?

En los días de la revolución, era vecino de Buenos Aires un criollo de nombre Jerónimo Mundo, que vivía en la actual calle Independencia a la altura de Piedras, donde poseía una fonda en la que era frecuente la concurrencia de malhechores y pillastres. Poco tiempo después de abrirse el cementerio del Norte, que fué en 1822, Mundo sufrió un ataque de catalepsia y, como se le diera por muerto, siguiendo la costumbre de la época sin más lo arrojaron en un carro para darle sepultura luego, a unos cuantos pies de profundidad en la tierra de la Recoleta.

Ya en viaje el carrito, como se le pasara el síncope, don Mundo se sentó y con mucha calma le preguntó al conductor:

—Paisano, ¿adónde me lleva?

Escuchar aquello y abandonar el carro a escape el conductor fué cosa de un segundo. Mundo, empero, ignorante de todo, tranquilamente optó por lo más práctico. Ocupó el sitio del carrero y dió la vuelta para su casa.

Desde entonces se le conoció por "Mundo, el resucitado".



Los aviadores pertenecientes a una escuadrilla salen a dar un paseo por el campo.
(De "The Sketch", Londres)

DE LAS LAGRIMAS

Nada se enjuga más pronto que una lágrima. — *Cicerón.*

Una hermosa deshaciéndose en lágrimas es doblemente hermosa. — *La Fontaine.*

Las lágrimas que se vierten sobre la tumba de los muertos no provienen todas de la misma causa. Unos lloran para alivio de su dolor, otros para ponerlo de manifiesto. — *Young.*

Una lágrimas puede vencernos o ridiculizarnos. — *J. M. Braña.*

Dos especies de lágrimas tienen los ojos de la mujer: de verdadero dolor y de despecho. — *Pitágoras.*

No es mucho decir que la mitad de nuestras lágrimas las derramamos inútilmente. — *J. Simón.*

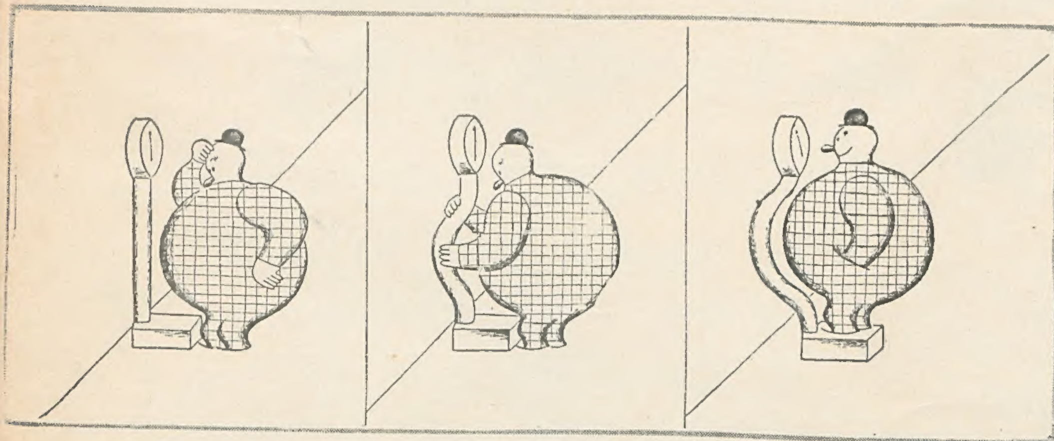
Después de su vida, todo lo más que puede dar un hombre es una lágrima. — *Lamartine.*

SALPICON

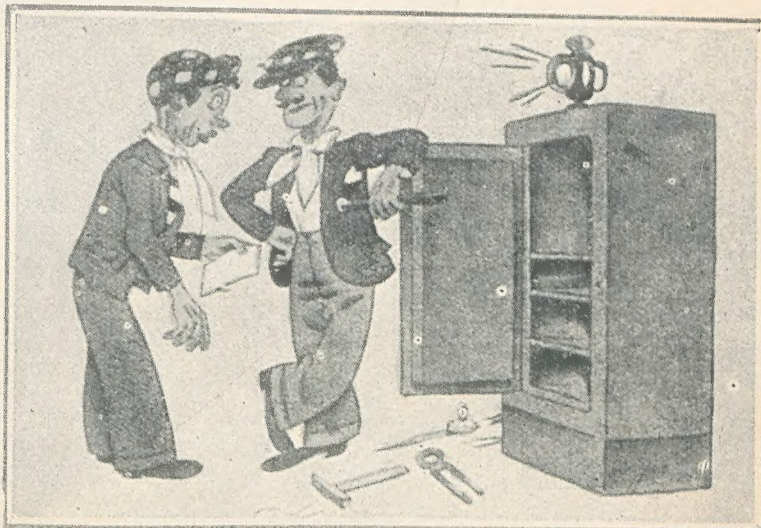
LA CALUMNIA

Cuando la calumnia hiere a la mujer, aunque fuera blanca como la nieve de la más inaccesible de las montañas, se levanta contra ella un acta de acusación. Si se ha ruborizado es culpable. Si no se ha ruborizado es que no se avergüenza ya. ¿Su candor? Es una máscara. ¿Su ingenuidad? Los ingenuos están ya desterrados de la vida. Si se le acusa a usted de haber robado las torres de la catedral de Nuestra Señora, huya de la justicia, usted que es hombre; si se le acusa a usted haber faltado a la virtud, llore usted siendo mujer.

ARSENIO HOUSSAYE



Problema resuelto.
(De "Life", Nueva York.)



—¡Nos han engañado! ¡El dinero no está en la caja de caudales; está en la Caja de Ahorros!
(De "Estampa", Madrid)



—Hizo usted bien en aplazar esta excursión para hoy. ¡Ayer hacía un tiempo espantoso!
(De "Le Rire", París)

EPIGRAMAS

El arte solo no es bastante para un cocinero. No quiero que mande nadie en mi paladar. El cocinero debe tener el mismo gusto que su amo.

Me ruegas que recite mis plegarias. No quiero. No son mis versos los que tú quieres oír, sino los tuyos, que ardes en deseo de leerme.

Yo no te envío oro ni plata, porque no hago mi causa por interés. El que da mucho, no menos desea recibir; vasos de arcilla que te ofrezco, ni a ti te obligan ni a mí me son onerosos.

MARCIAL

LAS ESTATUAS

Preguntábanle un día a Catón por qué no le habían erigido una estatua, en un tiempo en que Roma estaba cuajada de tales monumentos de lisonjas y adulación:

—Prefiero — contestó que me pregunten por qué no me han levantado estatuas, a que por qué me las levantaron.

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES [illegible]